

BOLETIN

DEL

ATENEO BARCELONÉS

AÑO 1882.

JULIO, AGOSTO Y SETIEMBRE.

NUM. 13.

ACTOS DE LA SOCIEDAD

JUNTA DIRECTIVA PARA EL AÑO 1882-83.

PRESIDENTE:

D. Luis Góngora.

VICEPRESIDENTE:

D. Rómulo Mascaró.

SECRETARIO GENERAL:

D. Agustín Ferrer y Pagés.

VICESECRETARIO.	. . .	D. Rómulo Bosch.
TESORERO.	. . .	D. Arturo Farrés.
CONTADOR.	. . .	D. Salvador Cardenal.
CONSERVADOR.	. . .	D. José Torres Argullol.

BIBLIOTECARIO:

D. Francisco Matheu y Fornells.

VOCAL SIN CARGO:

D. Francisco de P. Carbonell.

D. Pompeyo Gener.

D. Federico Rahola.

D. Estéban Amengual.
 D. Juan Plá y Mas.
 D. Modesto Ortiz.
 D. Ramon Aguiló.

JUNTAS DE LAS SECCIONES

SECCION DE LITERATURA, HISTORIA Y ANTIGUEDADES.

D. José Feliu y Codina, *Presidente*.
 D. José M.^a Pascual, *Vicepresidente*.
 D. Sebastian Farnés, *Secretario*.
 D. Ramon D. Perés, *Vicesecretario*.
 D. Luis Tasso, *Revisor de cuentas*.
 D. Francisco Matheu y Fornells, *Vocal de la Directiva*.
 D. Federico Rahola, *id. id.*

SECCION DE BELLAS ARTES.

D. Modesto Urgell, *Presidente*.
 D. Salvador Armet, *Vicepresidente*.
 D. Buenaventura Pollés, *Secretario*.
 D. Augusto Miquel, *Vicesecretario*.
 D. Francisco Vidal, *Revisor de cuentas*.
 D. José Torres Argullol, *Vocal de la Directiva*.
 D. Francisco de P. Carbonell, *id. id.*

SECCION DE CIENCIAS MORALES Y POLITICAS.

D. Antonio José Torrella, *Presidente*.
 D. Bartolomé Bosch, *Vicepresidente*.
 D. Francisco Molina Isturiz, *Secretario*.
 D. Manuel Mata, *Vicesecretario*.
 D. Ramon Saldés, *Revisor de cuentas*.
 D. Rómulo Mascaró, *Vocal de la Directiva*.
 D. Pompeyo Gener, *id. id.*

SECCION DE CIENCIAS EXACTAS Y NATURALES.

- D. Melchor de Palau, *Presidente*.
 D. Santiago Rull, *Vicepresidente*.
 D. Francisco Fábregas, *Secretario*.
 D. Juan Ortiz, *Vicesecretario*.
 D. José Margarit, *Revisor de cuentas*.
 D. Salvador Cardenal, *Vocal de la Directiva*.
 D. Modesto Ortiz, *id. id.*

SECCION DE AGRICULTURA.

- D. Eduardo Chacon, *Presidente*.
 D. Juan Caballé, *Vicepresidente*.
 D. José M.^a Romero, *Secretario*.
 D. Francisco Gosé, *Vicesecretario*.
 D. Benito Llonch, *Revisor de cuentas*.
 D. Agustin Ferrer y Pagés, *Vocal de la Directiva*.
 D. Juan Plá y Mas, *id. id.*

SECCION DE INDUSTRIA.

- D. Victoriano de la Riva, *Presidente*.
 D. Diego Tomás y Salvany, *Vicepresidente*.
 D. Pedro Garriga Nogués, *Secretario*.
 D. Joaquin Folch, *Vicesecretario*.
 D. Alvaro Perez, *Revisor de cuentas*.
 D. Arturo Farrés, *Vocal de la Directiva*.
 D. Ramon Aguiló, *id. id.*

SECCION DE COMERCIO.

- D. Enrique Heriz, *Presidente*.
 D. Antonio Gironés, *Vicepresidente*.
 D. Emilio Renaud, *Secretario*.
 D. Fernando Perpiñá, *Vicesecretario*.
 D. Juan Amell Bofill, *Revisor de cuentas*.
 D. Rómulo Bosch, *Vocal de la Directiva*.
 D. Estéban Amengual, *id. id.*
-

SESIONES

DISCURSO

leído por el primer Secretario saliente D. POMPEYO GÉNER, en la sesión inaugural del año académico de 1882 á 1883.

SEÑORES:

La tarea que va á ocuparnos es la de hacer la crónica de los actos de este importante Centro donde se manifiesta la actividad de la inteligencia humana en todas sus esferas. Así, dejando de lado preámbulos convencionales y flores retóricas, amaneradas muchas veces é inútiles siempre, entraremos á reseñar los actos de esta Sociedad en el año académico que acaba de transcurrir.

Inauguráronse las tareas el 28 de Noviembre del año próximo pasado, con el discurso del Sr. Presidente, cuyo tema fué *La Antropología y la Historia*.—*El hombre moralmente considerado se distingue de todos los otros seres de la creación*, discurso lleno de erudición científica, en el cual lo árido del asunto desaparecía bajo la elocuente forma de que el Sr. Robert supo revestirle.

Siguió á la inaugural una *velada necrológica*, dada por la seccion de Literatura á la memoria de nuestro malogrado consocio el eminente poeta D. Joaquin M.^a Bartrina; presidió el Sr. Coroleu, y los Sres. Vidiella, Gioffi y García tocaron una composicion escrita exprofeso para esta velada por el señor D. Melchor Rodriguez de Alcántara. Años hacia que en Ateneo no se habian oido piezas de tanto mérito debidas á la inspiracion de compositores nacionales. La elegía del Sr. Rodriguez estaba llena de un sentimiento profundo del asunto y era verdaderamente digna de la gloria española que la habia

motivado. Aquellas armonías melancólicas tenían algo de los más selectos trozos de Beethoven y de Mendelsohn, sin que pudiera decirse de ella que tenía reminiscencia alguna de dichos autores. Luego el Sr. Rahola leyó un estudio necrológico del malogrado poeta en que se describía su carácter y sus inclinaciones. El Sr. Oller leyó un cuento de Bartrina, el Sr. Gallart un artículo del Sr. Vilanova, el Sr. Calvet una poesía del poeta finado, y el Sr. Jaumeandreu una composición de Martí y Falguera sobre su ilustre compatriota, terminando el Sr. Sardá la velada con varios trozos de las obras póstumas del poeta reusense.

Después de este tributo al ilustre vate, la sección de Bellas Artes dió dos conciertos, en el primero de los cuales, treinta y nueve profesores concertistas, bajo la dirección de nuestro joven consocio el Sr. Armet, nos hicieron oír trozos escogidos de los primeros músicos modernos.

La sección de Ciencias Morales siguió á la de Bellas Artes y puso á discusión el tema: *Carácter histórico, legal y filosófico del matrimonio. ¿Debe ser considerado como indisoluble?* Tema que entraña nada menos que la cuestión que hoy día preocupa á las naciones más civilizadas de Europa; *la disolubilidad del matrimonio*. Tanto este tema interesó, no solamente á los socios de este Ateneo, si que también al público en general, que pocas veces se ha visto una discusión tan larga con una asistencia tan numerosa. La discusión empezó en Enero y acabó en Junio, viéndose siempre el salón de cátedras lleno de un público asiduo é ilustrado que pugnaba por oír las razones que se aducían, ya en pro ya en contra del tema indicado. Toda la prensa periódica siguió las discusiones, dando cuenta minuciosa de los discursos de los oradores que ocupaban sucesivamente la tribuna y reproduciendo sus principales períodos. Abrió el debate el secretario de la sección, D. Manuel M.^a Angelon, con un brillante y erudito discurso, en el que se hacía una reseña histórica del matrimonio y su fundamento jurídico en todos los pueblos que han concurrido á la civilización moderna, trabajo de síntesis notabilísimo por su método y espíritu crítico. Defendieron la indis-

lubilidad del matrimonio los Sres. Martí, Griera, Bosch y Castellar con elocuentes discursos, fundándose en principios de derecho racional unos, y de derecho histórico otros. Declaráronse partidarios de la disolubilidad los Sres. Danyans, Zulueta, Gener y Sol, apoyándose en argumentos de la escuela racionalista y en el método experimental de la escuela positiva; aduciendo todos gran número de pruebas científicas para defender su tesis en sus meditados discursos. Tomó la palabra incidentalmente el Sr. Jaume, y resumió el debate con gran concisión el Sr. Rufart. Este importante problema, cuya solución podría producir el cambio más radical que darse pueda en la manera de ser de nuestras sociedades, fué tratado y discutido por partidarios de todas las escuelas de una manera seria y amplia y con exclusión de toda intransigencia exponiéndose todas las teorías referentes al asunto, lo mismo filosóficas que jurídicas, haciéndose amplia luz sobre tema tan trascendental para la civilización moderna.

El 15 de Abril, hallándose de paso en Barcelona el viajero explorador inglés Mr. Alexander Will-Mitchinson, dió una conferencia en este Ateneo, sobre *la Senegambia* y sus países limítrofes, en la cual dió á conocer el profundo conocimiento práctico que de dichos territorios africanos tiene el indicado explorador.

Más tarde, por la iniciativa particular de algunos socios, el eminente actor italiano signor Enmanuel recitó escogidos trozos del poema del Dante y nos dió á conocer algunas poesías de los más distinguidos vates italianos, entre las cuales llamó la atención por sus atrevidos conceptos, así como por la magistral manera de ser declamada, la *Oda á Satan*, de Vincencio Carducci.

La Biblioteca, el verdadero objetivo de la casa, se ha también aumentado este año á la par que los otros, proporcionalmente al estado económico de la sociedad, con algunas obras adquiridas y un número regular de ejemplares regalados por diferentes personas y corporaciones.

La Junta, siempre celosa de las mejoras que en beneficio

de la Sociedad puedan verificarse, acordó estudiar la instalación del alumbrado eléctrico, principalmente en el local de la Biblioteca y salas de estudio, á causa del excesivo calor producido en dichas salas por los mecheros de gas que en ellas arden. La luz eléctrica presenta la ventaja de ser completamente fria y de no absorber oxígeno robándolo á la atmósfera y haciendo una perniciosa concurrencia á los individuos que en dichos locales leen ó escriben. No dudamos que la Junta entrante realizará el acuerdo indicado con beneplácito general de todos los que á la lectura y al estudio se dedican en este Centro.

Por fin, numerosas son las personas de importancia y nombre conocido que han sido presentadas como forasteros á este Centro para poder visitarlo, y todas han hecho de él los mayores elogios, confirmando el que en pocas ciudades de Europa se encuentra un centro donde se hallen reunidos tantos materiales para el estudio. Entre estas notabilidades podemos citar al sabio profesor de derecho comparado de la Universidad de Moscou Dr. Kowalevsky, al eminente compositor Massenet, al Director de *La Nación de Buenos Aires*, á los literatos franceses Straus, Robert, y al Almirante y oficiales de la *Invencible*, los cuales respondieron galantemente á la invitación de la Junta, motivando una comunicación del ministro de Estado de Inglaterra, en la cual dió las gracias á la Junta del Ateneo por la deferencia que con sus súbditos habia tenido.

Falta hacer constar que al empezar sus tareas la Junta Directiva la casa contaba con 1,042 socios residentes que á fines de Junio habian ascendido á 1,144, y 82 transeuntes que en dicha fecha habian ascendido á 91, habiendo concurrido á este Centro 551 forasteros.

Varios han sido los compañeros que hemos perdido en el año académico que acaba de transcurrir. Conocidos muchos de ellos como insignes patricios, como glorias del trabajo nacional, como infatigables obreros de la ciencia. Hé aquí los nombres de los que compartieron con nosotros la sagrada misión de elevar el nivel intelectual del país que nos vió nacer:

- D. Joaquin de Balanzat.
- » Juan Bautista Canadell.
 - » Eduardo Cruylles.
 - » Salvador Colomer.
 - » Salvador Gil Pozuelo.
 - » Juan Jaumandreu.
 - » Emilio Piquet.
 - » Luis M.^a de Parrella.
 - » José Ponsá.
 - » José Pella Bofill.
 - » Pablo Soler Obejero.
 - » José Nicolás Reines,
 - » Ramon Torent.
- y » Manuel Dardañá.

¡Que nuestro profundo cariño no se separe ni un momento de su recuerdo!

Pasemos ahora á dar cuenta de la principal tarea que ha ocupado á la Junta Directiva saliente en el año económico que acaba de transcurrir. Esta ha sido el salvar el estado económico de la casa, lo cual le ha impedido el hacer muchas de las manifestaciones artísticas, científicas ó literarias que hubieran dado mayor esplendor á este Centro, dejando esto para Juntas mas afortunadas que encuentren la casa ya sin ninguna clase de déficit, y sí al contrario con fondos sobrantes: á esto es á lo que se ha dirigido la actividad de la Junta en el pasado año.

El 1.^o de Julio, al tomar posesion la Junta Directiva saliente, nada tenia de halagüeño el estado económico de la Sociedad, pues su deuda alcanzaba la cifra de 33,000 pesetas, 13,000 de las cuales habian de pagarse perentoriamente por pertenecer á acreedores que, fundados en la atrasada fecha de sus facturas, pedíanlas con insistencia y apremio.

Con esto hubo de sobras para que la J. D. se persuadiese de la necesidad en que se hallaba de renunciar á todo acto ó

manifestacion que pudiese motivar gastos de alguna importancia, y á ello renunció, aceptando la poco envidiable mision que le tocara de extinguir, en cuanto le fuera posible, aquella considerable deuda; tarea á la cual se dedicó preferentemente durante todo el ejercicio.

Desde luégo hubo de pensar al efecto en hacer un empréstito, cuyo proyecto, puesto á discusion en Octubre, no mereció un acuerdo definitivo. La J. D., obrando con la prudencia que era del caso, quiso conocer préviamente la verdadera situacion administrativa de la casa y por ende asegurarse de que era cierto el sobrante mensual de 1,500 pesetas que se decia existir, y en que se basaba el referido proyecto destinándolo á la amortizacion de la cantidad que se tomara prestada. Pero desgraciadamente los datos y antecedentes administrativos de que entónces podia echarse mano, arrojaban tan escasa luz, que era cosa poco menos que imposible formar un criterio exacto sobre la situacion económica que se deseaba conocer, y sobre las cantidades con que periódicamente se podria contar si se adquiria el compromiso que el empréstito implicaba.

Llegó en esto el mes de Enero; habian ya transcurrido los siete primeros meses del ejercicio y si dicho sobrante era una verdad, la deuda debia haber descendido ya de 33,000 pesetas á unas 24 á 25,000, y sin embargo, la Junta Directiva que tanto se preocupaba de la deuda, como le repugnaba el empréstito, averiguó, con sorpresa, que lejos de haber aquella disminuido, habia, por el contrario, aumentado hasta 38,000 pesetas, cantidad que luego subió, á medida que se fueron presentando facturas atrasadas, hasta 40,000. Para comprender la afflictiva situacion de la Junta Directiva, téngase presente que con respecto á los ejercicios anteriores no solamente habia dejado de percibir el precio del sub-arriendo al Centro-Ultramarino, sino que habia debido hacerse cargo de él como un nuevo gasto al que hacian compañía los otros, tambien nuevos, por aumento del personal, mayor consumo de alumbrado, mayor coste de conservacion y entretenimiento, todo como consecuencia del ensanche, y, últimamente, con el otro aumento de gastos, entre los cuales el del timbre móvil y con-

siguiente de un auxiliar de secretaría por las reformas de las Tarifas de subsidio.

La Junta Directiva, comprendiendo ya lo que esta aflictiva situación económica representaba, supo ponerse á la altura de las circunstancias; sorteó todas las dificultades que encontraba en el pago á los acreedores y buscó, para satisfacer la deuda, un medio más económico que el del empréstito, contrariamente al cual tomó acuerdo en el mismo mes de Enero del corriente año; porque el empréstito no era ya una solución, sino una nueva deuda, que naturalmente había de resultar aumentada por los intereses y gastos anexos: considerándolo como un precedente funestísimo, como un remedio bueno únicamente para aplazar la solución del problema económico, así como vió, remontándose á los orígenes de la deuda, que ésta significaba algo más que la necesidad de satisfacer las 40,000 pesetas, pues acusaba que en el Ateneo había desde algun tiempo causas de ruina fundadas en el descuido de la administración, y urgía apartarle. Así rechazó terminantemente toda idea de empréstito para no pensar sino en hacer economías y sentar las bases de una administración, en lo cual había de encontrar los verdaderos recursos para extinguir la deuda.

Puesta ya la Junta Directiva en esta senda más expedita por la decisión y entereza con que entró en ella que por ausencia de dificultades y obstáculos, tomó una serie de acuerdos que constituyen un plan de administración y economías, no descuidando de regularizar los gastos y los ingresos, habiendo resultado inmediatamente disminución considerable en los primeros y aumento en los segundos.

Los hechos manifestaron claramente la bondad de esta gestión, puesto que desde Febrero á Junio inclusive la deuda que más arriba se ha dicho ser de 40,000 pesetas bajó á 25,000; es decir, que en menos de cinco meses pagó 15,000 ptas. de deuda, adquiriendo el pleno convencimiento de que, á partir de los precedentes que con la indicada gestión ha sentado, una administración regular de la casa puede dejar, satisfaciendo todas sus necesidades ordinarias, un sobrante anual

que no baje de 25,000 pesetas; y tiene la seguridad de que así se lo demostrará la actual Junta Directiva saldando por completo la deuda de 25,000 pesetas, continuando la obra empezada por la Junta saliente.

Reasumiendo, diremos que la Junta Directiva saliente ha organizado la administracion de la casa, ha enjugado una gran parte del déficit que encontró, sin acudir á empréstitos ni á nuevas deudas y ha dejado un plan económico para que, no solo se nivelen los presupuestos sino que llegue á obtenerse un respetable sobrante; todo esto sin dejar de atender á las primeras necesidades intelectuales y materiales de este Ateneo.

Terminado ya nuestro cometido, solo nos resta formular nuestro deseo, y es el de que la importancia y el nombre de este Ateneo llegue tan alto que sus resultados llamen la atencion de los principales centros de cultura donde brilla con mas intensidad el génio humano.

HE DICHO.

INFLUENCIA QUE HAN EJERCIDO EN EL PROGRESO HUMANO

LAS CIENCIAS FISICO-NATURALES.

*Discurso leído en el ATENEO BARCELONÉS, por su Presidente D. LUIS GÓNGORA,
la noche del 29 de Noviembre de 1882.*

SEÑORES:

Para cumplir la deuda á que me obliga vuestra excesiva benevolencia para conmigo, mi primera palabra en este acto solemne ha de ser de gratitud, que grande y sincera debo abrirla si con ella he de suplir la falta de merecimientos para

ocupar este sitio, en el que me empequeñecen á la vez á mis propios ojos el respeto que me inspira esta ilustre Corporacion, y el recuerdo de los acrisolados méritos que en todas las épocas de la vida de este Ateneo han enaltecido á los ilustres hombres por vosotros elegidos para ocuparlo. No me basta, sin embargo con expresaros, en frases no tan elocuentes como es intenso el sentimiento que las inspira, el agradecimiento que abrigo por merced tan inmerecida; aun he de obligarme más para con vosotros reclamando vuestra indulgencia, y forzoso será que de ella seais tan pródigos como lo fuisteis de vuestra bondad si he de salir airoso del grave compromiso que me impone en este momento el puesto en que me habeis colocado.

Respetando una costumbre que ha llegado á adquirir la fuerza de prescripcion reglamentaria, debo inaugurar las tareas académicas de esta ilustre Corporacion dando la primera muestra de laboriosidad, y para hacerlo he tenido que luchar, en primer término, con la enorme distancia que media entre lo mucho que tiene derecho á exigir vuestra ilustrada inteligencia y lo poco que de sí puede dar mi pobre caudal científico. Tras no pocas vacilaciones en la eleccion de tema, y con más deseo que confianza en llevarlo a regular desenvolvimiento, he optado por someter á vuestra consideracion algunas reflexiones sobre la *influencia que han ejercido en el progreso humano las ciencias físico-naturales*.

En esta época de amplia discusion en que no hay idea que no encuentre defensores ardientes y detractores apasionados, una de las pocas que han quedado á flote y obtenido general asentimiento es la que reconoce la ley del progreso como condicion ineludible de la humana existencia. Reconocida por sus mas ardorosos defensores sin limitacion alguna y como condicion esencial de la naturaleza humana, y condicionada por otros dentro de límites determinados y como simple accidente de ella, es casi unánimemente reconocida, y solo desconociendo las leyes que como sér natural rigen al hombre, ó dando al olvido las lecciones de la historia, pudiera dejar de reconocerse la realidad y eficacia de semejante ley. Sér inteligente el hombre, capaz como tal de conocer la verdad y de penetrar

las leyes que rigen el mundo que le rodea, pero nacido en la más completa ignorancia, la negación de su perfectibilidad le colocaría en peor condición que á todos los seres del universo, pues él sólo se hallaría privado de realizar todas las aptitudes inherentes á su propia naturaleza. Dotado de facultades que le permiten elevarse de la vaga noción de las cosas á su perfecto conocimiento; del efecto, á las leyes que lo determinan; de la adquisición de una verdad, á la de otra y otras más, y susceptibles esas facultades de ampliar la esfera de su poder tanto más cuanto más se cultivan con el estudio y con el trabajo, no cumple el hombre con las leyes de su propia naturaleza sino ejercita esas facultades, si no realiza el progresivo perfeccionamiento de su ser. Desde la rudimentaria inteligencia del niño que solo sabe buscar el seno que le amamanta, hasta la inteligencia colosal de un Newton, que concibe y formula las leyes de la mecánica celeste, hay una escala inmensa que el hombre debe recorrer en la extensión que sus facultades le permitan. Esta ley de progresivo perfeccionamiento, cuya eficacia se manifiesta en el individuo, pero que este como tal individuo puede voluntaria ó involuntariamente eludir, muéstrase en agigantadas proporciones y con ineludible cumplimiento cuando se examina la colectividad humana en su peregrinación á través de los tiempos. Aparece la humanidad á nuestra vista en la historia avanzando sin cesar en el camino de su progreso, no, como Vico la supone recorriendo siempre un mismo círculo en el que tropieza á cada vuelta en los mismos obstáculos, cae en los mismos errores y vislumbra idénticas verdades; ni como Goethe la imagina, ascendiendo en una espiral cuyas vueltas van alargándose, sinó en línea recta, con la vista fija en un ideal, que tal vez no llegará á conseguir, pero en cuyo camino dejará un eslabon que enlace el progreso anterior con el de la edad que ha de sucederla. Lento y penoso será este camino; tal vez en alguno de sus tramos la humanidad abrumada, por el cansancio, hará un alto para reparar su fuerzas, pero tras él, y vigorizada por el reposo, emprenderá de nuevo su marcha ganando el tiempo perdido con mayor rapidez en el andar.

Hemos de ser muy parcos y prudentes al juzgar á las edades que nos precedieron; que si desde las alturas del siglo XIX, inundadas por la luz de la civilizacion, nos parece expedito el camino para ascender á ellas, no debemos perder de vista que para que nosotros hayamos logrado alcanzarlas han debido atravesar nuestros antepasados por entre las brumosas oscuridades de la ignorancia, y tenido que luchar con errores y preocupaciones arraigadas que en más de una ocasion han hecho enmudecer la palabra de la ciencia y apagado en sus preciosos destellos la luz que brillara en privilegiadas inteligencias. Una generacion puede contribuir al progreso de la que ha de sucederla hasta con sus propios errores, pues una vez conocidos éstos la generacion siguiente puede evitar la incidencia en ellos y aumentar el número de probabilidades de acierto eliminando las contingencias del extravio. Respetemos, pues, á los hombres que fueron, hasta en sus mismas equivocaciones, que quien sabe si nosotros hubiéramos incurrido en ellas á no hallarnos advertidos por el anterior descalabro. Recorriendo ese camino y marcando su tránsito con testimonios irrefutables de su sucesivo perfeccionamiento ha atravesado la humanidad, con celeridad cada vez más pronunciada, como si obedeciese á una ley de movimiento progresivo aunque no uniformemente acelerado, desde las tinieblas de la ignorancia á los esplendores de la ciencia, desde la rudeza de la barbarie hasta la cultura de la civilizacion. ¿Y es por ventura solo en el hombre, como individuo y como colectividad, donde se manifiesta á nuestra vista esa ley de progreso que preside á los fenómenos de la naturaleza? ¿No la encontramos confirmada en esta obra de la creacion cuya grandeza con tan justo motivo nos extasía y maravilla? Primero el caos, la materia indeterminada en movimiento tan rápido que la temperatura elevadísima que desarrolla imposibilita el ejercicio de las afinidades. Mas tarde enfriamiento paulatino, combinaciones químicas que dan por resultado la formacion de agua y cloruro sódico, evaporacion del agua en contacto con la corteza ténue del globo, y nueva condensacion que la desprende sobre la esfera, apresurando el

enfriamiento; luego cristalización de las sustancias menos fusible; mas adelante aparición de la vida en las formas mas elementales del reino vegetal y animal; período hullero con sus gigantescos bosques de plantas fanerógamas que bajo la influencia de los rayos solares fijan el carbono y lo acumulan en numerosos depósitos de hulla, de donde los sacará algun dia la mano del hombre; despues, y en escala siempre ascendente nuevos animales de organizacion cada vez más complicadas, de funciones cada vez más numerosas, y en último término el hombre, el sér inteligente, la conciencia de la naturaleza.

Este progreso que por todas partes nos rodea como atmósfera de nuestra vida, y sin cesar nos empuja en busca de lo desconocido, ha necesitado, para llegar al esplendor que ostenta á nuestra vista, una série de esfuerzos, un encadenamiento de hechos, y una suma de actividad que nunca hubiera podido realizar el solo esfuerzo individual. Para lograrlo ha sido necesaria al hombre la agrupacion, y la tendencia á ella constituye una ley de afinidad que el hombre ha ejecutado en todos tiempos, aunque con muy variadas tendencias y con muy distintos objetos.

Considerad al hombre como ser aislado en la naturaleza y habreis hecho de él el sér menos importante de la creacion; miradlo en su existencia colectiva; acumulad en él todo el caudal de poder, de saber, de inteligencia que unas á otras se legan las generaciones, y habreis puesto en sus manos el cetro de esa naturaleza que pretende y tiene el derecho de dominar.

En virtud de esa ley de afinidad, que impele á los hombres á la asociacion, organizase la familia, esa molécula constitutiva de las sociedades humanas; tras ella la tribu, luego la ciudad, mas adelante la nacion y en último término la humanidad que une entre sí las razas más distintas por su origen, más heterogéneas por sus costumbres y por su lenguaje. Si ha podido decirse, no sé si con rigurosa exactitud, que el hombre nace enemigo del hombre, pudiera afirmarse con más visos de certeza que el hombre es atraído por el hombre, y obedeciendo á esa

atracción marcha hacia la humanidad con fuerza tan invencible como la que arrastra los arroyos desde las cimas de las montañas á los ríos, y lleva á éstos á confundirse en la inmensidad de los mares.

Si por humanidad entendemos el conjunto de hombres que viven en nuestro planeta la humanidad, existe entera y completa desde que aparecieron los primeros hombres sobre la tierra; pero si aceptamos esa palabra como expresión de una idea de unidad armónica que abarque dentro de sí todos los elementos que la constituyen; si queremos ver en ella la suma de esfuerzos que ha hecho en el transcurso de los tiempos el espíritu humano para llegar á la realización de sus ideales, hallaremos entonces en ella todas las flaquezas, todas las vicisitudes que afligen y atraviesa el ser individual que de ella forma parte, y la veremos formarse, crecer, desenvolverse, marchar con la tímida indecisión del niño, ó con el valeroso ímpetu del jóven lleno de vigorosa vida en pos de la verdad unas veces, y otras tras el fulgor de luces efímeras que de ella solo tenían el brillo y se desvanecían en el momento mismo de llegar á alcanzarlas; pero siempre la veremos en movimiento de avance, queriendo mas bien adelantarse por las tinieblas que permanecer en la inacción. Si examináis atentamente el conjunto de ideas y de hechos que constituyen el movimiento de la humanidad á través de la historia; los hallareis siempre encaminados á dar homogeneidad á los heterogéneos elementos que la constituyen; á buscar el símbolo que ha de establecer la relación superior que subordina á su imperio las contradicciones intrínsecas que llaman hácia sí en encontradas direcciones los elementos que se trata de coordinar; á dar con el modo de encauzar todos los esfuerzos humanos en una dirección adecuada á la realización del progreso moral, intelectual y material. Cual sea este símbolo, cual la idea, cuál el modo de llegar á este fin humanizador, tenazmente perseguido por nuestra especie, hemos de inquirirlo mediante la observación de los grandes hechos registrados en las páginas de la historia, y mas allá de ella, recurriendo á las investigaciones que la cien-

cia moderna practica con laudable ahinco para seguir los primeros pasos del hombre sobre la superficie de la tierra.

No ha logrado todavía la ciencia prehistórica fijar con incontestable exactitud la época geológica en que aparecen por primera vez vestigios humanos en las hojas de ese gran libro que tan preciosos secretos guarda en cada una de sus páginas; pero dejando al tiempo el trabajo de dilucidar si existió ó no en el período terciario, aceptemos como hecho más admitido su presencia en el cuaternario en contemporaneidad con las especies perdidas del *elephas primigenius*, del *rhinoceros thicorinus*, del *ursus Spæleus*, del *felix Spælea* ya que no anterior á ellos; represéntanoslo la ciencia y aparece á nuestra imaginacion albergado en oscura caverna, desnudo el cuerpo; indefenso contra el frio que agarrota sus ateridos miembros; esquivando acobardado la proximidad de animales, que por su voracidad, por su ligereza y por su fuerza amenazan aniquilarle; procurándose, á duras penas, el alimento que ha de disputar furtivamente á sus naturales enemigos; buscando, durante el dia, un silencioso rincon donde exponer su cuerpo á la accion bienhechora de los rayos del sol que vivifique sus abatidas fuerzas, y alejándose, durante la noche, á su mísera vivienda á devorar en las tinieblas las penalidades de su tristísima existencia. En medio de aquella naturaleza en que todo le es hostil, y conspira para destruirle, no queda al hombre más que perecer ó progresar; sucumbir ante los enemigos que amenazan con aniquilarle, ó dominarlos. Y los dominará; porque aquel sér, tan desgraciado en apariencia, es el hombre; bajo aquel cráneo cuyas elegantes curvas indican que ha de servir de templo á algo grandioso, brillan los albores del pensamiento humano, más grande que la naturaleza, porque es capaz de abarcarla dentro de su vasta comprension; aquellas manos con que sin saberlo se marca el hombre primitivo el camino del progreso que es su destino, es la misma mano que armada de delicado cincel trocará los rudos contornos del informe pedrusco, en delicadas curvas que simbolicen el ideal sublime del arte; aquella mirada que languidece bajo el peso de penalidades tan sin cuento, es la misma que animada por el

brillo de la ciencia se elevará osada á las inaccesibles alturas de la bóveda celeste para buscar en ella nuevos mundos, y los seguirá con matemática precision en su viaje por la inmensidad del espacio. Los dominará, porque para dominarlos posee el precioso talisman de su inteligencia. Para conseguirlo hará filo á la informe piedra y la convertirá en hacha ó en cuchilla; la aguzará para trocarla en flecha; desgarrará la rama del árbol para hacer de ella arma de ataque y de defensa; pero esto no basta, é insistiendo en su afanosa tarea, llegará un dia en que frotando un trozo de madera con un objeto que no nos es dado imaginar, aparecerá ante su vista un punto luminoso, que se agranda y aviva más á medida que es más rápido y violento el esfuerzo de frotacion, agítalo al viento y aumenta aquel fulgor hasta brotar refulgente llama que inunda de vivo resplandor aquella caverna antes sumergida en negra oscuridad, y de loca alegría el espíritu de aquel sér antes sumido en apática indiferencia. ¿Qué es lo que pasa ante su vista? El ha contemplado quizá el incendio de un bosque, ó ha visto descender el rayo del cielo en noche tempestuosa; pero una y otra vez huyó despavorido ante aquel espectáculo que solo le infundía terror; no hace ahora lo mismo; aquello que le admira es obra de sus propias manos, y léjos de inspirarle temor, le infunde una viril energía que le era desconocida. Lánzase fuera de su humilde escondrijo, que por nada hubiera antes abandonado, temeroso de las fieras que pudieran acecharlo, y vá de asombro en asombro; á su paso recogen sus velos las tinieblas, huyen despavoridos los animales que tanto temor le inspiraban, muéstranle los árboles sus verdes follajes en que refleja el brillo de aquel poderoso talisman que gozoso agita con sus manos, y erguido el cuerpo, alta la mirada é imbuido todo su sér de un sentimiento que no sabe explicarse, se conoce superior á todo cuanto le rodea y se declara dueño de aquella naturaleza á la que hasta entonces habia vivido subyugado por la cadena de la esclavitud. Y así era en efecto. El hombre habia hecho el fuego. Cumpliendo una ley que le era desconocida y que habia de serlo por muchos siglos á las generaciones que le sucedieran, habia transformado

el movimiento de su brazo, la energía de sus músculos en calor y había producido el fuego. El *fiat lux* que se había cumplido en la creación dando vida al sol que iluminaba la naturaleza, se cumplía también en las manos del hombre dándole el fuego que iluminaba su inteligencia. Lo que aquél hombre tenía en las manos era el fuego que debía ser objeto de adoración en algunas religiones primitivas; era el fuego sagrado del hogar y de la ciudad, que el pueblo griego llevaría consigo al abandonar sus lares; era el fuego misterioso que sostendrían en el templo las púdicas sacerdotisas; era el fuego santo que la religión cristiana haría brotar del pedernal para significar que salía de las entrañas de la tierra y no había servido para alumbrar cosas profanas; era el santo fuego del hogar doméstico que había de servir de centro de la constitución de la familia humana; era el poderoso elemento que en manos de civilizaciones adelantadas habría de producir portentosas maravillas; era, para decirlo en una palabra, la antorcha de la civilización, que en manos de la perfidia ó del ciego fanatismo podría convertirse á veces en tea de la discordia ó en hoguera de exterminio, pero luz al cabo había de guiar al humano linaje por la senda de su laborioso progreso.

Después de este invento que abre la puerta al progreso humano, y cuyos vestigios encuentra la ciencia prehistórica en los períodos más primitivos de la existencia del hombre, siguenle las investigaciones en sus épocas ulteriores perfeccionando sus armas, pulimentando el sílex, construyendo utensilios domésticos, cultivando el arte en el que interpreta con mano segura los espectáculos que la naturaleza ofrece á su contemplación, y ora traza la silueta de un elefante, ora reproduce la lucha entre dos renos, ya dibuja el torno de una mujer en estado de gestación dejando vislumbrar con este último trabajo el placer que le inspira el sentimiento de la paternidad. Para que nada falte en este período embrionario de la humanidad, que le asemeje con las costumbres de las futuras civilizaciones se encuentran en él indicios del lujo en el ornato personal, constituidas por collares de conchas y de huesos, y manifestaciones más ó menos evidentes de culto religioso y

de ceremonias fúnebres. No existe aun, ni puede exigirse á la nueva ciencia, una cronología perfecta de los sucesos que trata de inquirir, pero en los pocos con que cuenta, y son procedentes de una laboriosidad y constancia inverosímiles, ha logrado reconstruir períodos enteros de la prehistoria humana dejando vacíos intermedios que no desconfía de llenar. Desde estas épocas hasta las que se hallan representadas por las ciudades lacustres, verdaderos centros de civilización, comparadas con aquellas antiquísimas edades del hombre, se hallan siempre indicios de la tendencia á la formación de agrupaciones, tendencia que no se explica solo por el interés, pues que en el período en que el hombre libraba su existencia con la caza y con los productos naturales del terreno, su interés le aconsejaba más bien la disgregación, ya que para vivir por tales medios, la subsistencia de un solo hombre exige que éste disponga de un perímetro de cuatro kilómetros cuadrados. Esta agrupación hubo de reconocer mas bien por causa el deseo de disfrutar la compañía de sus semejantes, el de dispensarse mútuo apoyo, y por último, el de perfeccionar su vida buscando otros medios de subvenir á ella, mediante ocupaciones más cómodas y de resultados ménos precarios. Así pasa el hombre á ser agricultor; domestica animales que le ahorran el gasto de su propia fuerza; muele las semillas para hacer más grata la alimentación; se vale del fuego para prepararse sus alimentos, y mediante la división del trabajo, va paso á paso mejorando su condición. Abandonémosle en este paulatino desenvolvimiento, y pasemos á través de muchos siglos hasta encontrarle constituido en las sociedades que ha dejado su huella en la historia. Ya el hombre vive en grandes colectividades; ya se rige bajo la subordinación del Estado; ya tiene religion, pero ha perdido su libertad y se ha olvidado de su origen. Es una máquina, un autómatas que se mueve á impulso de una autoridad absoluta que absorbe en sí todas las fuerzas y todos los derechos; nace y vive, y muere en el seno de una casta, que nada tiene de comun, ni con la superior ni con la inferior; su voluntad nada significa; hay en el Estado que le domina una idea absoluta que todo lo avasalla; será esto

idea moral en la China, filosófica en la India, militar en Persia, mercantil en Fenicia; pero sea lo que quiera, á ella se subordinará la voluntad humana sin derecho á la discusion, y el hombre, regido por una autoridad superior que jamás ha de conocer, tiene en la ley trazada la norma de sus actos, tanto de la vida pública como en la privada, con una rigidez inflexible. Su mejor ó peor condicion depende de su nacimiento, y solo despues de muerto y mediante una nueva metempsicosis, puede renacer en una casta superior, si merecen este premio los actos de su anterior existencia. Hé aquí el único destello de progreso de aquellas civilizaciones de petrea inmovilidad; pero por pequeño que sea, no puede ponerse en duda que en él se encierra una idea de perfectibilidad. La autoridad absoluta en el gobierno, el fatalismo en la religion, la guerra como única relacion con el extranjero, pero guerra de exterminio, en que el vencido es reducido á la esclavitud y tratado como el más abyecto de los séres irracionales, como el paria que hacia maldita hasta el agua en que proyectaba su sombra, he aquí los pueblos del Oriente.

No pregunteis al hombre que en tales condiciones vive, qué concepto tiene de la naturaleza. Aquellas gigantescas montañas le anonadan; espántanle aquellos grandes rios; le tienen en continuo sobresalto los reptiles que se anidan en aquellas impenetrables espesuras; vé en todo voluntades más poderosas que la suya y solo atiende á tenerlas propicias rindiéndoles adoracion. El hombre no estudia la naturaleza, y si de ella se sabe algo, ese saber está sigilosamente reservado en el templo de Brahma, y solo los descendientes de la casta sacerdotal pueden penetrar en el santuario en que se guarda tan precioso secreto.

Modernas investigaciones han hallado vestigios de una raza que vivia á orillas del Ganges y en cuyos libros se encuentran pruebas de un progreso científico de superior importancia. Los libros médicos tratan de anatomía con unos detalles que son dignos de toda nuestra admiracion. Contienen conocimientos físicos y químicos que no se ven conservados en civilizaciones posteriores, y practican las industrias tintóreas

y textiles con tanta perfeccion como en épocas posteriores las practicaron la China y la Persia. La mayor parte de estos conocimientos se perdieron en épocas posteriores, abandonados en los templos brahamánicos y no vuelven á aparecer hasta épocas muy posteriores.

Despues de haber vivido oprimido en el Oriente necesitaba el pensamiento humano, una atmósfera más expansiva para tender su vuelo, y Grecia le ofrece un asilo en que la naturaleza es más hospitalaria, y le brinda con todos los encantos de la poesía; y cómo si quisiera desquitarse de la esclavitud en que habia vivido bajo la naturaleza agigantada del Asia, miró con desden la que ahora le dá cariñoso hospedaje. El hombre se admira á sí mismo; contempla con fruicion la belleza de sus formas, que sus artistas han sabido idealizar en elegantes curvas, y, no satisfecho con ser hombre, se proclama Dios. Su inteligencia no debe descender á escudriñar los secretos de la naturaleza, su razon le basta para explicarlos, y crea el concepto filosófico apartándose del camino de la observacion y la experiencia. No importa que Aristóteles estampe en su bandera el lema *nihil est in intellectu*, etc., él el primero dará una muestra del uso que hace de sus sentidos cuando al escribir de las partes de los animales nos diga que el corazon de los mamíferos tiene tres cavidades. Es innegable que tanto el filósofo Stagirita como todos los que como él contribuyeron al esplendor de la Grecia con sus elucubraciones filosóficas, desde Thales á Epicuro, demostraron todo lo que es capaz de crear la razon humana abandonada á la inagotable fecundidad de sus recursos, pero tambien lo es que desde la época del creador del silogismo hasta la publicacion de los trabajos enciclopédicos de Plinio, esto es, en un intervalo de 400 años, el estudio de los fenómenos naturales no habia dado un paso.

En el período de esplendor de la Grecia descuella la gran figura de Hipócrates, llamado el padre de la medicina; y, no obstante, su gran espíritu de observacion se deja influir por las ideas filosóficas, y especialmente por las ideas de Pitágoras, y da á sus concepciones el tono de filosofía dogmática que por espacio de muchos siglos ha dominado á la medicina.

Roma recoge el cetro de la civilización que Grecia dejó escapar de las manos después de las conquistas de Alejandro Magno, y con él recibe el mismo sentido filosófico y metafísico y el mismo desden hacia el estudio de las ciencias positivas. Difícil era que, dada la organización social de Roma, pudiera progresar en ella esta clase de conocimientos. El patricio estaba consagrado por entero á la cosa pública; el plebeyo harto tenía con trabajar el campo para saciar las exigencias de su patrono; y el esclavo, á quien se abandonaba el ejercicio de las artes y de las ciencias carecía de la elevación intelectual necesaria para cultivarlas.

Grecia y Roma nos ofrecen el mismo espectáculo; pueblos inteligentes, que se elevan á una altura que hoy mismo tenemos motivo para admirar en metafísica, en historia, en ciencia jurídica, en arquitectura, en bellas artes, en arte militar; que llegan á ejercer en todos estos ramos una supremacía cuyo influjo ha llegado hasta nuestros días, no encuentran entre tantas y tan claras inteligencias una sola que dirija su vista hácia el estudio de la naturaleza y sepa entrever el tesoro de maravillas que de este estudio podía prometerse.

Grandes y pequeños, ilustrados é ignorantes se dan por satisfechos con las más ridículas hipótesis sobre la explicación de los fenómenos naturales, y unos y otros escuchan con religioso silencio la interpretación dada por los arúspices al vuelo de las aves ó á los signos encontrados en las entrañas de las víctimas para predecir el porvenir. Extraño contraste entre una razón que pretende elevarse á la alta región de lo indeterminado y una credulidad que desciende hasta el último límite de la puerilidad. ¿Y es por ventura que el bienestar que Roma disfrutaba la permitiese prescindir de la ciencia? Aunque no admitamos en absoluto la opinión de Liebig que atribuye la decadencia de Grecia y Roma á la esterilidad de la tierra, que falta de la reposición de fosfatos no podía dar de sí frutos suficientes, hemos de reconocer que las frecuentes crisis alimenticias que sufrió la reina del mundo pagano fueron degradando la condición moral de aquel pueblo y acabaron por hacer de uso cotidiano la célebre frase *panem et circenses*.

con que la historia expresa gráficamente el último grado de abyección á que llegó aquel pueblo que limitaba toda su aspiración á saciar el hambre y á satisfacer sus instintos sanguinarios. Estas causas por una parte y por otra el sostenimiento de la esclavitud, la codicia de sus pretores, la ignorancia y el orgullo de sus patricios, la disolución de las costumbres que habian decaído á la más asquerosa prostitución, la sibarítica molición que se apoderó de todas las clases, la decadencia del espíritu, así cívico como militar, contribuyeron á una á secar los gérmenes de toda noble aspiración, á eclipsar todos sus ideales y fueron precipitando á Roma en su inevitable derrumbamiento; mas tal vez con el interesado propósito de prolongar aquella agonía que por sincera vocación proclama Constantino el Cristianismo en el edicto de Milan, pero aquella sociedad corroida por tantos vicios no podia servir de cimiento á la nueva doctrina consagrada en el Gólgota. Sucesivamente caen del sόlio de su grandeza Grecia y Roma, sin haber sabido fundar las sociedades humanas sobre sólidos fundamentos; pero deja la primera al hombre convertido en ciudadano, y en él un noble ejemplo de amor á la patria, y lega la segunda á la posteridad la nocion del derecho tan sábiamente formulada, que aun se conservan servibles los moldes en que forjó su concepto jurídico.

Comienza la Edad media y con ella el verdadero dominio del Cristianismo que en absoluto lo inspira, y el ánimo se siente perplejo entre los juicios, que sobre ella se han pronunciado presentándola alternativamente como ideal apetecible, y como negra noche del pensamiento, como época de ignorancia y de barbarie. No soy de los que quisieran ver reproducidos en la época en que vivimos las escenas de la Edad media; pero tampoco puedo avenirme á que solo encierre ignorancia y barbarie un período histórico que empieza con el Cristianismo y acaba con la invención de la imprenta; no es posible que con tanta luz en su comienzo y en su fin solo encierre esa época en su seno oscuridad y tinieblas.

El cristianismo ejerce, bajo el punto de vista científico, una doble influencia que no puede desconocerse siempre que

desapasionadamente se considere. Predicando la paz á un mundo tanto tiempo agitado por el estruendo de la guerra, preparaba un período de reposo á la inteligencia, cuyo progreso es incompatible con el desasosiego y turbulencias que acompañan á los períodos belicosos; proclamando una moral cuya pureza era el completo reverso de la relajacion de costumbres del pueblo romano, disponia las inteligencias á la concepcion de ideales levantados; elevando á los humildes hasta ponerlos á nivel de los más altos, y proclamando iguales á todos los hombres ante Dios, sacaba de la abyeccion toda una generacion de séres que llevaba sobre su frente el estigma de la degradacion, y abria á la luz aquellas inteligencias envueltas en la ignorancia; sacando á la mujer del fango en que la tenian sumida las sociedades paganas, y concediéndole un puesto en el tálamo conyugal, un asiento en el festin de la familia y una representación en la autoridad paterna, cimentaba el hogar doméstico sobre la base de la virtud.

Pero es más; al dar la nocion de un sér único, suprema inteligencia, belleza, bondad, verdad absolutas, fuente única de todo bien, legislador de infinita sabiduría y autor supremo de la creacion, desterraba para siempre las absurdas quimeras del politeismo y hacia brotar en la inteligencia la idea de unidad en la causa, de unidad en la ley, como fuente y origen de la variedad en el mundo de lo determinable, en la sucesion de los fenómenos accesibles á nuestro conocimiento.

Algunos siglos habian de transcurrir antes que Europa pudiera reponerse de la perturbacion que causas muy diversas habian introducido en su estado político. La invasion de los bárbaros; el fraccionamiento social y político que introdujo el feudalismo, y el espíritu ascético que era la consecuencia necesaria de la exageracion del fervor religioso, apartaron por completo la atencion del estudio de las ciencias, y por mucho tiempo los hombres se decidieron, unos por el ardor de los combates, y otros por el reposo de la vida contemplativa. La invasion de los árabes vino á poner término á este período de quietismo científico, y un hijo de la Iglesia que llegó al sόlio pontificio, Gerbert d'Aurillac, fué el primero que intro-

dujo en Francia, Alemania é Italia los conocimientos que en España había adquirido de los árabes. Testigo de la grandeza que alcanzaba nuestra patria, merced á los conocimientos que en física, en química, en medicina y en ciencias naturales había importado la raza invasora, quiso poseer aquellos conocimientos, y logró la justa fama de sabio eminente con que le conoce la historia de la ciencia. No he de desperdiciar esta ocasion de recordar lo que era nuestra patria en los tiempos de Abderraman III, aunque solo sea para consolarnos con la esperanza de que puedan verse reproducidos aquellos felices dias. Córdoba, la rival de Bagdad, contenia en un recinto de 8 leguas 60 palacios, 212,000 casas, 805 tiendas, 900 baños públicos, 70 bibliotecas y 17 institutos para la enseñanza. La agricultura y la industria alcanzaron extraordinario desarrollo. Eran ávidamente buscadas las pieles de Córdoba, los paños de Murcia y las sedas de Granada. En Sevilla trabajaban 60,000 telares. Se ejecutaron obras gigantescas para la distribución de aguas para el riego, y hoy mismo corren las de la vega de Granada por las mismas acequias construidas por los árabes. Recolectábanse abundosas cosechas de arroz, de algodón, y se cultivaban en inmensa copia las moreras. Se instituyó el sistema de la mesta, y el ganado merino transitaba de N. á S. y de E. á O. en busca de las localidades adecuadas á cada una de las estaciones. Hoy no queda en España un solo vellon de lana merina; no quedan ni vestigios de aquellas bibliotecas, ni de aquellos institutos, y en los momentos en que aquí nos hallamos reunidos, los hijos de las comarcas andaluzas recorren aquellas fértiles campiñas pidiendo una limosna, ó lo que es peor, robando un pedazo de pan para llevárselo á sus hijos aniquilados por el hambre y la miseria.

Dejemos estas tristes comparaciones y volvamos á nuestro objeto. La época en que nos encontramos es la del predominio de la alquimia que perseguia la transmutacion de los metales para obtener la piedra filosofal que debia dar al hombre riquezas y hacerle inmortal. La química moderna no puede rechazar su entronque genealógico con la dinastía de los

alquimistas; del fondo del crisol en que rodeados de misterio buscaban el tesoro que les proporcionó tantos desengaños, salieron alguna vez descubrimientos que la ciencia no ha podido desdeñar, y de entre la pléyade alquimista salieron los ilustres nombres de Alberto el Grande y Rogerio Bacon. Doctor admirable apellidaron sus contemporáneos al último de estos grandes varones, y aun no tuvieron tanta ocasión de admirarlo como la tenemos nosotros, que vemos convertidas en realidad sus luminosas predicciones; hace 6 siglos que el sabio franciscano pedia á la higiene y á la medicina que trabajasen por alargar la vida del hombre; concebía la posibilidad de construir vehículos que sin necesidad de fuerza animal marchasen con velocidad increíble; pedia á la mecánica una fuerza capaz de mover un barco inmenso con más velocidad que pudieron hacerlo un crecido número de remeros; predice la construcción de instrumentos ópticos que pongan las estrellas al alcance de nuestra vista, y que multipliquen las dimensiones de la escritura más diminuta. Enójanle las contiendas entre nominalistas y realistas, recusa la autoridad de Aristóteles y proclama la autoridad de la experiencia. Ha llegado para la ciencia la época de las profecías. Llegará un tiempo en que lo que hoy está oculto saldrá á la pura luz del día, merced á la sucesion de las generaciones y al trabajo perseverante de la humanidad. Las promesas del profeta se verán ámpliamente realizadas. En los 400 años que mediaron desde Aristóteles á Plinio, la ciencia permaneció en un infecundo *statu quo*; en igual período de tiempo, á partir desde Rogerio Bacon, se inventa la imprenta, esa poderosa palanca del pensamiento humano, ese monumento permanente en que la conciencia de las generaciones comparece ante el tribunal de la historia; invéntase la brújula; Colon descubre un nuevo mundo; otro Bacon en Inglaterra fija sobre cimientos científicos el método inductivo, y al terminar el plazo el gran Newton formula las leyes de la gravitacion universal, concepcion la más grande de cuantas se han albergado en el entendimiento humano, y Leibnitz sienta el principio de la conservacion de la energía. Faltaba al hombre una fuerza que le

hiciera dueño de superar las resistencias que la naturaleza le ofrece, pero á no tardar ha de proporcionársele una ley de la misma naturaleza. Vimos al hombre primitivo transformar el esfuerzo de su brazo en fuego que le aseguró el dominio de la naturaleza por la inteligencia, y ahora hallamos al hombre llegado á la cumbre de la civilizacion, transformando el calor en movimiento y dominando á la naturaleza por la fuerza. Aplica el vapor como agente motor, y es árbitro de aumentar su poder á medida que aumente la resistencia que se propone vencer; con el nuevo elemento subordinado á su voluntad, para él no hay obstáculo insuperable, ni empresa que no esté á su alcance realizar. Los carros, que sin fuerza animal habian de correr con increíble velocidad, segun los votos de Rogerio Bacon, se convirtieron de aspiracion en realidad; la fuerza que en la navegacion habia de suplir á la de miles de remeros, impulsa con poderoso empuje los barcos sobre la superficie de las olas; mecanismos gigantescos reducen á delgadísima lámina el lingote de hierro con más facilidad que nuestros dedos ablandan una bola de cera; máquinas ingeniosas hacen todo género de labores, hilan, tejen, cosen con tal delicadeza y perfeccion, que más parecen organismos inteligentes que objetos inanimados é ignorantes de lo que ejecutan.

Cansada la inteligencia humana de vagar por el campo de las abstracciones, descendió, si descender puede llamarse á ponerse en contacto de la verdad, descendió al terreno de lo real, y trocó la perdurable pregunta ¿por qué? que tanto tortura la imaginacion, obligándola á veces á forjar fantásticas teorías, por el ¿cómo? ménos pretencioso, pero más práctico é interrogando directamente á la naturaleza, que como guardadora del secreto, era la única capaz de revelarlo, obtuvo de ella ese conjunto de conocimientos que forman el esplendido acerbo de la ciencia contemporánea, cada dia enriquecido con nuevas adquisiciones.

Dueño de esta opulenta herencia, viene á la historia el siglo XIX, y como si le estuviera reservada la gloria de contribuir á enriquecerla con un contingente que no desmereciese de

las riquezas ya adquiridas, con él empiezan los primeros trabajos sobre la electricidad, ese poderoso agente cuyo alcance no es todavía posible calcular. Con tales precedentes no era aventurado pronosticar días de espléndida grandeza al siglo que bajo tan felices auspicios se inauguraba; pero él ha conseguido con su laboriosidad exceder los límites de lo calculable y tocar los confines de lo maravilloso. Las más grandes obras de los tiempos antiguos, los palacios de Ninive y Babilonia, los Parthenons, los viaductos romanos son obras mezquinas comparadas con las que concibe y ejecuta el siglo XIX; su aliento alcanza á transformar la naturaleza para adaptarla á lo que sus intereses, su conveniencia y su comodidad exigen; para abrir á su navegacion un camino más corto, corta el pedazo de tierra que une dos continentes y abre el istmo de Suez; hoy trabaja para abrir el de Panamá: estórbanle las montañas que dividen dos naciones, y las atraviesa con túneles cuyos detalles de ejecucion son modelo de inventiva; estudia y halla realizable el proyecto de un ferro-carril submarino, y lo convertirá en realidad si no lo estorba la suspicacia de una nacion que desconfía de todos, porque para nadie abriga buenas intenciones. Construye para sus exposiciones comerciales, palacios suntuosos donde atesora riquezas que jamás ha poseido el más opulento soberano de la tierra. Su poder sobre la naturaleza no tiene límites; con el telescopio alcanza su vista á lo inmensamente distante y con el microscopio hace visible lo inmensamente pequeño. Como físico, estudia y determina las leyes que rigen á la materia; destruye antiguos errores que suponian á la naturaleza capaz de aborrecer el vacío y de obrar caprichosamente en sus fenómenos: marca con matemática exactitud las corrientes submarinas; traza el trayecto y direccion de los vendavales y da medios al marino de burlar la furia del ciclon que amenaza hundirle en el abismo de los mares. Procurando sacar provecho de las causas mismas que conspiran por destruirle, no se contenta con dar al minero una lámpara de seguridad que le ponga á salvo de las explosiones del fuego grison, sino que recoge el gas que lo produce, lo transporta por tu-

berías distribuidas por las sinuosidades de la mina, y el terrible enemigo queda convertido en medio de iluminacion.

La química, esa ciencia que nació envuelta entre los pliegues de la magia alquimista, porque toda su historia debia ser una sucesion de sorprendentes maravillas, elevada al sólio de las ciencias por el génio del inmortal Lavoisier, que merece con justicia el nombre del Newton del mundo de los átomos, reduce á peso y á medida los fenómenos de la afinidad; multiplica el número de los cuerpos elementales, reducido á cuatro por la ciencia de los antiguos tiempos, y para dar muestra de su poder, toma el sedimento negruzco y hediondo que queda como residuo de la fabricacion del gas del alumbrado, y de él saca colores que por su brillo y por la viveza de su matiz compite con los de los vistosos plumajes de las aves de los trópicos; fabrica aromas sin necesidad de flores ni de sol, y para dar enojos á los que la acusan de no saber más que destruir por el análisis, construye por la síntesis sustancias de agrupacion atómica idéntica á la de los cuerpos del mundo orgánico. Con incansable constancia y con sagacidad inverosímil recoge el polvo que en la atmósfera de nuestras habitaciones hace visibles el rayo de sol que penetra á través de una abertura, lo examina, lo siembra con el cuidado con que pudiera sembrarse y cultivarse la más preciosa planta de los trópicos, y obtiene una vegetacion de séres equívocos en cuanto al reino á que pertenecen, pero en los cuales halla la explicacion de un sinnúmero de hechos de fermentacion, putrefaccion y septicidad. Entre aquel mundo microscópico están los agentes productores de una multitud de enfermedades que afligen el reino orgánico. Aislándolos y atenuando su energía de accion, se llegarán á obtener quizá beneficios semejantes á los que la vacuna viene proporcionando á la humanidad. Los primeros resultados de estos brillantes ensayos han salvado ya á la industria pecuaria francesa de los estragos de una terrible epizootia. Si un resultado igual corona los esfuerzos de Mr. Pasteur respecto del agente productor del tifus, su nombre merecerá figurar entre los de los más grandes bienhechores

de la humanidad; pero aun sin lograrlo, le es esta deudora de inmensa gratitud. Inspirado por los experimentos de Pasteur, concibe Lister la idea de su cura antiséptica, y con ella practica la cirugía moderna operaciones que eran inconcebibles hace 20 y ménos años; abre articulaciones, penetra en las cavidades más importantes del cuerpo, hiere órganos cuyo solo contacto se creía mortal, y una curacion completa, sin el aumento de un solo latido en el pulso, ni de un solo grado en la temperatura, es el feliz resultado de estas arriesgadas maniobras, que sin el método de Lister constituirian un asesinato. La medicina ensancha sus medios de accion merced á la intervencion de los agentes naturales y á los múltiples recursos que á su disposicion pone la química. Calma el dolor con el cloral, y no solo le calma sino que anula la percepcion de él y casi suspende impunemente la vida con el cloroforno, redimiendo al cirujano del titulo de inmisericors que le exigia Celso como condicion indispensable para merecer aquel titulo.

El siglo XIX tiende sobre todos los pueblos que siguen su vuelo esas dos líneas de hierro que son como el anillo que abraza en su circuito á los pueblos cultos, y parecen simbolizar el paralelismo constante entre la civilizacion y la ciencia, y el hombre, erguido sobre la locomotora, lánzase sobre ella con vertiginosa rapidez, y traspasa fronteras, y cruza naciones y en todas partes encuentra una humanidad que le abre cariñosa los brazos para recibirle. No es ya el extranjero aquel bárbaro aborrecible á quien se aprisionaba con las cadenas de la esclavitud, es el semejante, es el amigo, es el hermano, es el hombre.

No contento con haber disminuido en proporcion enorme la distancia que separaba unos de otros los pueblos de una misma nacion y las diferentes naciones entre sí borrando de entre ellas las fronteras que las separaba, quiere establecer una comunicacion más rápida aun para transmitir el pensamiento; inventa el telégrafo; tiende sus hilos por todo el continente europeo, lanza al mar sus cables colosales para comunicar directamente con las otras cuatro partes del mundo y enlaza á

la humanidad en una red que pone en comunicacion tan rápida como la concepcion del pensamiento á las regiones más apartadas.

Utilizando los prodigiosos recursos de la ciencia el hombre ha hecho de la humanidad un organismo perfecto dotado como los organismos fisiológicos de un sistema circulatorio y de un sistema nervioso. Por el primero se comunican de un punto á otro los hombres de los más lejanos países y se cambian mutuamente los productos de su agricultura y de su industria, dando vida y movimiento á este comercio cuya prodigiosa actividad tan justamente nos asombra. Por el segundo se transmite de uno á otro confin del mundo el acontecimiento político del momento, la noticia financiera del día, el discurso parlamentario que aun se está pronunciando, y cuando una comarca llega á ser víctima de una de esas grandes catástrofes que marcan su huella con la desolucion y la muerte, Murcia, Manila, Verona tienen á su lado á la humanidad entera que con ellas compadece sus duelos y comparte el óbolo de la caridad, acudiendo á su socorro antes de que se hayan enjugado las lágrimas en la mejilla de los que por efecto del desastre han quedado sumidos en la viudez, en la orfandad y en la miseria.

Utilizando la facilidad de comunicaciones, los hombres, que ya se hallan ligados por los vínculos de la amistad, desean conocerse y se dan cita en esas grandes reuniones que llamamos Exposiciones y Congresos y libra allí esas batallas en que el vencido aprende, el vencedor enseña y la humanidad adelanta en su perfeccion. Si la tradicion, la historia y la literatura son el vínculo que enlaza entre sí á los hombres de una nacion, la ciencia es el más poderoso de los vínculos internacionales. Cuán distinto concepto tiene de sí misma la humanidad en los diversos períodos de su historia; en la antigüedad los hombres se buscaban con las armas en la mano para exterminarse; en nuestro tiempo se buscan para instruirse y amarse.

Ahora bien, señores, ¿qué vale la gloria de esos grandes hombres que la humanidad llama sus héroes, cuando debiera llamarlos sus verdugos, que levantan su gloria sobre una cima

de cadáveres y marcan su paso con un reguero de lágrimas y de sangre, al lado de la gloria de esos sabios ilustres que han consagrado su vida al beneficio de la humanidad y al adelanto de la ciencia?

Tal vez me digais que me represento á la humanidad tan cordialmente unida por los lazos de fraternal amistad y de sincera concordia que en mi concepto deberá haber llegado ya el apetecido reinado de la paz universal. No; yo no creo que han desaparecido, ni creo que desaparecerán nunca los motivos de contradiccion entre los hombres, ni las ocasiones de lucha entre los pueblos, pero sin alardear de profeta, aunque sin temor de equivocarme, me atrevo á asegurar que la guerra no pasará nunca de la categoría de episodio más ó ménos importante, y no logrará volver á ser la accion principal de la vida de los pueblos. Antiguamente tenia tan poco en que ejercitarse la actividad humana, que necesitaba la guerra para no permanecer ociosa, en los tiempos modernos son tantas las ocupaciones que reclaman al hombre que no le dejan vagar para pensar en belicosas empresas. La ciencia moderna, que en todo ha puesto el sello de su influencia lo ha impreso tambien en el arte de guerrear, y son hoy tan formidables los medios de que el hombre dispone para exterminar fraternalmente á sus semejantes, y es tan costosa la adquisicion de ellos, que una declaracion de guerra ha de llevar aparejada la ruina de las naciones beligerantes. Habrá guerra sí, porque no hemos llegado aun al momento en que la fuerza de la razon se anteponga á la razon de la fuerza; pero en los mismos campos de batalla en que los hombres se destruyan unos á otros, se verá ondear la enseña de la cruz roja, que es el símbolo de la humanidad, sobreponiendose al encarnizamiento de las pasiones de los individuos y de los pueblos y recibiendo en su seno al desgraciado que padece, sin preguntarle si es amigo ó adversario, sin averiguar quién es ni de dónde viene, bastándole solo saber que es hombre para declararle digno de su solicitud cariñosa y derramar sobre su herida el bálsamo de la ciencia, y sobre su espíritu el consuelo de la caridad.

Podrá ocurrirse tal vez que este conjunto de adelantos

científicos é industriales constituya un verdadero progreso, pero de carácter puramente técnico, y con tales tendencias al utilitarismo, que lejos de realzar los ideales humanos los rebaje á los estrechos límites de la idea de mezquino lucro. Me apresuraré á procurar desvanecer esta manera de juzgar que dista mucho de la verdad. El más inmediato resultado de los adelantos modernos es sacar al hombre de la condicion de máquina de trabajo mecánico para convertirlo en máquina de inteligencia. La antigüedad que no podia disponer de otra fuerza que la del hombre, lo reducía á la condicion de esclavo para embrutecerle y sacar de él el mayor beneficio; la civilizacion moderna le hace libre porque le necesita inteligente; le economiza el gasto de su fuerza física y pone en ejercicio sus actividades intelectuales, obteniendo por este medio el más poderoso desarrollo de ellas. La mecánica, que solo exige del obrero asiduidad de atencion para seguir cuidadosamente la regularidad del movimiento de la máquina y evitar que su marcha se interrumpa, ha traído á la vida de la inteligencia una gran masa de hombres, que consagrados antes á rudas ocupaciones de fuerza, vivian en un estado como de atrofia intelectual, y ha logrado ensanchar la base inteligente de las sociedades. No basta á la cultura y progreso de una nacion que brille en ella un corto número de sabios, es preciso, para que la primera sea cierto y el segundo no sea ilusorio, que el conjunto de la masa social sea apta para recibir y asimilarse las nociones científicas y llegue á tener idea de las leyes que rigen el mundo que la rodea y los hechos que á su vista acontecen. El conocimiento de los fenómenos naturales, lejos de rebajar las más sublimes facultades del hombre, las enaltece y abrillanta, dando vida en su espíritu á las ideas de orden y justicia de que tan elevados ejemplos da la naturaleza en la correcta regularidad de sus leyes y en la distribucion equitativa de sus beneficios.

La elevacion intelectual de la clase ménos acomodada de la sociedad obliga á las clases superiores á aumentar el caudal de sus conocimientos para no quedar rebajada á los ojos de las que á ellas se hallan subordinadas, y se desenvuelve un

espíritu de emulacion, que ojalá llegue á desarrollarse hasta tal punto, que todos aspiren á formar en las filas de la aristocracia del saber, que, despues de todo, es la más legítima de todas las aristocracias. El progreso científico ha introducido en las sociedades un sentido democrático que puede ser y será sin duda alguna el cimiento sobre que se funden los organismos sociales y políticos. Destruyendo las desigualdades de familia, de patria y de propiedad, no reconoce otras gerarquías que las de la instruccion y la ignorancia, y al juzgar las nobles figuras de Bacon y de Franklin, ve en el uno al sabio filósofo autor del método inductivo, y en el otro al físico eminente que hizo á la humanidad un inmenso beneficio con la invencion del pararrayos, y rindiendo á entrambos el tributo de admiracion que sus talentos merecen, se olvida por completo de que tras el uno se oculta la aristocrática figura del opulento Baron de Verulamio, y de que tras el otro se cobija la modestísima persona del aprendiz de una fábrica de velas y cajista de una imprenta. Admitida como única base de desigualdad social la cultura de la inteligencia, el individuo dirigirá toda su voluntad á mejorarla aguijoneado por el deseo de aventajar su posicion en la escala social, y entablada la competencia en este vastísimo campo donde todos caben sin molestarse recíprocamente, cesará ese malestar que inquieta y perturba las sociedades, y cuya única causa es la presion que alternativamente ejercen unas sobre otras las diferentes clases que la constituyen. El organismo social, como todos los organismos, solo puede disfrutar salud y bienestar, cuando todos los órganos que integran su formacion, disfruten de la libertad y holgura necesarias al perfecto ejercicio de sus funciones; de la presion ejercida por un órgano sobre otro resultan alteraciones que se revelarán primero en el órgano oprimido, pero que á la larga, llegarán á extenderse al órgano opresor, resultando ambos perjudicados en definitiva. ¿Cómo, pues, puede tacharse de simplemente utilitario un progreso cuyas consecuencias alcanzan á mejorar la condicion intelectual, social y política de los pueblos?

Ha sido tan rápido el vuelo del progreso moderno, y tan

brusco el cambio de condiciones sociales á él subsiguientes, que la falta de preparacion de los elementos que á él han tenido que concurrir ha dado origen á rozamientos y antagonismos, que, á fuerza de abultarse, han llegado á tomar la proporcion de problemas sociales revestidos de tan amenazadoras formas, que han logrado infundir pavor en los ánimos y desconfianza de hallarles pacífica solucion. La magnitud de las empresas acometidas por la industria moderna ha exigido la intervencion de enormes capitales para su instalacion y de un numeroso personal para la ejecucion de sus variadas manipulaciones. Puestos frente á frente estos dos elementos, sin tener ni uno ni otro un justo concepto de sus mútuas relaciones, ha surgido el antagonismo, y de él ha resultado la lucha entre el capital y el trabajo, pugnando el uno por obtener el mayor rendimiento posible á las sumas que representa, y el segundo por lograr la mayor remuneracion posible con la menor cantidad de servicio, y en esta lucha, alimentada tal vez por agentes ménos solícitos de lo que aparentan, por los intereses que dicen defender, han apelado las dos partes militantes al recurso funestísimo de la huelga, en la cual se perjudica á un mismo tiempo el capital, el trabajo y el país. Preciso es que los dos elementos puestos en lucha se persuadan de que no es posible entre ellos el antagonismo perpétuo, porque de tal manera se exigen reciprocamente, que la existencia de ambos es imposible sin llegar á un completo avenimiento. Recúrrase á la ciencia, que es el único juez competente en el asunto, y ella dará la fórmula, fuera de la cual toda reclamacion es improcedente y empieza á ser subversiva. La higiene puede marcar con precision, casi matemática, las horas de trabajo que puede soportar el organismo humano, y las que necesita para su descanso, para su esparcimiento y para el cultivo de su inteligencia que tanto como al obrero interesa al capital con que se pone en relacion; señalará con detallada exactitud las precauciones que deben adoptarse en los talleres para garantizar la vida del hombre contra toda clase de accidente fortuito; tasaré la cantidad de alimento necesaria para mantener en el organismo el vigor necesario para el trabajo, y con estos da-

tos se tendrá una base positiva para la resolución del problema. Convénzase el representante del capital, que el hecho fundamental de sus contratos ha de ser la salud, la vida y el bienestar del obrero, pero á su vez convénzase éste de que su ódio al capital es un absurdo funesto, y de que el día, que consiguiera reducir á cenizas esos preciosos mecanismos que son la razón de su existencia, solo lograría desquiciar la sociedad y él sería el primero que quedaría aplastado bajo sus ruinas. Instrúyase el obrero y verá cuán fácil le es trocar el estado con que tan mal se aviene por otra posición más cómoda y ventajosa. La mayor parte de los que hoy vé sus patronos, y que por serlo le merecen ódio tan encarnizado, fueron obreros como él y á fuerza de trabajo y ahorros labraron el capital que tan inconsideradamente se trata de destruir; Jorge Stephenson, el primer fabricante de locomotoras, fué en su infancia un humilde fogonero, y con estudio y trabajo y vigili-
as legó á su hijo Roberto un nombre ilustre, una inmensa fortuna y un elevado puesto en la sociedad. Entre las muchas ventajas que la ciencia ha proporcionado á la época moderna, una de ellas ha sido la democratización del capital. Las empresas que concibe son de tal magnitud, que no bastaría para llevarlas á cabo la fortuna del más opulento Cresco, y para lograr la acumulación de tan inmensas masas de numerario, ha necesitado la ciencia económica recurrir á la invención de los valores moviliarios que dividen el capital en fracciones pe-
queñísimas, formando con muchos pocos, un todo colosal, como con granos de arena se forman inmensas montañas, y con gotas de agua vastísimos océanos. Una previsión económica permite al obrero hacerse partícipe en estas grandes empresas y aspirar á la remuneración del capital en la proporción de su fortuna, que empezando por ser pequeña puede irse crecientando paulatinamente. ¿Quién sabe si con el tiempo se llegará á conciliar los intereses que hoy se debaten en tan encarnizada lucha, mediante una combinación económica que dé al obrero participación en el capital? Aparte de estos medios, tiene el obrero el eficaz recurso de la cooperación, que inteligentemente dirigida, ha dado fecundísimos resulta-

dos en una ciudad catalana, en Mataró, donde pueden aprender los obreros de todos los países, cuánto más productivo es trabajar juiciosamente, que entregarse á los delirios de sublevaciones insensatas?

No sé si habré conseguido llevar á vuestro ánimo la convicción de cuán poderosamente han influido las ciencias físico-naturales en el progreso de la humanidad. Toda esta obra de grandeza, que es el mejor timbre de orgullo de la época, es el trabajo de escasos cuatro siglos, y su mayor desenvolvimiento es el trabajo grandioso del siglo XIX, que enseñoreándose de la naturaleza á fuerza de estudiar sus leyes, refrena el vapor para hacerle su medio de transporte; subyuga el rayo para hacerle mensajero de su pensamiento, y aprisiona la luz del sol para obligarla á que estampe su imagen.

Vivimos en plena tiranía de la ciencia. Sobre las ruinas de todas las tiranías que sucesivamente han subyugado al hombre empequeñeciéndole y coartando el vuelo de su poder, ha asentado su sólio esa hermosa déspota que exige al hombre que sea libre, que sea grande para hacerse digno de merecer sus favores. El secreto de los tiempos actuales se halla encerrado en esta brevísima frase: saber es poder. Individuos y naciones tienen bien definido el dilema: ó elevarse á las alturas de la ciencia y disfrutar en ellas del prestigio, de la influencia, del respeto, que son los atributos del saber, ó hundirse en la ignorancia, que conduce al oprobio, al menosprecio, á la impotencia. Cuando veais una nacion que se levanta potente sobre las demás en influencia é importancia; que interviene con su voto en las altas contiendas de la diplomacia; que vence con su empuje irresistible á alguna otra que se tenia por invencible, no preguntéis el porqué de tanto poder y de tan insuperable pujanza; aquella nacion vive y respira en la atmósfera de la ciencia. Y si veis una nacion que pospone el interés de la ciencia á otros intereses de secundaria importancia; si la veis dotada de una naturaleza espléndida de recursos y no sabe aprovecharse de ellos; si veis en ella abandonados los rios á su curso natural, sin que de ellos derive la industria un canal de riego que fertilice los campos, un canal

de navegacion que facilite las comunicaciones ó un salto de agua que utilice en movimiento mecánico el impulso de su corriente; si la veis dueña de una vasta riqueza forestal que no puede explotar por falta de vías de comunicacion, y para construir sus ferro-carriles tiene que acudir á naciones extranjeras para dejar en ellas, á cambio de maderas destructibles por el estrago del tiempo, abundantes sumas de numerario que deberian servir para dar fomento á su propia agricultura, á su industria y á su comercio; si hallais bajo su suelo copiosas riquezas mineras que ó no se explotan ó se abandonan á la explotacion de manos extranjeras; si veis que esa nacion posee ricas minas de hierro y abundantes criaderos de carbon, y para surtirse de una y otra materia se ve precisada á recurrir á tierra extraña; si veis que sus montes se talan inconsideradamente, sin pensar en la influencia que ejerce el arbolado sobre las condiciones del clima; si sabeis que en esa nacion emigran los hombres á millares, y pensais que las emigraciones son á los pueblos como las hemorragias á los individuos, porque, en último término, ¿qué son los hombres sino la sangre y la vida de los pueblos?; si consultando las estadisticas, hallais que el coeficiente de mortalidad se eleva á una cifra que espanta; si recorreis comarcas enteras y no hallais un camino vecinal que ponga en comunicacion las pequeñas poblaciones con las grandes arterias de su circulacion general; si se os dice que por rendir culto á la moda, esa nacion desprecia los productos de su propia industria, y da preferencia á los que vienen de nacion extraña, sin parar mientes en que el consumo es el mar en que se evapora la riqueza para caer como fertilizadora lluvia sobre la produccion, y que al dar su preferencia á la mercancía extranjera, conspira por destruir la propia; si teneis noticia de que en provincias prodigamente ricas en recursos naturales, reina la miseria que es el andrajoso ropaje de la ignorancia: no lo dudeis un solo instante, en ese país se mueren de hambre los maestros de escuela; en ese país el Estado y la opinion pública viven divorciados del sentido científico. Indagad el juicio que de él se tiene en los países extraños, y encontrareis la frase de com-

pasion protectora en los que por él sientan alguna simpatía; el menosprecio depresivo, el epígrama envenenado, la sátira mordaz, la caricatura groseramente insultante en los que por una ú otra causa lo miren con hostil aversion. Pues si, por desgracia ese país es vuestra patria; si el desprecio con que se le mira produce en vosotros la mortificacion del amor propio; si el insulto que se le dirige inflama en vuestra sangre algo semejante á lo que siente todo hombre de nobles sentimientos ante el ultraje dirigido á la madre que le dió el sér, no vaciéis un solo punto: consagraid todo el poder de vuestra inteligencia, toda la energía de vuestro sér, á reanimar ese espíritu científico tan abatido en nuestra patria bajo el funesto influjo de bizantinas contiendas; á ello os obliga el honroso título de sócios de este ATENEO BARCELONÉS, que alberga en su seno ilustradas inteligencias y aspira con justo título á representar el progreso de un pueblo inteligente y laborioso, que por sus propias fuerzas y á despecho de obstáculos sin cuento, ha sabido elevarse á la altura de los que ocupan en Europa el primer rango en civilizacion. Si quereis conservaros dignos del título de representantes de este gran pueblo, y no desmerecer del pasado de esta ilustrada Corporacion, acudid á esta cátedra, no deis paz á la pluma, tregua al pensamiento, ni descanso á la palabra; y difundid la ciencia, saturad la atmósfera de ese espíritu civilizador que es el oxígeno de las sociedades modernas, hasta lograr que el árbol de la ciencia, acariciado por las puras auras de las libertades de nuestra época, arraigue y crezca frondoso en nuestra querida patria, para que al juzgarla la historia pueda decir de ella con justicia: la España del siglo XIX no fué una excepcion entre los pueblos civilizados.

BASES JURÍDICAS

PARA

LA SOLUCION DE LOS PROBLEMAS SOCIALES MODERNOS.

Discurso pronunciado por D. JOSÉ ZULUETA, en el ATENEO BARCELONÉS, el día 21 Enero de 1880, para iniciar el debate en la Seccion de Ciencias Morales y Políticas.

SEÑORES:

Cuando se propuso en esta Seccion el tema *Bases jurídicas para la solucion de los problemas sociales modernos* y ofrecí iniciar los debates, obligado por las benévolas instancias de mis amigos, he de confesar ingenuamente, que abrigaba el recelo de que mi débil voz no bastaria á despertar los dormidos ecos de este recinto, apagados tanto tiempo hace para la discusion; de que mis palabras sin elocuencia no bastarian para caldear la atmósfera de este salon, helada tras largos años de restricciones y silencio; sentia el temor de que en un tema como el presente, en el cual van involucrados sentimientos íntimos, creencias vivas, intereses respetables, podria quizás, con mi inesperta palabra, atenta sólo al propio pensamiento, herir á unos ó lastimar involuntariamente á otros; me cohibia la desconfianza de que en el breve espacio de tiempo que concede una sesion, pudiese plantear por entero el difícil problema que hoy debatimos. Pero desde el momento en que me consta vienen á ocupar el sitio de honor que les corresponde, jóvenes oradores, honra de nuestro Ateneo, y vienen á defender sus respectivos ideales partidarios de distintas escuelas; ya rechazo todo recelo, esquivo todo temor, ahuyento toda desconfianza, porque ellos llenarán cumplidamente el vacío que deje mi insuficiencia, por grande que ésta sea; completarán el planteamiento y desarrollo del tema, por complejo que éste aparezca; defenderan con elocuencia los sentimientos, las creencias, los intereses que aquí pudieran aparecer heridos,

dando con ello á nuestro Ateneo lo que es ley ineludible de su existencia, la discusion amplísima de los problemas más trascendentales en medio de la tolerancia más perfecta y de la libertad más positiva.

Me queda, sin embargo, la emocion natural al que se dirige por vez primera á un público numeroso y respetable; emocion que si en los verdaderos oradores es causa de inspiracion y establece entre el que habla y su auditorio aquella corriente misteriosa que es el secreto de toda elocuencia, en los que no poseemos las divinas artes, es sólo causa de perturbacion y quita al espíritu aquella serenidad indispensable para abordar con fruto los grandes problemas de las ciencias llamadas Morales y Políticas.

Aparte de estas, que bien pudiera llamar prevenciones subjetivas, me preocupan las prevenciones del auditorio que en estos momentos me concede el honor inmerecido de escucharme. Temo que se tenga como temerario el empeño de traer aquí un debate que ha sido mirado con espanto en todas ocasiones y por los más grandes oradores; que se tache de osadía el propósito de tratar aquí una cuestion de las más complejas que se estudian en Ciencia social. Mas, precisamente en razon de esta misma complejidad y por ser la cuestion tan árdua, pienso que es oportuno traerla á debate, porque sólo puede ser tratada en un sitio, como nuestro Ateneo, en donde teniendo representantes todas las especialidades del saber humano y voz las más contrarias opiniones, las creencias más opuestas, puede aspirarse con fundamento á que resulte el problema dilucidado en toda su extension y profundidad.

No se diga, como se ha repetido en ocasiones, que la cuestion social no reviste en nuestra patria la gravedad é importancia que en otras naciones. Obsérvese que en Europa ha aparecido siempre al amparo de la reivindicacion afortunada de los derechos del hombre; ha tomado proporciones al compas del desarrollo industrial. Nosotros no podíamos ser una excepcion, y, en efecto, al movimiento político ha seguido siempre la complicacion social, al dia siguiente de la revolucion,

así en 1854 como en 1869, para no remontarnos á más apartadas fechas, las manifestaciones obreras é internacionalistas con su grito de «pan y trabajo» han venido á anunciar aquella dolorosa verdad: la cuestion social, es llaga destinada á exacerbarse más y más cuando un período de libertad presta á los trabajados miembros de las modernas nacionalidades, el vigor y lozanía de que tanto necesitan.

Importa, en esta peligrosísima materia, apartar todo apasionamiento de escuela; mantenerse siempre en la region serena de los principios: es preciso, sobre todo, no poner en olvido una observacion profunda de Sir J. Stuard Mill, cuando dice: «no se abandone la controversia del problema social á los partidarios ciegos de la conservacion y á los partidarios ciegos de la liquidacion, unidos todos en su odio á la libertad; sino que por el contrario, se ha de tratar por aquellas personas que examinen el problema con espíritu científico, y vean tan sólo en él la idea de implantar en la sociedad las mejoras indispensables.»

¿Se quiere una prueba? Sostienen los socialistas que en la organizacion actual de la sociedad, no siempre el mérito y la virtud tienen recompensa; ordinariamente, y ello es por desgracia sobrado cierto, alcanzan los goces de la fortuna, se llevan las palmas de la victoria, el demérito y el vicio; que en el sistema actualmente establecido de cambio de servicios, no siempre hay aquella equivalencia justa entre los servicios cambiados (pero valga aquí como paréntesis para los obreros industriales que si tienen razon en sus lamentaciones contra los lucros excesivos del capital, hartos motivos de queja tienen por su nimia recompensa aquellos otros obreros que ponen su inteligencia al servicio de la produccion). Pretende, por el contrario, la escuela conservadora, no sin fundamento, que la reforma y la liquidacion sociales son cosa imposible; serian manantial eterno de terribles males, incomparablemente más graves que los que se trata de evitar. Concedamos á los socialistas que la incultura y la ignorancia son generales, la miseria un hecho deplorable; concedámosles ser, por desgracia, ciertos los males por ellos lamentados. Concedamos á los con-

servadores que la reforma, aún con ser justa, ha de ser lenta y para plazo muy lejano. Pero no pretendan unos y otros, los conservadores y los socialistas, resolverlo todo por la imposición, en fuerza de contrapuestos gubernamentalismos, sofocando unos eternamente al cuarto estado y evitando por la fuerza sus legítimas aspiraciones al disfrute de todos los derechos y á la participación equitativa de los beneficios; implantando los otros, por modo violento, sus panaceas infalibles para la curación pronta, radical y definitiva de todos los males; porque la organización actual de la sociedad es á todas luces defectuosa y las utopías de los socialistas son verdaderas utopías y por tales de realización imposible.

No consiste pura y simplemente el problema social, conforme se desprende de tales teorías, en el modo de realizar los principios que unos y otros consideran como verdad innegable. No: el problema social no es puramente práctico: es teórico y práctico á la vez.

Si lo miramos desde el punto de vista religioso, observaremos que el problema no consiste en la extirpación de la impiedad general, no en la falta de correspondencia entre las creencias que públicamente se profesan y los actos que privada y aún públicamente se practican, que si en esto consistiera sería puramente práctico; consiste, además, en que aquellas personas cuya fé es más sincera, aquellas á las cuales podemos llamar profundamente religiosas sienten la duda en su conciencia, el desfallecimiento en su voluntad, y allá, en su inteligencia, el afán insaciable, la comezon irresistible de descifrar el enigma que el misterio de la creación encierra. Todos ellos creen en un Dios sobrenatural creador de todas las cosas, y, sin embargo, y de un modo inconsciente, se complacen en dar á este Dios atributos naturales que no se compadecen fácilmente con lo misterioso de la creación. Alardean de la firmeza de su fé y lo inmutable de sus dogmas, y cierran sus ojos á la luz y su razón á la controversia.

Si lo miramos desde el punto de vista científico, quedaría resuelto el problema en su sentido práctico, extinguiendo la general ignorancia, consiguiendo para todos la cultura,

los conocimientos que hoy son patrimonio exclusivo de unos pocos; pero nos convenceremos muy fácilmente de que no en esto solamente consiste, si volvemos los ojos á los privilegiados de la sabiduría y les vemos en posesion tan incierta, de tan mezquina porcion del campo de la verdad, que en las mútuas reivindicaciones de dominio pocos son los que ostentan justo título y pueden señalar con mano segura las mugas y demarcaciones de sus respectivas propiedades. El excepticismo roe las inteligencias más sanas. La esencia de las cosas queda por completo en los confines de lo ignorado.

Quedan satisfechas todas las exigencias de los que no consideran en el problema social sino su aspecto económico en su sentido práctico, si se da con una fórmula por la cual pudiera repartirse igual y equitativamente toda la riqueza que constara en el haber de la sociedad. Pero ¿no se advierte que todas las riquezas acumuladas en las manos de unos pocos no les bastan para saciar su sed de oro? Más aún ¿no se piensa, que supuesta una equitativa reparticion de riqueza entre todos los hombres, el problema queda en pié, puesto que todas las riquezas actuales no bastan para satisfacer todas las necesidades existentes?

Quede sentado, pues, que el problema no es puramente práctico, sino práctico y teórico á la vez: no estriba su incógnita en averiguar cuál es la organizacion social más propia para la más equitativa reparticion de la riqueza: no se trata tan sólo de recabar para el cuarto estado la representacion que le sea debida, sino y además de ponerle en posesion de aquellos conocimientos, de aquellos sentimientos morales, de aquel tesoro de cultura, en suma, que presta la civilizacion á las clases educadas, en el buen sentido de la palabra. Digo en el buen sentido de la palabra, porque las clases privilegiadas, las que están en posesion de todos los goces de la fortuna, éstas padecen y sufren tambien las amarguras y dolores que la cuestion social entraña; éstas sienten igualmente, sino en mayor escala, la duda, el excepticismo, la ignorancia, el ánsia insaciable de goces, la impotencia de satisfacerlos. El problema social, curémonos de exclu-

sivismos, abraza tantos aspectos como aspectos tiene la vida; comprende á la sociedad entera, en todas sus manifestaciones.

Ya colocada la cuestion en este punto ¿cuáles son los aspectos más culminantes de la vida?

Viven todos los séres cuyos bien concertados organismos se mueven en adaptacion ó correspondencia perfectas con el medio.

Esta adaptacion ó correspondencia con el medio exige en el hombre, ante todo, una correspondencia entre las imágenes, ideas y signos de ideas que en nuestra conciencia son representacion, en relaciones lógicas, del mundo que nos rodea, y las relaciones exteriores entre los fenómenos naturales y sociales, puesto que de tal correspondencia depende el justo conocimiento que de las cosas podemos formarnos; de la falta de adaptacion en este punto, la necesidad de saber, ó sea el aspecto científico del problema social.

Ya que el hombre tiene voluntad consciente, ó en otros términos, ya que ha de emplear por propia iniciativa medios apropiados á la consecucion de determinados bienes, es fuerza que se establezca una conexion íntima, perfecta, entre nuestras voliciones y nuestros actos: entre los actos que reputamos adecuados á la realizacion de señalados fines y los medios realmente necesarios á los mismos, porque de tal conexion depende la rectitud de nuestra conducta en el mundo; de la falta de adaptacion en este aspecto la desesperacion por la inutilidad del propio esfuerzo, el torcedor de la conciencia ó sea el aspecto moral del problema que nos ocupa.

En los empeños de las adaptaciones intelectual y moral, todo deseo que nos mueve, toda esperanza de éxito que nos a'ienta, todo triunfo alcanzado se manifiestan en placer, signo de acrecentamiento en nuestra vida: todo atonía, todo desfallecimiento, toda contrariedad producen dolor, signo de mengua en nuestras fuerzas. Ahora bien: el bienestar, la felicidad estriban en este placer; la falta de adaptacion en este punto, da el dolor, la necesidad de la contemplacion estética ó sea el aspecto artístico del problema social, hoy poco ménos que ignorado.

Mas tales superiores aspectos de la vida no se manifiestan sino por modo material; nuestra vida psíquica, caso de que sea puramente espiritual, no se manifiesta sino por manera corpórea y tangible, por medio de un organismo físico, sujeto á desarrollo, en incesante actividad, y por lo mismo con no interrumpidos gastos que implican préstamos continuados del mundo en que vive. Sólo la satisfaccion suficiente de las necesidades materiales del organismo consiente que nazca en nosotros el deseo y el afan de satisfacer aquellas otras necesidades intelectuales, morales y materia'es y que encontremos fuera de nosotros los medios para satisfacerlas. Hé aquí, pues, y en sentido abstracto, el aspecto material ó económico del problema social.

Quedarían con esto precisados los aspectos capitales de la vida como determinacion clara de los aspectos más culminantes de la cuestion social, si el hombre solo y aisladamente pudiera dar feliz remate al empeño de completar su vida. Pero como no existe aislado, sino en vida constante de relacion, se ofrece á nuestro exámen un nuevo aspecto de la vida humana: el aspecto jurídico.

Precisa, indudablemente una regulacion perfecta de la vida de relacion, para que en los empeños de la lucha por la existencia no se agosten exterilmente nuestras energías y no quede nuestra actividad reducida al inútil movimiento de la ardi-lla; antes al contrario, tengan nuestros esfuerzos la merecida recompensa mediante la organizacion apropiada de los trabajos de todos.

Nótese, señores, cuán esencial es este aspecto, como que sin él no se concibe que el hombre pueda encontrarse nunca en posesion sosegada del fruto de sus afanes, de esos medios materiales que hemos visto ser condicion indispensable para la vida del humano organismo.

Véase como por el camino seguido se esclarece la cuestion; véase cuán fúcilmente se desprende de lo dicho y por la sola enunciacion, el carácter puramente condicional de los problemas jurídico y económico; el carácter que podríamos llamar final de los problemas científico, moral y artístico.

Si el hombre no puede alcanzar la satisfaccion de sus necesidades científicas, morales y sensibles, sin estar en posesion de medios económicos; si es condicion para la consecucion tranquila y el disfrute seguro de tales medios, una organizacion de la sociedad apropiada, claro es, que al abordar la cuestion social, importa ante todo, resolver los problemas condicionales. Y en tanto es así, que la cuestion económica y la cuestion jurídica han sido la preocupacion constante, la preocupacion única de cuantos han debatido el problema que nos ocupa; y como en el órden de condicionalidad es preferente el jurídico, la primera incógnita que se ofrece á nuestro estudio, es la incógnita referente á la organizacion de la sociedad.

Segun sea la organizacion de la sociedad, creo haberlo demostrado, ó, por lo ménos, indicado, será distinta la produccion y la distribucion de la riqueza. Teniendo esto en cuenta, cabe preguntar: ¿cuál ha de ser la base, cuáles han de ser los principios que han de inspirarnos en la organizacion social? Hé aquí la pregunta á que hemos de contestar; habida cuenta del tema propuesto para los debates del presente curso.

Con ello, dicho se está que no ha de ser nuestro objeto resolver el problema social en toda su extension, empresa harto superior á los esfuerzos de todos en un solo curso, sino el más concreto de la cuestion jurídica, y aun en esta, averiguar tan solo y fijar las bases jurídicas que han de servir para la solucion de los que han dado en llamarse problemas sociales modernos.

Ya fijada así la cuestion ¿en dónde nos sera dado encontrar un punto de apoyo para asentar sólidamente estas bases? ¿Acaso las escnelas antiguas nos darán una idea, un principio que nos inspiren los fundamentos para la realizacion del derecho? Los aspectos culminantes, verdaderamente finales del problema social son, lo hemos dicho ya é importa recordarlo, el científico, el moral y el artístico. Las escuelas antiguas, las que se inspiran en la teología, las que tienen su fundamento en la metafísica, se creen de buena fe haber dado con

la solución de tales problemas, se creen en posesión de la verdad que ha de inspirarles un plan completo para la organización social. Ahora bien, si tales escuelas hubiesen encontrado esa verdad, para cuya posesión tanto suspiramos, sin necesidad de ulterior argumento, podemos decirlo; ¿existiría, por ventura, el problema social? No, ciertamente; la solución sería conocida, el problema cosa resuelta. Y sin embargo, nadie será tan osado que sostenga tamaño contrasentido. ¿Qué más? Los mismos teólogos y metafísicos torturan inútilmente su cerebro en la investigación de principios indubitables que se impongan á la inteligencia, que hayan de admitir necesariamente tirios y troyanos. Sería, pues, absurdo atenernos á esas escuelas para obtener un principio fundamental para las bases que vamos á sentar, sería encerrarnos en un círculo vicioso, que importa romper á toda costa, en el círculo vicioso de afirmar que el derecho es condición para resolver los problemas finales, científico, moral y artístico, y sostener, al propio tiempo que la filosofía, teología ó metafísica nos ha de prestar la verdad absoluta sobre la cual han de descansar las bases jurídicas, cuando precisamente esa verdad absoluta, ni es absoluta porque nada absoluto concibe nuestra mente, ni es tan siquiera verdad porque es motivo perenne de contradicción. No tendríamos ni las bases que apetecemos para alcanzar los principios, objeto de duda, ni nos pueden dar los principios que inspiren las bases jurídicas. La solución, por tanto, de las escuelas antiguas, no es tal solución: busquemos en otro terreno la firmeza que en este tanto nos falta.

Mas, ántes de seguir adelante, permitidme, señores, que insista sobre una idea que dejo apuntada. Quizá se tache de insuficiente para la solución del problema social, las bases que tendré el honor de formular al final de mi discurso, pero téngase bien presente que dejaré de intento á un lado los medios más ó menos eficaces en distintas esferas de la vida, la intervención que compete al individuo, la acción que es propia de la sociedad, la influencia peculiar de una clase, la misión privativa á determinadas instituciones, me limitaré, pura y

exclusivamente al aspecto jurídico, y dentro de él á delimitar á grandes rasgos la esfera de accion propia del Estado.

¿A qué punto del horizonte dirigir la mirada en demanda de un terreno firme donde sentar sólidamente la planta? No seguramente á las mudables teorías fundadas en inciertos apriorismos, sino á lo que es permanente y estable de una manera constante, á los hechos, á la naturaleza de las cosas. ¿Cuáles son los hechos á que hemos de referirnos en nuestro estudio? Indudablemente los contenidos en los fenómenos sociales. Basta una observacion ligera para comprender que la causa primera de todos los fenómenos sociales, el secreto de su naturaleza, el factor de todos los movimientos, el determinante de todas las corrientes es el hombre, el individuo, esa unidad indispensable que, unido á otros individuos, asociado con otros hombres, forma la sociedad. El individuo y la sociedad, hé aquí, pues, el objeto primero de nuestro estudio.

Claro es que para trazar á grandes rasgos los caracteres culminantes del problema, para plantear la cuestion en sus términos generales á fin de que mi humilde trabajo sirva como de núcleo á la discusion, no he menester, ni me seria permitido, hacer un estudio profundo, detenido del hombre, desde el doble punto de vista psíquico y fisiológico. Basta para el conocimiento elemental de su naturaleza, que es cuanto necesitamos saber, fijarnos en los rasgos más salientes, en los caracteres generales.

Bluntschli, dejando á un lado la distincion clásica entre el alma y el cuerpo, cuando en su «Ciencia política» estudia al hombre para fundar en su naturaleza, la naturaleza de la política, fijándose tan solo en los caracteres más salientes, en las manifestaciones más visibles, observa que en cada hombre se encuentra lo que él llama, no sé si con entera propiedad, la *raza* y el *individuo* cualidades que son propias de la raza, cualidades privativas del individuo. Si fijamos la atencion en varios hombres, nos saltarán á la vista aquellos caracteres que les distinguen de los demás animales, aquellos que les determinan como á hombres y son comunés á todos; mas luego

y sin gran esfuerzo de observacion, veremos caracteres menos generales que solo son comunes á los individuos de una raza determinada y distinguiremos muy fácilmente á un blanco de un negro. En el blanco notaremos en seguida otros caracteres perfectamente definidos que nos lo revelan como ciudadano de una nacion dada; ¿quién no distingue un inglés de un español? En un español todos nosotros podemos apreciar otros caracteres ya más privativos y propios tan solo de los habitantes de una region ó comarca conocida. Todos los dias descubrimos muy fácilmente en nuestros conocidos, caracteres más especiales aun que estimamos pertenecientes á los miembros de una misma familia. Por otra parte, cada uno de esos hombres presenta, así en su fisonomía como en sus manifestaciones psíquicas, rasgos tan claramente suyos que nos permiten distinguirle muy fácilmente de todos los demás hombres, cualidades características que le constituyen como á individuo, sin que sea posible confundirlo con los demás miembros de su familia, ni con los habitantes de su comarca, ni con los conciudadanos de su nacion, ni con los individuos de su misma raza, ni mucho ménos con otro hombre.

Ahora bien; si partimos de esta distincion palmaria, entre las cualidades que Bluntschli llama de raza y yo creo podria llamarse *sociales*, y las cualidades de individuo, y fijándonos, pongo por ejemplo, en los caracteres más visibles en un salvaje, nos figuramos los caracteres que debia presentar el hombre primitivo, observaremos que en estos apenas se notan rasgos individuales, solo se manifiestan en ellos los caracteres más generales que los constituyen como hombres y á lo sumo, como individuos de una raza. En los primitivos agregados sociales, nos dice la Prehistoria, en aquellos cuya organizacion era rudimentaria, un hombre no se diferenciaba de otro hombre ni en su fisonomía, ni en sus habituales ocupaciones: todos eran guerreros, todos cazadores, todos fabricaban sus propias armas, etc. Circunstancias especiales, dejando á un lado las diferencias de sexo, el encontrarse un hombre á orillas de un rio ó del mar y otro en el interior de un bosque, en condiciones favorables, hacen que uno de ellos

se consagre á la pesca de un modo preferente y el otro se dedique de un modo constante á la caza, en razon, naturalmente, de la mayor facilidad que en el ejercicio de estas ocupaciones encuentren. La mayor aplicacion de cada uno á su ramo especial de actividad, le da como resultado una caza ó pesca más abundante, hasta el punto de bastar con exceso á la satisfaccion de sus necesidades y de privarle poco ménos que en absoluto de otra suerte de productos. De ahí la posibilidad, y si se quiere, la necesidad de que se establezca un cambio entre los productos excedentes, lo cual implica, por manera forzosa, el establecimiento de una asociacion tácita ó expresa entre aquellos dos hombres. ¿Qué ha sido indispensable para que aparezca en el mundo el primer esbozo de asociacion? Ha sido indispensable que la comunidad completa de caracteres en aquellos dos hombres desapareciera, que se distinguieran en algo uno de otro, que la especialidad de funcion llevara como consecuencia natural una diferencia de aptitudes y de hábitos entre el cazador y el pescador. La asociacion mas rudimentaria ha sido simultánea con la aparicion de las primeras manifestaciones de la division del trabajo, ha surgido inmediatamente al nacer de las cualidades de individuo, con el primer cambio de servicios verificado.

¿Qué nos enseña este primer paso del progreso social, debido á la primera manifestacion del hombre individual? Nos enseña que si el hombre realiza algun adelanto, si es capaz de algun progreso, es tan solo desde el instante en que se consagra á una especialidad determinada, es tan solo desde el momento en que se individualiza. Y cosa rara, señores, en tanto el hombre es causa de más señalados progresos, en tanto el hombre se individualiza más y más, y crece en él la posibilidad de consagrarse á especialidades concretas y aumenta en él la aptitud para realizar la ley económica de la division del trabajo, en cuanto es posible la union y concierto de contrapuestas voluntades, la asociacion da esfuerzos variados, en cuanto se establece de un modo permanente un cambio de servicios, en cuanto la sociedad se constituye. De aquí podemos deducir, como corolario, una enseñanza muy provechosa para el

problema que nos ocupa; si el individuo ha llegado á ser tal, y puede manifestarse en la época moderna con la absoluta divisibilidad de aptitudes que le caracteriza, ha sido merced á un desarrollo progresivo de la asociacion, merced, muy principalmente, al perfeccionamiento y estabilidad de las leyes sociales.

Sucede en el organismo social lo propio que se observa en el organismo individual. En este, el principio y elemento de todo acto es la accion refleja, que es decir, aquella conexion simple é íntima establecida entre una impresion concreta y un movimiento apropiado, siempre involuntario é irreflexivo. Desde el momento en que recibimos una impresion que no tenga en nuestro organismo su movimiento apropiado, surge el estado de conciencia, el primer acto psicológico; empieza la labor consciente de la inteligencia, combinando ideas, asociando impresiones, buscando conexiones, hasta dar con un movimiento apropiado que se verifica primero de un modo consciente y termina, en fuerza de repetirlo, con ser una accion refleja adquirida, perfectamente irreflexiva.

En el organismo social, es principio y elemento de todo acto, la union sexual, inconsciente, irreflexiva, involuntaria, promovida por la propia naturaleza humana, y sin la cual no se concibe la existencia de la sociedad. Hay otra suerte de actos colectivos igualmente involuntarios, inconscientes, nacidos de las necesidades imperiosas de la vida, tales como las emigraciones de una comarca estéril, la huida ante un enemigo formidable, etc. Pero desde el momento en que el medio obra sobre un individuo de este primer esbozo social, aisladamente y surge la primera manifestacion de una individualidad, ésta nueva aptitud, esta nueva especialidad, ya dé por resultado un exceso de produccion económica, ya la produccion de una idea antes desconocida, ó de una emocion antes no sentida, ha de buscar en el agregado social la debida correspondencia y surge entonces el estado verdaderamente social, el primer acto sociológico; empieza la labor racional del hombre atisbando necesidades, combinando servicios, estableciendo uniones, formando conexiones, hasta dar con

una asociacion perfecta que se verifica primero de un modo voluntario y termina, en fuerza de la costumbre, con ser un acto social perfectamente irreflexivo. En términos, que las cualidades que en un principio fueron carácter distintivo de un individuo, pasan á ser patrimonio de la comunidad, la aptitud especial de uno se convierte, en virtud de la asociacion, de la repeticion de actos, de la ley de herencia, en aptitud comun y natural á todos; el primer cambio de servicios que exigió, quizá la violencia, que significó indudablemente un esfuerzo intelectual inmenso para el primero que comprendió sus ventajas, es el modo de ser actual de la sociedad, es la idea más rudimentaria que posee el hombre menos inteligente.

Resultado de este proceso incesante, de esta evolucion paulatina, es la modificacion igualmente sucesiva y lenta de la estructura social. Si el primer esbozo de agregado social se apoyaba en aquellas cualidades de raza, comunes á todos en la identidad de sentimientos religiosos, en la obediencia á un mismo jefe, etc., tal rudimentaria estructura ha debido modificarse necesariamente *pari passu* á la adquisicion por el hombre de un caudal mayor de esas cualidades de raza de patrimonio comun, á la encarnacion, por decirlo así, en la naturaleza humana de las manifestaciones distintivas de la individualidad, de las cualidades de individuo.

Tenemos, pues, al individuo, causa de todos los movimientos que se observan en la sociedad, y por ende causa del progreso social; por lo mismo que por sus actos constituye las funciones sociales, por sus actos viene á cambiar y á determinar la estructura de la sociedad: pero, por lo mismo que sus actos vienen determinados por la influencia del medio, sus actos vienen á su vez determinados por la estructura social. Accion individual y estructura social ejercen entre sí una accion recíproca.

Hora es ya, por tanto, que nos fijemos en los caracteres de la estructura social, para venir de ahí en conocimiento más exacto de los fenómenos que tratamos de estudiar. Partiendo de los conceptos que acabamos de sentar, podemos decir

que la dirección de la actividad en el individuo, en tanto viene determinada por la organización del agregado, en cuanto esta es más vigorosa y estable. He repetido, quizá sobradamente, que si ha existido progreso, que si ha existido desenvolvimiento social, ha sido gracias á la extensión creciente y á la consistencia sucesiva de los lazos anudados, de las conexiones afirmadas entre manifestaciones individuales, aisladas con otras manifestaciones igualmente individuales. Esto nos revela que no ha podido asomar la cabeza (y permítaseme lo vulgar de la frase) una manifestación de la actividad individual, sino en la medida que la colectividad ha podido garantizarle un cierto número de facilidades en la lucha por la existencia, sino hasta el punto en que la colectividad ha podido dejarle libre, dueño de sus ideas, árbitro de sus acciones, sin desatender las necesidades de la defensa, sin relajar desmedidamente la vigorosa y férrea organización que aquella le imponía. De modo, que no porque la estructura social nazca de la acción del individuo, puede éste informarla á capricho ni dominarla á voluntad, sino que queda constreñido á moverse en determinada esfera, á marchar como por carriles en dirección determinada, como garantía de su seguridad y condición de su progreso. Véase, por ello, cuánto importa á nuestro propósito venir en conocimiento de la influencia ejercida por la estructura social, como que de tal conocimiento depende, en último análisis, el modo de organización social que mejor garantice y asegure la manifestación más amplia de la actividad del individuo.

El tiempo de que puedo disponer en este momento, me impide, bien á mi pesar, describir el cuadro completo y detallado de la estructura social. Fuerza es remitirme á la profundísima obra de Herbert Spencer *Principios de Sociología*. En ella demuestra el ilustre sociólogo inglés que la sociedad es un organismo, y lo demuestra poniendo en parangón de un modo incomparable, por lo ingenioso y profundo, las funciones sociales, con las funciones del organismo animal, poniendo en evidencia la analogía perfecta entre los aparatos industriales de la sociedad con los órganos de conservación

del animal vivo: entre el sistema comercial ó de distribución de aquella y el sistema circulatorio del último; entre el sistema de gobierno interior y de defensa en una, con el sistema regulador interno y de defensa exterior del otro.

No pretende, ciertamente, Herbert Spencer, conforme han sostenido algunos, con sobrada ligereza, afirmar la identidad de uno y otro organismo, so color de analogía. El propio autor lo declara explícitamente en un capítulo titulado *Reservas*: se vale de esta analogía, se vale de esta comparación, dice, de la propia suerte que un arquitecto se sirve de un andamio para levantar un edificio; cuando la construcción se sostiene por sí, entonces se quita el andamio y el edificio queda en pié. Una vez demostrada la analogía perfecta, la semejanza sorprendente entre los órganos sociales y los órganos del animal, se quita el andamio de la analogía y puede afirmarse: la sociedad es un organismo.

He indicado este punto, en el cual es imposible que nos detengamos por más tiempo, para que, dejando sentado, á beneficio de inventario, que la sociedad es un organismo, me fuera lícito afirmar que la sociedad, como á organismo, tiene funciones especiales, tiene funciones distintivas.

Es ley sociológica que la naturaleza de la función determina la naturaleza orgánica de la estructura, por la razón sencillísima de que si tuviesen que producirse ciertas funciones por un organismo, por una estructura no apropiada á la función, resultaría necesariamente que esta no se llenaría cumplidamente, so pena de que el organismo generador se modificara convenientemente en el sentido que hiciera realizable la función. Es imposible á la humana inteligencia concebir pueda existir una función especial sin una estructura especial y apropiada para producirla, ni pensar que se realice tal función sin que la estructura del órgano se haya modificado y metamorfoseado de una manera adecuada.

Ahora bien, la sociedad en su lento y progresivo desarrollo desde el primer esbozo, desde el agregado informe hasta las naciones modernas, tan complejamente organizadas, ha debido encontrarse en situaciones distintas, en la precisión de

contribuir á que el hombre estuviese en condiciones de satisfacer necesidades varias. La naturaleza de tales necesidades, ha informado la naturaleza de las funciones; la naturaleza de las funciones sociales ha debido por consecuencia lógica de lo antedicho, determinar y modelar la estructura social. Atendamos un momento á estas funciones.

La lucha por la existencia es la ley fundamental del desenvolvimiento de la humanidad. Tómese esta en los albores de su existencia, sujeto el hombre á una batalla incesante contra los demás hombres, contra los animales, contra los rigores del clima ó las inclemencias del cielo; sígasela en su tormentoso desenvolvimiento; míresela en nuestros días, expuesto el hombre á una concurrencia encarnizada, abrumadoramente compleja, tan compleja como la actividad humana, revelándose lo mismo en la contraposición de ideas que en el choque de instituciones, lo mismo en la lucha de intereses que en las manifestaciones más vulgares de la vida y se verá en todo, en lo grande y lo pequeño, en lo espiritual como en lo material, persistente, constante, inalterable, la terrible ley darwiniana. Hasta tiempos muy recientes no se descubre sino en las manifestaciones más brutales de la vida; es la lucha contra la vida; es la lucha contra la propiedad, y no es tan solo de hombre á hombre, es la lucha encarnizada de las tribus, la rivalidad sangrienta de las naciones. En tal situación, la necesidad primera, la más premiosa, ha debido ser garantizar la vida y las propias riquezas contra las acechanzas de las tribus rivales ó contra la codicia de los enemigos poderosos. Si la función era de lucha, la estructura ha debido serlo igualmente; si la necesidad era tener probabilidades de éxito contra el enemigo común, los medios de satisfacerla han debido consistir en la comunidad perfecta de sentimientos religiosos que infundan valor en los combates por la fé en la intervención decisiva de un sér incontrastable; en la obediencia estricta á un jefe que imprima por su prepotencia una unidad perfecta á todos los movimientos del agregado, á fin de que no se pierda ni un solo elemento para la lucha; en una organización tal, que todas las fuerzas colectivas ten-

gan como resultante la defensa exterior, en una palabra, en una estructura puramente militar: ó en otros términos, ha debido consistir en la preponderancia del aparato regulador, no de las funciones internas, sí de las funciones exteriores; en la preponderancia de los órganos motores, de todos aquellos que sirven al organismo para defenderse de los organismos rivales.

Si es una verdad que, conforme á la naturaleza de la función, ha debido modificarse la naturaleza de la estructura, solo han podido prevalecer en la lucha por la existencia los organismos que se hayan modelado segun el principio militar. Y efectivamente, la paridad entre el tipo de organizacion militar y el tipo de organizacion en las primeras sociedades es completa. Obsérvese la organizacion de un ejército; unidad absoluta en el mando; subordinacion y obediencia absoluta de los soldados; gerarquía perfectamente definida entre los jefes principales y los secundarios; anulacion completa de la voluntad de todos los subordinados. A igual órden obedecen las sociedades antiguas. El poder es despótico, sin que ni uno solo de los súbditos escape á su omnipotencia; todo ciudadano es, á la par que ciudadano, combatiente; todas las gerarquías obedecen á un órden de subordinacion perfecto; el organismo reviste todos los caracteres del organismo depredador.

Esto significa que en tales sociedades no puede existir una sola manifestacion de la actividad, un solo organismo que no esté fatalmente encaminado á mover todas las fuerzas sociales al mismo fin, á la lucha. El poder social dispone en absoluto de la vida de todos los súbditos y por medio de esta sancion terrible sostiene la subordinacion. Por este medio estirpa y mata todas las creencias que puedan significar mengua ó debilitacion del valor de los ciudadanos, y si tal cosa no consigue, procura modificarlas en el sentido de que enardezcan el valor y la virilidad del ciudadano. ¿Quereis un ejemplo elocuentísimo? Recordad las religiones antiguas con sus Dioses sanguinarios, crueles, vengativos; recordad la aparicion del cristianismo, religion de paz, en la que todo es amor, dul-

zura, abnegacion, sacrificio del hombre por el hombre. ¿Qué sucedió? Que impotente el poder público para estirpar las nuevas creencias por la persecucion y por la muerte; incompatible la nueva religion con el estado caótico, anárquico, de combate en que se agitaba Europa á causa de la terrible irrupcion de los bárbaros primero, y de las invasiones sarracénicas despues, el cristianismo, la religion de paz y de caridad, se convirtió en religion de guerra y exterminio, resucitó el espíritu judáico del antiguo testamento, y los santos fueron los capitanes de los ejércitos, y Dios fué el Dios vengador, y la imagen de la Virgen sirvió de enseña en los combates. Tanto contribuyó la religion del Crucificado á las necesidades de la sociedad civil, que en nuestra España el Cristianismo fué el alma de la reconquista.

Si esto pasa con las creencias religiosas, lo propio sucede con todas las manifestaciones de la humana actividad. El poder social no puede consentir que frente á él se levante ningun poder autónomo; nada que signifique el menor movimiento de resistencia ó rebeldía. Y llega á tal extremo el despotismo del poder, que no tan solo se inmiscuye en las creencias, no tan solo es celoso guardador de la disciplina, sino que si se construye un camino, ha de ser obedeciendo al plan de defensa, sujeto á los fines militares, con el designio de que sirva para acarrear recursos á los ejércitos que combaten contra el extranjero. Si se edifica una ciudad, ha de ser en condiciones estratégicas y ocupando las posiciones que mejor puedan ampararla contra las invasiones enemigas: la edificacion de las casas y el trazado de las calles, los trajes y los juegos, los usos y las costumbres, todo queda sujeto al mismo principio. Los individuos no obedecen en sus actos al propio impulso, sino á los mandatos imperativos de la sociedad.

El prototipo de esta estructura se encuentra en la República de Platon. Allí no existe más propiedad que la del Estado; no hay más familia que el Estado; todos los ciudadanos han de oír con las mismas orejas y han de ver con los mismos ojos; todos han de obedecer á los mismos pensamientos, to-

dos han de aceptar la subordinación en que su gerarquía les tenga colocados. De aquí se comprende que la condición de las personas en las sociedades, según tal principio organizadas, no se funda en la propia voluntad, sino que descansa, como diría Azcárate, en el *status*. La cooperación que el individuo presta á la colectividad para el fin social, no es voluntaria, presta necesariamente esta cooperación en el sentido, modo y forma que el Poder manda, so pena de perecer víctima del propio Poder, en una lucha imposible contra el mismo.

Pero existen agregados sociales que logran establecerse en condiciones distintas, porque en este mundo el estado de guerra no es tan permanente, en determinadas circunstancias históricas, que no permita cierta laxitud en el ejercicio del poder social y con ella ciertas manifestaciones de la actividad individual. Aflojados hasta cierto punto los lazos sociales; no sufriendo de continuo el peso abrumador del Poder; libre la población del diezmo terrible que en los combates sufre, y más que en los combates, en las pestes esterminadoras, su acompañamiento ordinario; al abrigo de todo peligro y de todo riesgo, crece, naturalmente, el número de habitantes, aumentan las necesidades, nacen los empeños para satisfacerlas, y como en una estructura social dispuesta para la lucha aparejada para la defensa, el movimiento industrial y económico no encuentra modo de desenvolvimiento apropiado, viene la modificación lenta de la estructura social, se ensancha la esfera dentro la cual puede el individuo libremente agitarse, ó de lo contrario, muere el agregado social dentro de su propio organismo, como la larva que no logra convertirse en mariposa, víctima de la falta de condiciones necesarias á sus nuevas necesidades.

Verificada, pues, la metamorfosis, aparece el agregado industrial. En las sociedades organizadas según el tipo industrial, el poder ya no tasa los salarios, como sucedía en las sociedades puramente militares, ni establece las reglas necesarias para la práctica de ciertos oficios, como se ve en sociedades asiáticas, en que se fija á los agricultores el modo de cultivar sus campos. Se deja á los individuos toda la inicia-

tiva indispensable y al ejercicio de esta iniciativa surgen en la sociedad funciones antes desconocidas, funciones que no tienen su regulador en lo que á su vida íntima se refiere, en el Poder social, sino por las leyes inherentes á su propia naturaleza; son autónomas, rebasan los límites de la nacionalidad, extendiéndose independientes á todos los demás. Así en nuestros tiempos, en que tal preponderancia ha adquirido el comercio, hay mercados internacionales, no sujetos á la tasa que á un Estado cualquiera se le antojare fijarles, sino regulados por la ley económica de la oferta y la demanda, segun el tipo que para todo el universo da el mercado de Lóndres. La autonomía es evidente: principios propios, regularizacion exclusiva.

La condicion de las personas no se funda aquí en el *status*, se funda en el *pactis*: la cooperacion que los individuos prestan á los fines sociales no es impuesta, forzada, es completamente voluntaria: cada uno escoge por propio impulso el género de actividad que mejor cuadra á sus aptitudes y á sus particulares aficiones; todos influyen de una manera más ó ménos directa en el modo de ser y obrar de la sociedad. Aplicando estos principios generales á manifestaciones concretas, á ejemplos prácticos, veremos la transformacion evidente en todas las esferas de la vida social. Nada digamos de las relaciones públicas porque estas saltan á la vista; vengamos á las relaciones privadas, á las relaciones de familia. El lazo matrimonial, en un organismo depredador, se contraia por la fuerza, el robo ó la compra: se entregaba la mujer al marido, sin que mediara consentimiento muchas veces de ninguno de los dos; bastaba la voluntad autoritaria de los padres. En un organismo industrial, acostumbrados los hombres á exigir que se respeten sus derechos, vienen obligados á respetar los derechos de los demás, y así reconocen á las otras personas voluntad propia y libre. De modo que el matrimonio se establece por mútuo consentimiento, por la voluntad no cohibida de las partes. Ello demuestra que la cooperacion á fin social tan necesario como la propagacion de la especie, ya no es por modo necesario y forzoso sino perfectamente vo-

luntario y dependiente tan solo de la iniciativa particular.

Sólo la iniciativa particular permite que una vez satisfechas necesidades apremiantes y exclusivas, nazcan nuevas necesidades y tengan satisfaccion cumplida, extendiendo así de una manera progresiva los límites del imperio de nuestra actividad. Primero la necesidad imperiosa de poner la vida á salvo de los enemigos y de todo peligro: conseguida ya la seguridad para las personas y para las cosas, y por tanto en condiciones de trabajar con fruto, necesidad imperiosa de asegurar la existencia, mediante la acumulacion de un número de bienes materiales suficientes á la satisfaccion de nuestras necesidades corporales; necesidad no ménos imperiosa de que la estructura social se modifique en el sentido de que esta funcion económica, este aparato de nutricion tenga las condiciones de libertad, sin las cuales la produccion es imposible. Garantizada suficientemente la vida económica, nuevas aspiraciones individuales de carácter superior exigen la aparicion de nuevas funciones y la subsiguiente metamórfosis de la estructura social. El individuo, que gracias á su esfuerzo ha conseguido por el progreso económico cierta independencia material, forcejea con éxito para que el Estado no imprima á su pensamiento moldes rutinarios y estrechos, se afana para el progreso de la ciencia, busca por medio de la union y asociacion de todos aquellos que á una especialidad del saber se consagran, la constitucion de instituciones científicas, perfectamente autónomas, cuyo criterio no será el criterio del Poder social, cuya regularizacion íntima no dependerá del Estado sino que será la traduccion de las leyes que le son propias, cuyo desenvolvimiento perfecto ha de ser la constitucion en la sociedad del organismo científico, organismo superior encargado de la direccion suprema de la sociedad, á la manera que el cerebro en el hombre es el director supremo; y que ha de dejar á los aparatos industrial y de gobierno, relegados á la misma categoría que en la humana economía quedan el gran simpático y los aparatos de nutricion.

Pero, dejando á un lado eso que podríamos llamar ensueños científicos, y viniendo á una cuestion más concreta, cabe

preguntar: dadas las actuales necesidades de las naciones modernas ¿cuál es la estructura apropiada? Tengo para mí que se desprende bien claramente de las someras indicaciones que dejo hechas y que tendrán su complemento en el decurso del debate. Mas, considero oportuno, antes de seguir adelante, salir al paso de una multitud de escuelas, nacidas precisamente al calor de la cuestión social, escuelas que pretenden sentar sus premisas en la naturaleza de los hechos, y que, sin embargo, vienen á conclusiones diametralmente opuestas, á conclusiones de todo en todo antitéticas, á las conclusiones que nosotros hemos de sentar, según los datos que dejamos apuntados.

Todas esas escuelas pueden agruparse bajo la calificación de socialistas: todas ellas obedecen al mismo tipo de organización social, al tipo depredador ó militar que siguen en todas sus consecuencias; pero como parten de puntos de vista muy distintos, aparecen á los ojos de una observación superficial con diferencias que se tienen como esenciales y no son sino accidentales, después de un análisis más detenido.

Observamos que hay ciertas escuelas que se han preocupado pura y exclusivamente de lo que podríamos llamar el aspecto privado de la cuestión, es decir, solo han tenido presente los males de que se siente atacada la familia, los vicios de la organización del trabajo y los abusos á que se presta nuestro régimen de propiedad, y, como es natural, al trazar el plan de reforma, han creído resuelto el problema organizando tan solo, de un modo en su sentir adecuado, la familia y la propiedad. Todas ellas, y siento que la premura del tiempo no me consienta examinarlas en la rica variedad de sus matices, merecen la calificación de comunistas: establecen el comunismo en la organización de la familia, desde la comunidad de mujeres á la consecuente comunidad de hijos, cuya educación viene á cargo de la sociedad; comunismo en la organización del trabajo, desde la comunidad del capital á la comunidad de instrumentos del trabajo, mediante la dirección suprema del Poder social; comunismo en la propiedad, gracias á la igual repartición de beneficios á todos los asociados.

A pesar de atenerse á un punto de vista exclusivo, como en la sociedad hay otros aspectos que no son el privado, han de llevar el principio de organizacion que en este les inspira á todos los demás. Significa el comunismo igualdad absoluta en los asociados: implica un Poder social absoluto, ya sea ejercido por los ancianos, ya por los más capaces á eleccion universal, Poder absoluto que mantenga á cada uno, por medios que han de ser necesariamente coercitivos, en la esfera de accion que le sea propia. Ahora bien: este comunismo no puede limitarse á la familia y á la propiedad, porque si los individuos son libres de profesar las creencias religiosas que bien les plazca; si los individuos son libres de pedir para la sociedad las reformas en su organizacion que mejor les parezca, como nuestra conducta es segun las creencias por cada uno profesadas, como toda reforma en la organizacion social, désele el nombre que se quiera, no puede pedirse sino en virtud de derechos políticos y daria por resultado la destruccion del comunismo, no es posible un régimen social que en este se inspire, si al propio tiempo no disciplina las creencias, por medios, que de ser eficaces, han de ser tambien coercitivos, y si no lleva la igualdad absoluta y el Poder social absoluto á todas las esferas de la actividad social. Véase como el tipo fundamental de la estructura social es en estas escuelas un tipo militar y depredador, y véase tambien como, por más que parte de un punto de vista exclusivo, ha de abarcar á la sociedad entera.

De la propia suerte que las escuelas comunistas se preocupan tan solo de la organizacion de la familia y de la propiedad y parecen dejar libre al individuo en sus creencias, descartando el elemento político, las hay, al parecer, antitéticas que teniendo como única mira la organizacion política, desatienden por completo la organizacion de la familia y de la propiedad y no parece sino que en este punto, como en la profesion de creencias religiosas, dejan al individuo en libertad completa. Son los que inspiran el despotismo y el cesarismo. El cesarismo pretende, como es sabido, la igualdad absoluta de todos los ciudadanos ante el imperio omnímmodo

del César, Dios providente que organiza la sociedad, encargándose de llevar á domicilio la felicidad á que se haga acreedor cada ciudadano. Pero si bien se observa, se verá que este predominio del César sobre la iniciativa política del ciudadano tiende, por lógica inflexible, á hacerse extensivo á todas las esferas de la vida. Abrid, por ejemplo, la historia de Francia en tiempo de los Luises y observareis que una vez establecido el despotismo político, éste no basta. El rey tiene un rival poderoso, que es el papado, incompatible porque, segun la doctrina católica, queria convertir á los reyes en brazo de la Iglesia, y por tanto es preciso que se funde la Iglesia *galicana*, que para servir á los reyes declara que son sus principios de derecho divino, y lo que es más, que la voluntad del rey es la manifestacion explícita de la voluntad de Dios. Añadid á esto las persecuciones sangrientas contra los que no profesan la religion del Estado: la previa censura y los tormentos para los que publican ideas que puedan mermar en algo la servil obediencia que el rey exige de sus vasallos: el sistema prohibitivo en el comercio: la tasa de los intereses: la agremiacion autoritaria de los oficios: la fiscalizacion en las propiedades: las leyes suntuarias: la intervencion directa en las costumbres, y os convencereis plenamente de que el despotismo no á la sola vida política se contiene, sino que extiende sus inmensos tentáculos á todas partes y oprime duramente las manifestaciones todas de la actividad individual donde quiera que se presente.

Hay otra porcion de escuelas socialistas que parece se escapan á nuestra clasificacion y que seguramente os chocará verlas por tal nombre calificadas. Son las escuelas atentas únicamente á los fines religiosos; aquellas que estimando las creencias y los deberes religiosos como lo superior que en el mundo existe, á ellas subordinan toda la organizacion social. Son las que inspiran el *clericalismo* en todas las religiones y muy especialmente en la católica. Sí, la Iglesia católica demuestra bien á las claras el principio socialista que la informa. Bastaria para probarlo recordar que el Cristianismo se hizo institucion, se hizo Iglesia, adoptando en todas sus partes la

organizacion eminentemente socialista, marcadamente militar del Imperio Romano: bastaria para convencernos de que ha de ser así, pensar que la Iglesia nació para luchar contra el Infierno, que se ha desarrollado en los tormentosos tiempos de la Edad Media en lucha constante con los poderes civiles y con buen número de heregías, y por consiguiente, que institucion de lucha, su estructura se ha de informar en el tipo militar. Pero será pleno nuestro convencimiento si la estudiamos en sus dogmas y la examinamos en su disciplina. La Iglesia dicta sus dogmas á los fieles por medio de la autoridad infalible del Papa, sin que aquellos tengan derecho de libre exámen, ni siquiera de interpretacion: prescribe á todos hasta las más nimias reglas de conducta por medio de una gerarquía eclesiástica, sabiamente organizada, en términos tales que interviene en los vestidos proscribiendo el lujo, y en los manjares señalando la alimentacion para dias determinados y épocas enteras del año. Invade por tal manera la esfera política que trata de convertir á los soberanos en sumisos instrumentos de su voluntad y fulmina su terrible anatema contra todos aquellos principios que consienten al hombre el ejercicio libre de su razon. Penetra hasta tal punto en las esferas todas de la vida social, que suplanta la autoridad del padre, autorizando al hijo á la desobediencia cuando el padre no sigue los preceptos que la Iglesia manda. En una palabra, igualdad absoluta de todos; sumision completa á la autoridad infalible de un Vice-Dios que se llama Papa; negacion rotunda de la libertad individual donde quiera que se manifieste si no sigue punto por punto las prescripciones dogmáticas y disciplinarias de la Iglesia. ¿No es esto un socialismo tan indudable como el despotismo de los reyes y el comunismo de los obreros?

La índole de mi discurso no me permite descender al estudio de detalle; pero basta á mi propósito lo dicho para poder afirmarme en la calificacion de socialistas dada á todas esas escuelas, puesto que todas ellas tienen como rasgo característico el predominio omnímodo de la entidad social, cualquiera que ésta sea, sobre cada uno de los asociados, y la igual-

dad perfecta de estos ante la obediencia debida al Poder social.

¿Podemos aceptar para la solución de nuestro problema el principio fundamental que inspira las escuelas socialistas? En manera alguna. Para rechazar este criterio me bastan sólo dos consideraciones. Es la primera, que el Poder social, cualquiera que éste sea, ya venga representado por un Pontífice, ya por un César, ya por un Consejo de ancianos, no puede convertirse en dispensador de todos los bienes para sus súbditos, no puede satisfacer las necesidades de todos por la razón sencillísima de que tal Poder no posee la solución de los problemas sociales, no tiene el secreto, ni tiene la privativa de saber cuál es la organización social con arreglo á la cual el hombre vería colmados todos sus deseos; cuál el sistema de producción por medio del cual, pródiga la naturaleza, daría la riqueza suficiente para la satisfacción de todas las necesidades: no tiene, en una palabra, el privilegio de saber cuáles son los moldes definitivos del arte, la regla absoluta de nuestra conducta, la verdad indiscutible sobre nuestra naturaleza y nuestro destino. Como de realizarse tales sistemas, tendrían que aplicar lo que no existe, y como de no admitirse el criterio socialista, no cabe más que el criterio contrario, hemos de aceptar, por imperativo categórico, el principio antitético, el principio inspirado en la libertad.

Y no se exija de la libertad lo que acabamos de exigir del socialismo, no se diga que la libertad no es una solución, porque no pretendemos tal cosa: afirmamos, sí, que la libertad es condición, no causa, nótese bien, sólo condición indispensable para que se llegue á la solución de los problemas sociales. Por medio de la libertad podemos aspirar á que la humanidad, que hasta ahora ha seguido su progresivo desenvolvimiento, sin obedecer al plan preconcebido de ningún político, sinó por el contrario, á pesar muchas veces de las ideas y de los propósitos de los hombres, sumisa sólo á las leyes inherentes á su propia naturaleza, siga libre de artificiales obstáculos, sin cataclismos ni sobresaltos de ninguna especie, su curso natural, su movimiento propio, su marcha progresiva

garantizando de día en día la mayor expresión de la espontaneidad individual en toda su fuerza.

Y por último, se funda la segunda consideración, que me sirve para rechazar el criterio socialista de las escuelas indicadas, en el modo de obrar del individuo. Si hemos de esperar todo de la actividad individual, puesto que no hay fuerza colectiva que no sea la resultante de fuerzas individuales, si hemos de esperar todo de los esfuerzos del hombre, es necesario que veamos bajo qué forma, según qué sistema podrá presentarse el hombre en el máximo de su pujanza. Desde luego podemos notar que el hombre obedece en sus actos, ó bien á propio impulso, ó bien obra por simpatía siguiendo una corriente iniciada en la sociedad, ó bien se subordina á la violencia ejercida por otro hombre. Creo evidente que los actos humanos, en tanto son más vigorosos y productivos, en cuanto el hombre sigue más el incentivo de su deseo y obedece á los propios impulsos. Movido siempre por propia iniciativa es cuando el hombre ha producido el máximo de riqueza: ha dado de sí las obras más maravillosas de su inteligencia, cuando se ha manifestado en sus múltiples aspectos. Por consiguiente, rechazamos el sistema de coerción que esteriliza las facultades productivas del hombre; aceptemos como el mejor criterio para resolver la cuestión social el criterio de libertad que consiente que obedeciendo en todas ocasiones el hombre á la propia iniciativa, alcance para bien de todos y de sí mismo el máximo de potencia productiva que podemos apetecer.

Esto significa que el Estado, en una sociedad organizada según los principios expuestos, ha de respetar, ha de dejar completamente libre todo lo que sea actividad individual. En lo que no sea propio de su esfera de acción, consiste su misión en *dejar de hacer*. En cambio, si se le escapa el hombre en todo lo que tiene de individual y distintivo, abarca, descansa y se apoya en todo lo que el hombre tiene de social y de común con los demás hombres, en las cualidades manifiestas tangibles que hemos llamado de raza. El modo de acción propio del Estado, es el modo coercitivo, el empleo de la fuerza

para constreñir á todos á una accion comun: personificacion jurídica de la nacion, su carácter distintivo es la unidad, unidad de representacion que implica como postulado necesario la igualdad de los representados, la igualdad de todos los ciudadanos en la ley. Las manifestaciones individuales son incoercibles, diferencian al hombre de todos los demás, por consiguiente, es inútil que el Estado busque en ellas ni unidad ni fuerza. Por el contrario, las cualidades de raza ó sociales son tangibles, manifiestas, comunes á todos: todos los españoles tienen, como á ciudadanos de una misma nacion, idénticos sentimientos patrióticos, las mismas aspiraciones, iguales ideas: de esta unidad de miras y de sentimientos arranca la unidad nacional, en ella descansa la unidad del Estado. Como de ella arranca el Estado toda su fuerza, es posible que sobre ella pueda ejercerla.

Al llegar á este punto y por lo mucho que he molestado ya vuestra atencion, no puedo dar á las bases jurídicas que de estos principios se desprenden la amplitud conveniente. Me limitaré, pues, á indicarlas ya que en el decurso del debate han de tener cumplido desarrollo; ya que por otra parte como á bases no exigen tampoco que se descienda á detalles. Para su complemento me remito al «Resúmen de un debate sobre la cuestion social», de Azcárate.

Los principios sentados significan que el Estado ha de reconocer la personalidad humana en todas sus manifestaciones: á la personalidad humana como á tal y en el ejercicio de su actividad. Si la fuerza que el individuo presta á la sociedad, se aprovecha por medio de la asociacion, el Estado, al consagrar el derecho al ejercicio de la actividad, ha de consagrar tambien plenamente el derecho á la asociacion.

Nuestra personalidad seria nula y nuestra actividad ilusoria si no fuera libre; el Estado ha de consagrar, pues, la libertad de nuestras personas y de nuestros actos.

Ha de reconocer igualmente la igualdad donde quiera que exista, es decir, la igualdad jurídica ó política, pero respetando y haciendo respetar todas las desigualdades nacidas del ejercicio de nuestra actividad y de la libertad. Ya sé que

los socialistas atribuyen á esas desigualdades todos los males sociales y todos los estragos de la concurrencia; pero creo haber demostrado que fuente esas desigualdades del progreso humano, necesitan la proteccion del Estado contra las invasiones de otros individuos y los atentados más temibles de instituciones sociales.

Si el resultado de la actividad humana es la propiedad, el Estado ha de garantizar el respeto á la propiedad individual y colectiva; á la individual, por cuanto es producida por el esfuerzo de un individuo; á la colectiva, en cuanto sirve de medio y nace de la asociacion de individuos.

Respecto de la familia, es inútil decir que el Estado ha de reconocer la autonomía completa de la misma, dejar de inmiscuirse en lo que no le corresponde, como es la educacion de los hijos, la organizacion de la familia, la distribucion de la herencia, reconociendo al padre la plenitud de sus derechos para organizar la familia como le plazca, educar á los hijos y sobre todo reconociendo la libertad de testar como consecuencia indeclinable del derecho individual de propiedad. Esto sirve para que los lazos de familia se conserven no por miras interesadas, sino por afeccion natural, é importa que la familia se asiente sobre bases naturales de afeccion para que sea sólida, y siendo tal, sirva, en union con las asociaciones voluntarias, para amparar los derechos de otra manera exagerados de los individuos, evitando el peligro de un régimen individualista, en el que, como ha dicho un escritor, hay un millon de pigmeos frente á frente de un gigante, el Estado.

En materia de obligaciones, creo escusado pedir un criterio de libertad y defender que el Estado renuncie á toda tasacion y deje á la concurrencia obrar sus naturales efectos, porque basta en mi sentir, como garantía de seguridad, el amparo del derecho público.

En esta rama encontramos, ante todo, el derecho penal; de grandisima de capital importancia porque mantiene á todos, así á los individuos como á las asociaciones, en la esfera de actividad que les es propia, y ha de conseguir indudablemente

por medio de los adelantos de la ciencia penitenciaria, que el individuo que ha alterado una vez el orden social no esté en condiciones de volverlo á perturbar.

De no menor importancia es el derecho procesal. Respecto de él no he de formular lo que está en la conciencia de todos; esto es, que la justicia sea igual para todos, y de que no pueda darse nunca el caso de que dejen de reivindicarse derechos indudables por el temor, hoy justificado por la experiencia, de salir perjudicado el litigante, asistido de la razón. Se dará indudablemente un gran paso en la resolución de los problemas sociales, si se consigue que la administración de justicia sea recta, pronta y segura.

Respecto de los principios fundamentales que han de informar al derecho político, para la cuestión que nos ocupa, creo firmemente que no pueden ser ya, á la altura en que hemos llegado en nuestra época, objeto de discusión en ningún Ateneo. Los derechos políticos son el arma poderosa que ha de esgrimir el ciudadano para que se respete por todos y especialmente por el Estado, el ejercicio libre de su actividad; son el medio único por el cual puede influir en la organización y en la marcha de la sociedad, resumidos y condensados en el sufragio universal. Mas, ya que he hablado de sufragio universal, permitidme que añada dos palabras. Yo protesto contra él si ha de significar el predominio de la mayoría sobre la minoría; pero creo firmemente en su virtud, si, organizado convenientemente, permite la expresión de todas las ideas, consiente el ejercicio de todos los derechos, garantiza la proporcionada intervención de los menos, consagra todas las influencias, dando á todos los ciudadanos el sentimiento de su derecho á la par que la conciencia de su responsabilidad; me afirmo más, si cabe, en mi fé en el sufragio universal, si desde el punto de vista de la cuestión social le considero, porque lanzado el cuarto estado de la vida política, considerándose como desheredado de la fortuna, como esclavo y caído en servidumbre, cobra odio irreconciliable á la sociedad, que divide en dos bandos enemigos, forma el partido obrero y envenena más y más la harto temible cuestión so-

cial, fiando á la tea incendiaria y á la dinamita la reivindicacion justa de sus indudables derechos.

La historia nos revela que el *Self-gouvernement* de los ingleses, que un régimen genuinamente democrático, no puede aplicarse en todas las circunstancias, ni á todos los países; pero en cambio, la ciencia nos enseña que solo en un régimen democrático pueden encontrar satisfaccion todas las aspiraciones legítimas, organizacion adecuada todas las actividades, y prosperidad positiva todos los pueblos; que la democracia es, en una palabra, el ideal indudable á cuya consecucion hemos de enderezar nuestros actos.

¿Cómo alcanzarlo? Hétenos ya en la cuestion de procedimiento sobre la cual solo breves palabras puedo permitirme. Dos escuelas se disputan el campo, la conservadora y la progresista.

Es dogma de la conservadora, estimar como utópicos todos los ideales, como puras abstracciones todos los principios; considera fuera de toda duda que las formas políticas y religiosas se han de sujetar al carácter y á las condiciones históricas del pueblo de que se trate: todo adelanto es una perturbacion, todo progreso un ataque al órden establecido. Ahora bien, desde el momento en que se afirma (y esto yo lo admito) que las creencias y formas políticas se han de sujetar á las condiciones y carácter de cada época, de cada pueblo, con la misma razon se arguye que cambiando sin cesar por ley ineludible del progreso los caracteres y condiciones históricas de los pueblos, no puede admitirse como criterio seguro de una política científica, el criterio conservador del *statu quo*, sinó que, por el contrario, se impone un criterio progresivo.

¿Es esto decir que se predique la marcha atropellada, la perturbacion constante? En manera alguna. Es imposible la marcha segura si no hay un equilibrio y un órden sociales perfectamente establecidos: luego decir progreso significa conservacion de las conquistas hechas; significa decir órden inalterable en la sociedad.

¿Cómo realizar esta política ordenadamente progresiva? Contestar á esta pregunta ya no es cuestion en la ciencia

política. Si deseamos un régimen político que sea el gobierno del pueblo por el pueblo, no es posible plantear con éxito y sin perturbacion una reforma, si el pueblo no tiene antes conocimiento de la misma y voluntad de realizarla. Por lo mismo la propaganda pacífica, la conquista de la opinion pública, son los medios naturales y adecuados. Pero sucede á las veces que la opinion pública ve adulterada su voluntad manifestada por el sufragio, que el gobierno no cede á aquella resistencia, si pasiva, poderosa, que la opinion sabe oponerle, y entonces los medios indicados son ilusorios. Se me figura que expresaré claramente mi idea y con ello podré dar término á este mi enojoso discurso, valiéndome de una comparacion tomada á una ciencia por todos reconocida, la Medicina. Para la curacion de nuestras dolencias, la medicina preceptúa ante todo y como ideal la Higiene, que es decir, el empleo de ciertas medidas preventivas, la adopcion de un régimen tan sábiamente dispuesto, que las funciones de nuestro organismo se verifiquen por tan acompasada manera, que no sea posible la más leve perturbacion ni el menor desequilibrio. Pero llega un momento en que se produce el desequilibrio funcional, entonces la Medicina acude á la Terapéutica, emplea los medios represivos, se vale, en una palabra, de los remedios; es por ventura la enfermedad de tal naturaleza y el estrago tan grande que la llaga amenaza gangrenarse, y contra ella nada pueden los remedios locales ni los que podríamos llamar constitucionales, dirigidos á modificar nuestra economía; entonces la Medicina se entrega á la Cirugía, apela sin piedad, que seria cruel, al bisturí y al cauterio. Igual criterio debemos adoptar en política. El ideal es el establecimiento de un régimen preventivo tal, que no sea posible la vulneracion del derecho. Mas si á pesar de tales prevenciones tiene lugar la perpetracion, acudamos á nuestra terapéutica que es el Código penal. Sucede que la perturbacion es tan fundamental y la vulneracion tan grande, que contra ella nada pueden los medios ordinarios y en la Constitucion establecidos; pues, entonces, no hay otra solucion sino que la opinion pública convierta su resistencia pasiva en fuerza activa: acudamos

con propósito firme al bisturí: apliquemos sin piedad, como dice un escritor moderno, el terrible cauterio de las revoluciones.—He dicho.

EL ARTE, EL PÚBLICO Y LA CRÍTICA ARTÍSTICA EN BARCELONA.

Discurso pronunciado en el ATENEO BARCELONÉS por D. J. FONTANALS DEL CASTILLO, la noche del 28 de Febrero de 1883, víspera de la clausura de la Manifestacion artística.

SEÑORES:

Después de muchísimo tiempo de no haberme sentado en este sitio, sintiera casi comezon de hacerlo, si el trasiego perpetuo de la vida no fuera correctivo á mi entusiasmo, y si el llevar más de cuatro cruces á la espalda, no fuera amortiguando poco á poco juveniles esperanzas.

La ocasion es grata, sin embargo, para quien vivió mecido por ilusiones de arte; es brillantísima para quien se halle aquí de improviso rodeado de objetos peregrinos é incitantes; y ya que en distintas ocasiones se me ha brindado ésta durante los dos últimos años, y que no ha de presentármeme á cada paso tan propicia, la acepto, esperanzoso de que, si no resultados inmediatos y de trascendencia, ha de dejar, al ménos, calor latente y algunas semillas dispersas, que en oportuno momento pueden salir á cultivo.

Para ello me he agobiado con el encargo de antaño, de llevar á cabo la velada de esta noche, y de hacer en ella una série de indicaciones de objeto mediato y práctico. No esperen de mí, pues, un discurso en loor del arte; ni un trabajo *especulativo* con pretensiones de brillante, y ménos aún, un compuesto de reflexiones académicas,—filosóficas, históricas y críticas,—de las que suelen hacerse de encargo ó por sapiencia, en ocasiones semejantes; pues sobre ser todo esto

inoportuno y vago, aquí fuera, á mi entender, inútil y de inmoderado lujo.—Bastante hastiada de divagaciones y de pomposas frases aprendidas en libros anda la moda artística local, para que me ocurra la poco afortunada idea de repetir esta noche lo que en boca mía y en tosca prosa, fueran solo trivialidades. De brocado y oro va con hartura vestida la hermosa doncella de nuestra fantasía, para gustar de vez en cuando tocado más llano y liso.....

Me encariña, señores, el arte local, como todo lo que expresa amor de patria; me preocupa su porvenir, que entreveo rodeado de temores y esperanzas; me interesa el anhelo público por buscar impresiones plásticas, y miro con singular complacencia la crítica cotidiana, con sus conatos de artística, que con incesante anuncio señala diariamente el paso de algún objeto nuevo ó atractivo. ¿Qué más natural cosa—me he dicho—que discurrir esta noche acerca de nuestro modesto arte; de su crecimiento y expansion; de su brillo é importancia; de su porvenir y desarrollo; del público que en él se goza, y de la crítica que le juzga?.... Tema oportuno y de interés me ha parecido éste en sus múltiples aspectos, todos ellos enlazados; y por el interés que encierra, más aún, por su actualidad, le he elegido para esta noche.

El campo es vasto, es inmenso, y mereciera ya un libro para ser tratado extensamente. Mas, prescindiendo del arte que labra la vivienda humana, y modifica la pública, y eleva templos al culto; del arte de decorar y de sus afines artes; del grabado, la litografía, y de otros procedimientos y múltiples aplicaciones que utiliza la industria, podemos apuntar concisamente, algunas observaciones de los puntos interesantes, que ofrezco á juicio de ustedes (1). La Pintura y la Escultura

(1) Como el objeto y forma de este trabajo pudiera hacer creer que son apreciaciones sueltas las ideas que sucesivamente expongo, haré presente que, son en parte resúmen de las que formando trabado método expondré en algunos libros que tengo anunciados, y muy especialmente en los que título: «*Estética general;—Estética especial y teoría de arte;—Curso de crítica artística y Prontuario crítico*; en mi *Metodología de arte*, y, más despues, en mi *Teoría de la percepción plástica*, nuevo y trascendental tema que

excitan continuo interés, tienen predilecciones comprensibles, adquieren popularidad, penetran en nuestra cultura y hallan continua ovacion en los talleres varios, en los salones en boga, y en el privado doméstico, y son en nuestras fiestas de arte el preferente móvil de cuantos á ellas concurren: démosles, pues, preferencia en la sesion de esta noche, y dejemos las artes hermanas—que mucha atencion merecen en nuestras cuatro provincias—para otras ocasiones que motive algun suceso.

Duéleme, empero, tal preferencia, porque va haciéndose injusta, y porque nuestra arquitectura local, y más que la arquitectura su ornato, presta á un vivero de juicios y de chispeantes críticas; porque ofrece bellas prendas, que pasan desapercibidas hasta á las más cultas gentes, y presenta rasgos marcados y tendencias peculiares á la localidad y al tiempo. Porque el arte de decorar vive en nuestro país con la industria y con el lujo, y en el contacto más íntimo con la cultura doméstica; y porque las otras prácticas y empleos del ingenio, están abonando el terreno de gusto é ilustracion que hán menester nuestras artes. Me interesan, en verdad, desde el ornato y la moldura de puro corte moderno, hasta el plano de nuestras fábricas; desde el balcon calado ó circular hasta el conjunto del frontis, que sirve de expresiva portada al libro del edificio. La apropiacion de las formas, la distribucion de las masas, la gradacion de efectos, la combinacion de líneas ó el cálculo de sombras, la estructura del detalle, el empleo de la escultura, el concepto de las luces, los puntos de perspectiva como óptica y como efecto, los puntos de relacion con el espacio inmediato y los objetos próximos, la unidad de los conceptos ó el concepto fraccionado, el motivo razonado ó el galimatías sin razones, y la série de medios, materias, aplicacion é invenciones antiguos ó contemporáneos; todo lo que nuestras construcciones ofrecen, desde la ménsula y la

toca de lleno á la crítica, á la metodología y pedagogía artísticas,—donde se han de realizar sérios y experimentales cambios,—y que alcanza á los confines de la filosofía, en la *psicología* y en la *estética*, viniendo, quizás, á variar puntos de vista y hasta sistemas en apariencia sólidos, y á que va dando garantía de aceptacion la más inconsciente rutina.

cartela al ajiméz y el arco; desde la verja historiada y más ó ménos retorcida y el capitel neo-egipcio, con rasgos decadentes, ó con fisonomía pseudo-india, hasta la casita rústica, importada de otros climas, y la de reminiscencias arábigas plantadas fronterizas; cuanto habla á una vez de la época, la tierra, la cultura, las aficiones el ingenio, el capricho, la erudicion de arquitectos y propietarios, en alineadas viviendas urbanas, y en las rústicas, pintorescas y más libres; en grandes casas de alquiler con pretensiones palaciales; en templos y conventos de imitacion antigua; en talleres, quioscos, pabellones, jardines, mercados; en cuanto produce é inventa la fantasía, la cultura, la fé, la ciencia, la necesidad, el lujo; en piedra, en ladrillo, asfaltos, hierro, metales, esmaltes, y cubre la policromía más sóbria ó atrevida, me interesa vivamente. Y no han de merecerme olvido las piezas y objetos que miro conmigo en íntimo y familiar contacto; que me refrigeran, me sirven, me confortan y me complacen: la chimenea labrada ó cincelada, el jarron, la alfombra, el tapiz, la vidriera, el altar, la tela suntuosa ó casera ornamentada, el mueble de patron francés ó aleman, la lámpara copiada ó importada, el papel expatriado, y la planta feráz condenada á celular sombrío....; el cromo y la oleografía pegados al libro ó la pared; el grabado de efímera vida coetánea, antes magistral y espléndido, y los procedimientos económicos en zinc, cobre y barniz impermeable, concurrentes de aquel y engendros de la fotografía, que menguan la técnica del arte y ágrandan el arte en mecánica é industria; porqué interesa hoy como arte y decoracion, desde el suntuoso techo y el arteson magnífico del monumento público, hasta el tiraje perfecto de una hoja de ilustracion, con que, por ampliacion de título, adquiere nombre de artista el oficial tipógrafo, que en unas cuantas lecciones sabe sentar un *recorte* en la prensa editorial.

*
* *

Desde hace veinticuatro años en que por primera vez me cupo la honra de comenzar en esta casa, al lado del maestro

eminente, que por desgracia hemos perdido, una modestísima aunque entusiasta campaña en favor del arte pátrio, le he visto ascender pausadamente al través de los recuerdos del año cuarenta y cinco, y sortear, con marcha incierta, innumerables vías, muchas veces contradictorias. Y desde entonces, fija la mente en la complicada madeja de aspiraciones varias de maestros y discípulos, he visto como jalones en el curso del camino, que fijaron el derrotero, desde nuestro renacimiento tímido hasta las florecencias mayores, y recogido al paso el ascenso del entusiasmo; el lustre de algunos artistas; el calor creciente de los jóvenes; la pasión de los noveles; he visto apuntar las aficiones del público que estima el arte; formarse la popularidad y la atmósfera de *dilettantis*; tejer la guirnalda de ovaciones á los productos del ingenio; alternar la industria artística con el arte hecho industria, y aparecer la crítica inesperta ú osada en la revista y el diario. Todo lo que hoy tenemos lo hemos visto nacer, formarse y alternar en la localidad con el prestigio industrial y la comercial tarea. Así como hemos visto cambiar la faz de nuestra vida activa, y cambiar las aficiones, formarse distinto el juicio, y aparecer antagonismos en el modo de pensar, con increíbles mudanzas, hemos visto cambiar el arte, sin que parezca recordar el derrotero que ha seguido, ni tuviera conciencia, casi, de que variaba sin tregua. ¡Tan vario está y tan distinto de lo que al principio fué! ¡Y tan olvidadizo á veces de sus primeros ensayos!.. En el curso de estos años he apuntado por jornadas los detalles pasajeros de cada nuevo entusiasmo y cada nueva evolución, y he hecho como el inventario, la estadística compleja de tres períodos artísticos con otras tres generaciones. Antes del año 50 recuerdo un arte que finía con tradiciones decadentes y espíritu tradicional: de 1850 á 1880, como tres etapas distintas, tres fases bien deslindadas que casi se cuentan por décadas. ¡Como si cada diez años fatigado nuestro espíritu de la constancia y fijeza, se pluguiera en la inconstancia, de que nuestra historia está plagada, y sintiera como hastío de mantener tradiciones y de depurar principios, ó de formar gusto patrio! Como si estuviera inoculado en nuestro

modo de ser, que sólo la veleidad dure, y lo durable pase, y condenada nuestra obra y nuestro criterio é ingenio, á sufrir la imposición, por donde quiera venida, de la moda pasajera.

La tendencia fija de nuestro arte fué, desde que hago memoria, la pasión juvenil por cultivarle; el entusiasmo inconsciente por las obras de valía; el apego de varios maestros á las teorías que aprendieron, y la imitación rezagada de obras y profesores de este ó aquel país, de que teníamos noticia á veces por simples dibujos, ó sólo por el eco de la prensa, que venía sin tregua á impresionar, y siempre de confusa manera, la fibra juvenil de profesores hábiles y de apasionados discípulos. Mas, nunca, ni una vez siquiera, en el espacio de veinte años, y tan sólo una vez en los diez años anteriores, un ideal superior al simple anhelo de producir, pudo hallar eco entre nosotros, y agrupar la juventud y los maestros de más prestigio, al calor de un alto móvil. Nunca la pasión del arte salió de la escuela ó el taller con arranques levantados ni aspiraciones grandes, que hallaran eco en el público. Nunca, casi, la fibra artística apareció impresionada por sucesos ó por empresas, por doctrinas ó por ideas de empuje ó de trascendencia. Y, lo que es más notable, jamás en el largo período de treinta y cinco años, tuvieron acogimiento con pertinaz empeño por escolares entusistas—como en el arte alemán y en las escuelas francesas, de que fuimos imitadores con frivolidad incipiente,—ninguno de los pocos ideales que hallaron eco pasajero, ni dieron al arte patrio color de localidad, base de solidez, cimientos de duración, ni fisonomía peculiar que le distinga de otro arte; ni dejaron en pos de sí senda trillada ó piedra de guía, que pudiera aprovecharse en un ulterior período. Ni la patria, ni la creencia, ni el aura de libertad, ni el apego á la historia, ni la lumbre de la tradición, que fecundan el ingenio, dieron á su amor vuelo al arte con alguna duración, ni abrieron anchas sus alas para levantar su vuelo; ni siquiera un sostenido apego en favor de más secundarios objetos, como el sentimiento ó la expresión, el dibujo, el color, el purismo ó la realidad, el predominio de la forma ó del espíritu, permiten nombrar sus obras con nombres que las dis-

tingan, ni trazar su filiacion por rasgos determinados. El arte marchando así, fluctuó de uno á otro extremo, entre uno ú otro principio; acogió cien ideales sin apegarse á ninguno; dió acceso á todos los influjos y operó todos los cambios que el arte europeo ofrecia, con las obras de más boga y los maestros de más nombre, y nos legó, en vez de historia y sello de nacionalidad, un cúmulo desordenado de recuerdos algo confusos, y un vivero de accidentes tan numerosos como efimeros. Culpa del continuo plagio y de la falta de independendencia, y aun más, de personalidad, fué aquella inconstante vida que tuvieron nuestras artes desde el año 45, y aquella carencia de cuerpo que ofrecerán en la historia por falta de fé en algo grande, por carencia de un ideal, por buscar mil ideales á veces contradictorios, por impresionabilidad continua, por no tener formas pátrias ni espíritu nacional, cabe la tradicion, y por carecer de âlas en que cernir su poesía. Cuando se le nombre en la historia, si se le llega á nombrar, se le dirá el arte de los plagios—á pesar de sus buenas obras y de sus obras selectas—el arte de las imitaciones, el arte de los arreglos, impresionable y voluble por sobra de aspiraciones y por remedos de eclecticismo.

*
* * *

Antes del año 50 nuestro arte provincial vivía solo de recuerdos. Perdíase la tradicion de los Flauger y Mayol y de la escultura piadosa cultivada por Amadeu, y nada sólido aparecia, ni nadie se preocupaba de crearlo. Los maestros de más nota vivian en plácida calma, vegetaban á sombrío, olvidando el barroquismo, trasnochado en Cataluña, y sin darse cuenta casi del *neo-clasicismo*, que finía, ni del *romanticismo*, aun en boga en todos los países de Europa. Partian los más osados á Italia en busca de atmósfera de arte que restaurara su espíritu. Los más jóvenes desertaban, cansados de monotonía. Y, los que aquí quedaron, trazaban con mano mecánica los últimos é insulsos *grafitos*; pintaban los últimos frescos en los salones y las fachadas, y embadurnaban pesados lienzos con impericia modelo; pintarrajaban retablos y

esculpián sendas imágenes sin estímulo ni aliciente, y daban al arte vulgar, al prosaismo gráfico la última etapa en decadencia. Campeny, dejando á un lado el caracolar barroco de sus obras juveniles, tomaba de Canova ó de Thorwaldsen, cuando no de Pio Fédí ó de Juan Flaxman, los motivos y principios de sus mármoles, que admirábamos sin distingos, y que hoy juzgamos con mejor juicio. Rodas pintaba retratos con notables cualidades, aunque con pincel cansado, y fluctuaba en sus lecciones entre Camarón y Lopez. Ribó y Ferrant, independientes, pintaban de puro recuerdo y gastaban su mejor chispa en zaherir todo precepto de clásicos y románticos: rechazaba uno de ellos hasta el modelo y el plegado directos del natural, y prefiriendo el vago recuerdo á la viva realidad, nos decía por gran leccion:— «*Yo me creo los modelos...*»; y como prueba palmaria ponía el índice en la frente y repetía con vehemencia:— «*Mi natural está aquí!...*» ¡Así estaba el natural!... Uno de los Planella nos daba *floreros y jarrones* retocando la realidad con recetas de convencion; y otro de los Rigalt hacia *países* de fantasía—segun el entender de entónces—con aspecto de panorama. La atmósfera de su expansion era una densa niebla donde solo se erguía desmedrada la solitaria planta amarillosa y seca; y el espacio que les rodeaba era el vacío sin fin... Solo el telar tardío y el algodón en rama preocupaban á la sazón al barcelonés activo, ó al bonachon industrial. La más oscura noche se nos habia venido encima, constantemente entretenidos por el himno patriótico, y por el pensar pueril,—salvo en raras excepciones—; y en el arte, nada, nada prometía tiempos mejores. D. Jaime Batlle, el profesor más jóven, recién venido de Italia en 1846, el académico de San Carlos y de la Escuela de Florencia, el eclético con más criterio y relativa importancia, que sabia de Ticiano y Rubens, de Veronés y del Piombo, de Rafael y Massaccio, de Guirlandajo, y de Andrés del Sarto; de Velazquez y de Reynolds, cuanto habia traído en bocetos y en muy notables copias, apenas halló patronos ni bien dispuestos discípulos. Solo los imagineros improvisaban cabezas para vestir maniquís; y entre los

artistas noveles era Juvany casi el único que pintaba con conciencia grupos de flores maestras.—¡Fortuna fué que por entonces silvó la primer locomotora con asombro popular; giró el hélice de vapor en el *Paquete* velero; apuntó la electricidad, símbolo de nuestra época, y nos enseñó el telégrafo cómo se enlazan los pueblos y se achican las distancias! La cuenca estrecha de nuestros lares iba á salir de un largo sueño, y á sentir nuevos influjos é inaudito movimiento.—¡Y, casualidad asaz rara, casi providéncial para al arte!—comenzaba la fotografía, comprobante del arte real, tras los ensayos de Daguerre; se popularizaba el periódico con imágenes de *Ilustracion*, y aparecía el anuncio del primer Concurso Universal en la metrópoli inglesa, la populosa Londres!... ¡Qué de impresiones nuevas iban á venir á luz ¡Cuánto influjo trascendente para la expansion del arte!...

De 1850 á 1860, año más, año ménos, data el movimiento más activo que podemos encomiar. Fué un cambio completo de espíritu el que entonces se efectuó; fué una evocacion sublime, casi diríamos un milagro el cambio que entonces se operaba. Fué como un mágico prodigio el que de improviso creó, bella insinuacion de arte, comprension, sentimiento, juicio, fantasía, inspiracion, dibujo, color, composicion, imágenes y conceptos plásticos; entusiasmo, pasion, estilos. Fué, en fin, un asombro, un pasmo, aquel pasar de un breve salto, de la postracion mayor á la mayor actividad. Por solo el influjo de dos maestros, idos casi á un tiempo á Roma, vueltos casi á un tiempo á España, habia echado hondas raíces el árbol umbroso del arte. ¡Y, qué contraste presentaba la luz viva que esparcian, con aquella oscuridad que hasta entonces habia reinado!—D. Pablo Milá, más que todos—de quien deseo hacer recuerdo en especial sesion—fué el adalid más activo de aquel memorable cambio:—¡Grabad perpétua su memoria! A su vigoroso empuje, y al de otro profesor, debimos aquel plantel lleno de verdor y ufanéza, que fué ornamento de nuestra Escuela y es esp'endor de Barcelona desde hace treinta años. Jamás sin él habria

nacido, jamás despues se repitió, con tan pródiga abundancia, desde Serra el ornatista, y Padró, travieso ingenio, hasta Fortuny, pasmo raro. ¡Qué feracidad, señores! Entonces renació nuestro arte, desde la arquitectura y el ornato hasta el arte decorativo, y más que todo, de la escultura, que en este período se hizo adulta para producir sin tregua obras dignas de toda época, y la pintura fabulosa en crear obras y nombres al activo y fuerte empuje de dos profesores de la Lonja. La boga de cien discípulos improvisados entonces, hace la mejor corona de aquellos modestos varones. Y no cuento los que nacieron al calor del entusiasmo y en derredor de los más diestros. Entre los modelos preferidos eran los del arte religioso, del Peruggino y el Angélico, de Owerbek, Weit y Muller, los que tenían privilegio; y para todas las imágenes se daba por mejor guía la de los *pre-rafaelistas*, que en Alemania é Italia, en Inglaterra y Francia tenían sérios entusiastas. Mas, en escultura y pintura lo que sobre todo privaba era el espíritu intenso é íntimo á la vez que reflexivo; era la Edad media con su historia, su poesía y sus leyendas; la historia de Catauña hasta el período renaciente; la composición pensada y el castigado dibujo, entonces llamado *purista*, sin olvidar por esto, ni el admirable antiguo, ni el eclecticismo moderno con sus múltiples bellezas. Es justo decir estas prendas, para no llamar parcial,—como se hace erróneamente,—la enseñanza de aquellos tiempos. Pinturas de vidrieras é iglesias; cuadros de devoción y altares; imágenes y esculturas de sin número de asuntos; grupos y escenas históricos, retratos, flores, ornatos, aparecían como fruto de maduras enseñanzas de aquel vivero de entusiastas.

Y, á la vez que el arte grave y de prolijo estudio, aparecía otra escuela, que tenía ciertos adeptos, basada en la asidua copia de la realidad viviente. El hombre, y la campiña rústica de las comarcas catalanas, henchida de sábia y de rudeza, quebrada y llena de maleza y árboles, eran su ideal constante. Un ingenio de mucha fibra, tan fecundo como vírgen, jóven de sumo talento y de ejemplar osadía, fué el campeón de esta escuela, que nos dió artistas hábiles y originales de

vez, cada día más notables. De allí salió Simon Gomez, y también salió de allí nuestro pródigo paisaje, antes solo estudio aislado, *ideal* y bien compuesto; después con ambiente catalán y el color de estos terruños. Distinguíanse á la par, é impresionaban con su influjo, otros jóvenes profesores que habían estudiado en Francia, y traído de aquel país la reproducción de cuadros de naturaleza y costumbres, recordadores de lejos de las obras de Meissonier. Acentuaban la afición á a naturaleza y el realismo los primores de Gavarní, con su expresiva realidad y su característico viviente; y con esta mezcla de influjos despuntó la nueva pléyade que entre nosotros se cuenta como naturalistas fecundos y paisajistas hábiles, y algún ilustrador chispeante que vierte verdad y movimiento en sus vivientes apuntes y en sus peregrinos dibujos. De lejos viene, como se ve, la imitación de extranjeros.

Era por aquellos días de expansión y de grandeza nacionales y patrióticos cuando los laureles de Africa nos dieron fama europea de *nación de primer orden*. Entonces, medrado el espíritu popular de Cataluña, daba al arte nuevos bríos con la bienandanza pública. ¡Qué días de bonanza, señores! ¡Los que aprendíamos entonces nuestro doctrinal criterio, sentimos cierta tristeza mezclada de admiración por los días de aquellas glorias!..... Y, hay que conceptuar del arte, que tenía entonces su alborada, su primavera espléndida y aunque en vías de desarrollo, crecimiento afortunado. ¡Cuánto se hubiera obtenido, con ventajas del porvenir, á no caer en desuso, por espíritu voltario, aquel vigor de criterio y aquella seriedad de juicio á la sazón aplicados! Para juzgarlo con tino, hay que tornar la vista con ojeada retrospectiva, á aquellas campañas primerizas de la olvidada *Asociación de Amigos de las Bellas Artes*, y á los concursos inmediatos, donde contendían de consuno, con cierta juvenil confianza, agrupaciones bautizadas, por inexperta noción, de *Realistas é Idealistas*.

Al calor del entusiasmo que la guerra mantenía fueron tomando vuelo los artistas que más brillaban. El despertamiento público del sentimiento nacional sirvió de escabel al

arte, como á otros elementos de las letras y las industrias. Verdad es que sólo se produjo alguno que otro asunto de la guerra, y que Sans, Padró y Fortuny fueron casi los únicos ingenios, entre los de nuestras provincias, que nos dieron de aquella cuadros que merezcan sério recuerdo; pero tambien es verdad, que el sentimiento épico y el lírico acento de los poetas estimuló la fantasía, y dió á la patria vigor, que se tradujo en sus artes; y que la actividad y el empeño con que se produjeron obras, era prueba bien palmaria de adelanto y de fortuna. Fué el botafuego que á Fortuny puso en vías de gran pintor, —como de sobras se sabe—, y fué el que trás él lanzó á muchos adeptos ávidos del movimiento y la vida, y del colorir brillante. Cataluña cambió entonces la corriente de estos estudios.

En breve se marcó bien distinta la nueva etapa empezada sobre 1860, y que podemos terminar otros diez años más tarde: sobre 1870. Por entonces los concursos de pensionado en Madrid y Roma, recordaron el camino de varias cortes del arte, á la juventud con dotes. Paris, Roma y Madrid, fueron los centros preferidos, y especialmente los dos primeros, donde es más activa ó aérea la atmósfera que vivifica el sentimiento estético. De allí venia constantemente el último y nuevo modelo á que el arte se atemperaba. Y, ya no fué el acento pátrio el que le dió nuevo sello: fué el extranje-rismo importado con variedad sin fin. Entre Barcelona y París, entre Roma y Barcelona se establecieron sin tregua cordones de peregrinos. Y allí fueron á inspirarse para ideas y para formas, escultores y pintores de espíritu catalan..... No seré quien lo censure, pero ¿no hubiera sido mejor mezclar como á equilibrio algo más de españolismo?... El tiempo lo dirá sin duda. Mas, lo que se puede afirmar, es, que data de entonces el afrancesado sello y la especie de mescolanza, que aquí, como en el lenguaje, nos roba el sabor castizo. Son los nuevos galicismos, que el ingenio nos prodiga, olvidos de cultura pátria, y ofensas de leso sentido, que han de quitar vida al arte. Ateniéndonos á la historia, eran, Flan-drin, Delacroix, Ingres, Delaroche, Decamps, Gerome,

Gleyre, Bouneville, Duran, Dupré, Pradier,... los modelos del más gran arte; Meissonier, Brion, Hamon, Baudry, los de escenas de costumbres; Corot, Breton, Diaz, Rousseau, Troyon, los de cuadros de paisaje y de fragmentos campesinos. Y Philopoteau, Bestail, Grenville,... los de dibujantes de grabado. Y este influjo se aumentaba con la llegada y paso, de discípulos de Couture y de otros extranjeros hábiles. ¡Qué confusión de impresiones!... El gusto entero de Francia se nos había entrado en casa. Desde entonces fuimos, sin tregua, convictos afrancesados.

Roto el hilo de la tradición ya no tuvieron influjo los entusiasmos que fueron, ni trascendencia marcada las Exposiciones frecuentes que se celebraban en Madrid, aunque daban aspiraciones; ni la pasión provincial creada por la literatura, que nos dió algunos cuadros de la vida y las costumbres. en que influyó más que todo el teatro catalán, con artificiosos tipos y algo falsas ideas; ni la atmósfera local y la naturaleza patria, siempre llenos de interés y próximos al corazón.— El contrapeso de Roma, que era menor que el de Francia, quitaba por otro lado, con distinguidos conceptos, color y formas simpáticos, llenos de insinuación, lo que al sentimiento y juicio podía guardar nuestra tierra. Y el movimiento constante de la nueva Barcelona, constructora de rectas calles y de irregulares plazas, fué quien guardó únicamente algunos rasgos ingénitos de ornamentación local, y escasos ensayos importantes, en decorados techos, y en pinturas de aposentos, y tal ó cual aislado fresco, ó decorativa escultura. La obra de nuestros *pensionados* era de más empuje; gozaba de más prestigio; despertaba más capricho; iba más al corazón de la novedad inexperta y de la movediza moda.

De Roma y Paris nos vinieron, el mayor ejercicio del arte, que en todos los géneros cultivábamos, que en todos los procedimientos sabíamos; el crecimiento del fresco, de la escenografía y la decoración, que ya se hacían á maravilla; la acuarela y el *aguach*, importaciones noveles, que, con el barro cocido, dieron en adelante á la escultura y pintura nuevos medios de lucimiento, y facilidades mayores para hacer

aficionados; y las propensiones al brillo del luminoso color, ó á la ejecucion osada, con olvido de otras prendas, que hacen siempre sério el arte, y saben siempre los maestros. Y una tornada continúa á Roma y París renovaron, con mayor feracidad, y con inconstancia mayor, el predominio creciente de los influjos extranjeros, que traian y llevaban aquellas fluctuantes colonias de españoles ó catalanes. ¡París hizo á Fortuny su gran fama!..., y esto privó entre nosotros para imponer nuevas modas; hasta que el cambio de la suerte quiso que las huestes alemanas espantaran como vuelo de asustadizas palomas, ó como bandadas de gorriones, á tantos artistas mozos, que en París se aclimatában, poco avezados, sin duda, al ímpetu del cazador...

Recuerdo que por entónces hacia la crítica de arte sus primerizos ensayos en nuestra localidad.

Algunos años despues de 1870, vacilante el entusiasmo por los productos de Francia,—¡que trae olvidos la desgracia!...; —sorprendidos del prestigio del potente germanismo, que antes se menospreciaba; por aquella propension de admirar siempre al que vence, de llamar grande al más fuerte y de adorar al que oprime,—habia mermado mucho la imitacion francesa; tomaba tierra la romana, y se creía que el germanismo iba á engrandecer nuestras artes. Despues se vió que era hipérbole, que era endémico miopismo aquella exaltacion primera. Despues, cerniendo, nos han quedado, la aficion á buenas láminas, algunos libros no malos, magníficos cacharros y bástulos, lindísimas baratijas de procedencia alemana, y los populares muebles de los silleros de Viena... ¡Que algo va quedando al fin!—Y más despues todavía, por reaccion transpirenáica, la nueva emigracion á Francia, y las colonias de Roma, de más en más engrosadas entre 1870 y 1880.

Haciendo historia verídica, aquí la famosa *Setembrina*,—que trastornó serias cosas (1)—, aumentó la emigracion con

(1) El texto está aquí modificado en la letra.—Al imprimir el *Ateneo Barcelonés* este trabajo, un deber de compañerismo para con nuestros con-

gloriosas algaradas, y dió al arte local fatiga y modorra á un tiempo. Dígalo, si se olvidare, el resultado obtenido por la magnífica Exposición de 1874,—la más importante, sin duda, de las que en Barcelona se habían visto, y la ménos concurrida de cuantas puedan recordarse. Que hasta enmudeció la crítica, para que así se apagara el último asomo de ingenio. Y, el arte se ocultó rodeado de ruidoso patriotismo.... ¡Porque es el arte, en verdad, una hermosísima doncella, tan elegante como fina, un aristócrata culto, hasta al hacerse patriota, á quien por la cuna se despega vertiendo igualdad y mugre el desarrapado tipo de lo popular grosero. Entónces sentó nuestro arte su estancia de emigración en los países extranjeros, hasta en Marsella y en Portici, y desde allí nos mandaba recuerdos de que aun vivía con notas preciosas de arte. Goupil, verbi gracia, en Paris, le dió espléndida morada. Y, Roma le dió acogida con prestigio singular.

Pasado el período álgido, vimos con cierta sorpresa muchísimos adelantos alcanzados en el destierro: que la cosecha aumentaba, que la productividad crecía; que la acuarela, el grabado, el barro y la decoración medraban de modo asombroso; que el cromo y la litografía popularizaban el arte, aunque tendían á malearle. Pero, el arte creció en extensión, tanto ó más, que en importancia; más en número de artistas que en perdurables obras. Eran hábiles casi todos; eran notables muchísimos, y algunos, con precoz fortuna, sinceramente admirables. Había con todo algo frágil, algo más encantador que sólido en cuantos entónces volvían. Ese algo sólido, grande, que se admira en todos tiempos, á pesar del tiempo mismo; lo que hace á las artes antiguas y á las obras de los maestros, un prestigio sin olvidos. La fantasía, el capricho, la gracia decorativa, el colorir simpático y á las veces deslumbrante, la magia en colorir con tónicas de artificio y

socios, más aun, un deber de agradecimiento, nos fuerza espontáneamente, á que queden suprimidas varias palabras.—Con ello creemos contribuir—aunque en pequeñísima parte,—á continuar la liberal armonía que el *Ate-neo* representa, sin que la memoria de nadie pierda la huella, ni sienta menoscabo de un solo recuerdo.

de un convencional que cautiva, la chispa, ó más bien el *chic*, el genuino *chic* francés, que en esto hace entusiastas, como en abundantes cosas, fué lo que entónces se aclimató, tendiendo á hacer del arte un producto de novedad y lujo, que se expende en las vitrinas por estímulo de antojo más bien que por la cultura. Porque es tendencia del tiempo, que el arte vaya al mercado, al aparador de una tienda como obra de comercio, y tenga en el mercado alza y baja, como los valores de bolsa. Así está el arte coetáneo en los secundarios centros. Así está en Barcelona. Y, este es su modo de ser, cuando falta buena tierra y tibio sol confortante para poder arraigarle.

Era, por otra parte, el cosmopolitismo moderno, con un semillero de impresiones, de atractivos y de influencias, inquieto y movedizo incentivo, que arrastraba la gente jóven. Al éxito de las Exposiciones de la capital de Francia; al de las revistas é *ilustraciones* llenas de autógrafos y copias; al de las prodigadas láminas, grabados y fotografías; al de los jóvenes que iban y de los mozos que tornaban, y hasta á la del solo *Catálogo* de cada «*Salon*» anual, buscapié de impresiones, y vivo engendro de anhelos, cuando no de inquietud y dudas, no hay ingenio impresionable que no vasecile ó fluctúe. Y, si faltare enseñanza séria, criterio con cimientos sólidos, aquí, como en otras cosas, la divagacion es mayor. Así se explica que un dia Carpeaux, otro dia Detailló ó Neuville; otro el natural Lefebvre, ó el vigor real de Bonnat; otro Durán ó Cabanel, ó el aristocrático Courtois, ó el pintoresco Allongé ó el finísimo y chispeante Kämmerer; que otro, en fin, los casacones y los apolillados coletos, adquirieran gran prestigio...; ó que fueran las modas de la Convencion, ó el prosaismo de Courbet, cuando no artistas de cuarto órden los que quitaran el sueño á los movedizos talentos. Y, á medida que se extendía la curiosidad artística con la ruidosa Exposicion de 1878, no es extraño que agitaran y arrollaran la fantasía de nuestra viajante pléyade las maravillas sin fin de los luminares del arte: del brillante Vibert; del delicioso Siemiradjky; del dramático Mateijko; del vigo-

roso Munckacsy; del fogoso Juan Makart; del clásico de la historia, el correcto Alma Tadema;—que fueran el frescor de Rumpler; el capricho de Charlemon; la naturalidad de Friedländer, la gracia espontánea de Induno; la idílica poesía de Portaels; la linda desnudez de Marron, ó la realidad de Maddou, aprendida de holandeses y con Von Ostade y Brouwer. ¿Cómo con tantos estímulos, no se olvidara la patria; y la individualidad decreciera; y la originalidad mermara, y se contrajese ó excitara á la vitalidad creadora? ¿Cómo no se movieran prurito y ánsia de novedad?...

Con tanta fermentacion se inauguraba aquí la Exposicion permanente; crecía el estímulo crítico; se hacia el público aficionado, y se extendian las preferencias del arte por moda y lujo, por vanidad ó por cultura. Se estaba al fin de la tercera etapa, que dividia los espíritus por mil corrientes distintas; que trituraba en átomos el aliento provincial. Creábase, por otro lado, la veleidad de juicio, y la imposicion del público. ¿Eran prendas de esperanza?.... Con estas prendas llegábamos á 1880.

Lleno de expansion y vida está desde entonces nuestro arte. Como el espumoso néctar largo tiempo comprimido; como el champagne bullidor, ha ascendido hasta el borde por el esbelto vaso, y dilatándose se vierte por el cristal transparente. La prodigalidad de artistas, que pasan ya de 200 en las distintas prácticas, contando nombres gloriosos que se rodean de olvido, y sin contar la flor de los que por intervalos se van y vuelven á veces por intervalos, basta para demostrar el exuberante ascenso que nos ofrecen sus obras. ¡Cuán léjos se hallan de aquellos oscurecidos ingenios del año 45! Y, en qué tan distintos tiempos!...

Yo veo un florilegio abundante que conserva aquí el prestigio de hábiles profesores, y jóvenes señalados que de improviso aparecen, y que despuntan con obras que ahora 25 años se hubieran dicho maestras. Les veo con todos los medios propios del arte moderno, con todos los procedimientos, hasta brillar en la acuarela; en todos los géneros de

arte, en las obras de fantasía; en las piezas de costumbre, en los episodios históricos; en el complejo retrato,—espiritual ó realista, ó lleno de mágia brillante—; en nuestro provincial paisaje, feracísimo en producir, con rasgos tradicionales y locales caractéres, saturados de verdad, ó henchidos de poesía real, de aroma ó de sentimiento; en los grupos de frutas y flores viciosos y aristocráticos; en la decoracion y el ornato en que chispean gayos tonos, artificio, estudio y gracia; en la decoracion mural de relieve ó colorida con maestría singular, y hasta en figuras militares sentidas del natural. Y, nada digo, ni juzgo, del arte religioso, porque parece, en verdad, que nuestra piedad secular y nuestro alardeo de creencia, se hayan hecho iconoclastas... Veo la fantasía en los tonos; el ideal ó vero acorde; el empastar osado; el prodigado color; el sello de la *fattura*; la ejecucion sentida y casi siempre adecuada; el pintar febril y rápido, y el encariñado y paciente; la esplendidez de tónicas verídicas ó rebuscadas; el competir en luz con el sol del mediodía, hasta dar envidia casi al cielo esplendente de Nápoles y al de la clásica Campania; el dibujar atrevido con fascinacion de efecto, aunque no siempre atildado; el diestro manejo del lápiz, de la pluma ó del carbon, del bistre ó del acua-tinta, con una vena y soltura deliciosas y peregrinas; la chispa de ilustrador, en diminutos finales, en láminas, márgenes ó intercalados, en *cabeceras* y letras, con correccion y verdad, con forma, luz y color dignos de los grandes cuadros. Veo la escultura admirable, dando artistas á toda España, así en barro como en mármol, en madera y en metal; pintoresca ó abocetada, en bustos y obras grandiosas, y en monumentales obras de un empuje inesperado.

Y, veo un público que palmea á cada nueva impresion; un grupo de admiradores, crema de la masa culta, que se honra con las obras á cada nueva sensacion; sin número de aficionados, que emulan á los artistas; y, como nunca se habia visto, cultas damas y muchas *pollas* de aficiones nada *cursi*,—pásenme ustedes los vocablos y el figurado sentido,—que cultivan la belleza, si es que no realzan la suya

con dos gracias naturales: que entónces ¿cómo olvidarlo? son lindísimas sus obras... Hay aquí sello de patria, que con entusiasmo y poesía alimenta lúcida pléyade de escritores catalanes; hay tradiciones vivas, con estudios arqueológicos, con escursiones frecuentes, con cambio mútuo de impresiones entre el aire ciudadano y el sabor de las comarcas; hay crítica constante y ruidosa, que como punta imantada mueve y atrae la afición; hay libros, revistas, periódicos, láminas en pródigo número, de todas partes venidos; modelos, recuerdos, noticias; enseñanzas nuevas de arte, atmósfera que vivifica y entusiasmo que colora... ¿Qué más podemos querer? Que es esto en verdad, señores, un encantador *parterre*, una florida cesta, en que la violácea flor alterna con el boton rojo; el blanco nardo fragante con la azalea y el geranio; la ufanosa peonia con la rosa esbelta y ténue, y la pavoneada corola entre el vergél de matiz gayo y el manto de florecillas donde el sol alegre juega, y á que hacen mullido lecho, y la más brillante alfombra, el musgo denso, tupido, y el felpudillo lustroso, que el tacto acaricia y comprime con grata y sensual complacencia. ¿Qué más podemos querer? ¿Qué pedir ó señalar?...



Si el presente de nuestro arte nos complace y nos anima, el curso del porvenir nos ofrece algun recelo. ¿Seguirá mejorando el arte con la marcha emprendida? ¿Hará la juventud que empieza adelanto ó retroceso con las actuales aficiones?... Son puntos algo complejos, que requieren largo estudio y que solo apuntaré, para no cansar á ustedes con apreciaciones técnicas.

Lo he de decir francamente: temo que el apogeo de lo brillante pueda tocar á su término; que lo falso ó aparatoso venga á ocupar su lugar; que el trabajar pronto y rápido nos lleve á la decadencia, si no se hace algo más: no temo por el presente, temo que exagere el porvenir. Comprendo que el arte de hoy, con solo escasas excepciones, es de obras del momento, para excitar novedad, para mover entusiasmo;

no de obras de gran labor, maduramente pensadas, para patronos espléndidos, como en otro tiempo acontecía. Que es como la obra literaria, que nace, entusiasma y se olvida con rapidez increíble; como el artículo de periódico que solo brilla un momento, el momento de polémica;—como todo lo de la época, que prontamente se gasta. Entre el arte de antiguos días y el contemporáneo arte, en sus obras cotidianas, hay esta esencial diferencia. Porque el público busca sorpresas, ansía novedad sin tregua. Y, porque las obras de empeño son solo monumentales; no tienen patronos espléndidos casi más que en grandes fábricas; no hallan mercados abiertos más que en los grandes países, y entre potentados de abo-lengo; no tienen en el privado doméstico espacios ni medios para lucir. ¿Quién pule hoy un verso ó frase con la lima de otros días? ¿Quién gasta la entera vida en trabajar un poema? ¿Quién deja por lo pulido y ático, la impresion ó la sorpresa? ¿Quién vela un lienzo ó una estatua como á un hijo predilecto?... Y, no hay tiempo de pensar, largamente y con amor, para los que han de venir... Apenas hay un mañana para el febril espíritu, que anhela, devora y se hastía. Por esto el arte de hoy se presenta febril y rápido, solo para el momento, como el público que admira y la emocion que fulgura.

Mas, ¿hay en esto esperanza? ¿Puede fundarse adelanto? Para el arte de nuestros días en los secundarios centros no hay casi casi, recursos, sino en medios secundarios: la impresion, el capricho, el efecto, la ejecucion magistral y las finezas de la *fattura*. Esto solo es obra rápida; lo demás requiere tiempo. Y, ¿quién puede confiar en mañana, sin que le escape el momento de lucimiento y éxito?... ¡Ay del que llegue tardío! ¡Ay de quien quede dormido, ó en el camino trasnochado!... Pues bien: esas mismas cualidades de incitante rapidez, son recursos que se agotan, y que fácilmente fatigan sin extraordinario ingenio; y son prendas que por sí solas marchan rápidamente á la *manera* y la convencion. El talento que en ellas funde todos sus ascendientes, y espere todos sus éxitos, corre fácilmente riesgo de vulgarizarse y cansar. Y, los que despues imiten, vendrán á luz gastados y

endebles, sin espontaneidad ni importancia. Aun teniendo gran talento es difícil sostener esa lucha consigo propio, para estar siempre brillante, fecundo y original. Y, quien lo llegue á lograr no se librará, sin duda, de obtener por resultado alguna indiferencia pública, de la curiosidad sobada, hastiada,—*blasé!* como Vitet decia—, si produce frecuente y mucho. ¡Qué así nace la novedad, como para el interés! La labor del porvenir será por este camino, de improvisaciones, de bocetos, no de obras meditadas; y como de bocetos tendrá momentos de sensacion y de nerviosa veleidad. ¿Qué obtendrán nuestros artistas? Como fruto de enseñanzas, notas, apuntes, recuerdos, semillero de impresiones, de chispa, de *chic*, más ó ménos acabados; medios y hábitos de improvisar,—algo de una industria selecta—; tal vez estímulos de la fantasía; quizás agujones y fatigas, y, amen de soltura práctica, preparacion si estudiaren, si tuviesen tiempo de hacerlo, para dar algo maduro en ocasion propicia. Y si el tiempo les faltare, por uno ú otro agujon, harán barros, esbozos, cuadros algo instantáneos, y pintarán acuarelas, que es lindísima pintura, pero tan frágil como linda. Vivirán como las modas, unas breves temporadas, y pasarán como ellas dejando tras sí el olvido... Que esto no ocurre hoy; pero puede venir pronto.

La ligereza hecha gracia, el fantasear airoso, ese *pis-aller* con garbo de los artistas brillantes, puede hacer frívolo al arte. Hay que buscarle distincion para su éxito durable; hay que ornarle de estudio de lo elegante y selecto; hay que darle sello típico y alguna grandiosidad; hay que conservar su frescor, y hasta al hacer por artificio, es forzoso señalarse por primores singulares y las dotes de maestro: sólo así podrá lejarse de lo forzado y convencional y de la vulgaridad prosáica. Y solo así se obtendrá aquella artificial poesía, de la chispa sin verdad y de la coqueteria rebuscada. Así concibieron Luis Richter y el humorístico Adolfo Schroster; así Bendenmann en su *Vida Humana*, así Menzel, Charlemond y Eduardo Enghert, y así con sabroso encanto el paisajista Collin, y con su potente fibra nuestro original Fortuny. Los te-

mas para estas obras están en lo popular; en el apólogo y el cuento; en la fantasía legendaria, y en todo mágico brillo. Y el campo donde lucir en el grabado y el estudio, en el cuadro sabroso, en la escultura de ornato y en la pintura decorativa, campos de espléndida chispa. Para ofrecer novedad y no producir fatiga, hay que tener un ideal, y á la vez hacer sentir, sonreír y hacer pensar: así brilla el *humor* germánico, y así la movediza vena, y lucen las genialidades de cien artistas extranjeros.

Sentir y pensar, he dicho: de ello ha menester nuestro arte para aumentar su importancia y para tener larga vida; y lo ha menester también para no caer en lo frívolo. Sin sentimiento y conceptos no será arte del siglo. Pero el concepto ante todo, por presiones del momento. Recuerdo lo que apuntaba, con su singular viveza la fantasía intencionada del malogrado Bartrina:

«--El siglo diez y nueve
nació cabeza abajo.....»

Y que, sin su duda habitual, sin su punzante duda, con pleno convencimiento, lo completaba así:

«Los hijos de este siglo caminamos
llevando el corazón en la cabeza....»

Sentir y pensar he dicho: ¿Puede medrar nuestro arte sin una de estas dos cosas?... ¿No decaerá si le faltan? Temo que en lo adelante, sin sentimiento ó ideas ofrecerá monotonía; que se gastará fácilmente; que si crece la cultura y se forma experto gusto, va á ser gran necesidad el incentivo moral, y que el concepto y el sentimiento atraerán perpétuamente.

Sentir: ésta es la nota que fascina al público aficionado; éste el dulce instrumento que más impresiona al hombre. Hasta al pensador más frío le seduce por momentos. Hacer sentir: hasta el egoísta cálculo llegan las obras que lo alcanzan; y aquí mismo puede observarse, que el sello del sentimiento es elemento de éxito. Por él interesa tanto alguno de nues-

tros paisajistas, que con suave insinuación y melancólica poesía, tiene presa constantemente la masa de nuestro público.

Pensar: no sé qué tiene nuestra época que arrastra hacia la razón el espontáneo frescor, y hasta la verde poesía. Por todas partes se piensa, y el pensamiento que tritura, que tiene por arma la crítica, toma también el arte por campo predilecto. ¡Ay de quien en adelante no piense! Es verdad que entre nosotros parece lujo el pensar con alguna seriedad; pero ¿será siempre así?... Y ¿si algún día nos viniere como importada moda, la moda de pensar?... ¿Qué haría entonces el nuevo arte entre un público que pensara?... Unid á todas las obras una idea ó un sentimiento, y si fueren brillantes, serán grandes, si ligeras, atrayentes; y con aquella y éste nos adiestraremos en pensar, y nos acostumbraremos á sentir en otra selecta forma. Observo ya, que toda obra que envuelve un sentimiento ó un concepto,—una intención punzante,—se hace plaza en el público; y temo que quien no halle uno ú otro de estos estímulos va á perder todo interés. Lo veo y hasta casi lo aplaudo: la obra que nada diga se atraerá indiferencia.

He hablado de algún ideal como base del porvenir. También es preciso hallarle para hacer arraigo al arte. En las escuelas germánicas, desde Carstens y Dannecker, hasta la variedad de hoy, siempre hubo ideales de concepto ó de forma. Tuviéronlos los franceses y belgas, y hasta ingleses é italianos. Así es alemán ó francés el arte de aquellos dos países.

El ideal de creencia, que vivirá mientras haya hombres, es siempre sublime ideal. En el razonar moderno, en el ingerto árbol del positivismo egoísta, no parece tener sombra. Mas el tiempo no pasa en balde, y volverá con el tiempo. Hoy tenemos por gran gala el ser *libre-pensadores*, que en nuestro español sentido, es decir, no pensar nada con vasta profundidad y sin *pre-juicios* limitados. Pero la duda del tiempo se aproxima á la creencia. ¡Dejad que dure la duda, que esta duda hará la luz!.....

Hay otros bellos ideales en el hombre y la sociedad. El alma humana y sus luchas, la frágil carne y sus angustias, la vida y sus agujones, la familia y sus dramas múltiples, la hu-

mana fisiología, la sociedad y sus vuelcos, la política y sus cuadros.....; el vasto Cosmos, en fin, con su faz sublime ó ruda, con sus peregrinos encantos,—con su poesía y su lenguaje, con el vigor de su vida—son ideales sin límite. Y el tiempo, la historia, bajo uno ú otro aspecto, son puntos de apoyo que aceptar, para solidar principios y los conceptos de arte. Y no es esto vaguedad, no es pura filosofía; es realidad palpable, que la poesía transfigura y la literatura pinta.—En el ideal de pátria podemos pensar tambien.

¡Qué bello ideal es la pátria! ¡Qué sólido! ¡Qué durable! Y, sin embargo, el arte nuestro no ha respirado nunca general amor de pátria..... Aparte de los paisajistas que le piden sus impresiones, y de algunos de ellos que la sienten, y aparte de algun aislado lienzo ó reproduccion en figura, apenas se la vé recordada. Yo creo que es pecado ese olvido de la pátria en el arte catalan; que le fuera de gran provecho para tener horizontes, puntos de vista nuevos en que poder explayarse; para hallar fácil estudio y mucha seguridad, y para hacerse acogimiento durable como el amor pátrio, en el país de nuestras obras. Recomiendo el recuerdo. Así se crearia nuestro arte rasgos de nacionalidad; tuviera fisonomía marcada, hallara simpatía pública, y fuera planta natural, verdadera, espontánea é ingénita á la localidad. Por la fuerza de este olvido no ha echado todavía raíces en hondos y profundos sulcos desde hace muchos años, y vivirá mientras dure como materia de lujo, y como planta extranjera al abrigo de cristales. ¿Se quiere dar vuelo al arte? ¿Criar sus obras populares? Pues hacedlas catalanas. Dadles forma nacional. Esto parecen entender, por amor á su país, los artistas valencianos que tienen rasgos comunes; algunos pintores gallegos, y las agrupaciones varias del resto de la península, que dan á todas sus obras castizo y genuino sello de inspiracion castellana. Allí, en el fondo de este espíritu, hay un arte nacional, que ha de vivir por su sello y ser grande por su arraigo (1). ¿Germinará entre

(1) Sobre este punto volveremos con asiduidad al tratar de arte, de literatura, etc.—Es forzoso despertar el espíritu ó el sentimiento nacional.

nosotros el sentimiento de pátria? Es de creer que á la larga ha de suceder así. Los ensayos infecundos del año 50 á 60; los de la literatura y el teatro, perdiendo lo falsificado; los del catalanismo coetáneo,—que como á ideal me interesa, aunque no le veo de lleno por lo poco definido,—han de hallar artistas hábiles que nos le ofrezcan en sus cuadros del pasado ó del presente. Y urge mucho, á mi entender, que se haga con premura para abonar el suelo—por desgracia bien inculto—donde ha de medrar nuestro arte.

La falta de personalidad, que fué achaque comun en muchísimos períodos, contagiada de imitacion de algunas obras notables, ó de autores determinados, es otra cualidad temible, que conviene desviar. En nuestra exposicion de hoy no aparece casi nunca, pero pudiera venir por nuestra propension constante al plagio y á la imitacion. Copiar á los que han copiado á algun autor de valía, es un recurso pobrísimo y plagio de tercera copia, en que se cae fácilmente. Perdida la personalidad por estímulo de imitacion, se pierde hasta el último engendro de espíritu nacional, y queda sumido el carácter de cada personalidad, ó estético individuo, bajo aluvion de átomos extraños é incongruentes. ¿Cómo puede ser nacional—cómo tendrá carácter—un tronco con tantos ingertos?.. Por fortuna los talentos que brillan en primera línea, se presentan bien marcados.... Y los que gustéis del porvenir, rehuid el fatal contagio de las obras de los demás; tened horror á la imitacion, y marcad sin presunciones los caractéres típicos de vuestra individualidad: libad, como la abeja, en ondulante vuelo el almibar de las flores é informad vuestro panal; pero dadnos del panal, no desvanecidos restos de las mustiadas flores. Solo siendo original se ofrecerá novedad y se tendrán rasgos pátrios.

El estudio del natural, que se dá como modelo para toda obra de arte, tiende á perder la verdad en manos de algunos

Lo que el importante discurso de D. Antonio Cánovas, presidente del Ateneo de Madrid, tocó en elevadas regiones especulativas, y por ende prácticas, conviene hacerlo llegar al espíritu teórico y práctico mas comun de nuestros compatriotas, en todas las formas y medios de la cultura.

jóvenes. Lo convencional de receta adquiere entre ellos prestigio. Y esto que son noveles teorías las del realismo en boga. Mas, ¡cosa rara en nuestros días!...: ¡los mismos que batallaron para que volviera el arte á la naturaleza pura, tendrán que verquizás, á los sucesores de su escuela quebrantando sus principios! ¿Qué sucederá entonces? ¿Fué para crear un nuevo arte falso y convencional, para que empleamos tanto empeño? ¿Se ridiculizó para esto las teorías de los maestros, que enseñaban los ideales de la pintura alemana? Digámoslo sin rodeos: para obtener el nuevo tipo—una pura falsedad—preferimos el antiguo: allí, al ménos, habia conceptos, elevacion de sentido, mucho arte y sério estudio hasta para dibujar correcto. Aquí habria ménos todavía; no habria sentimiento ni ideas y hasta la forma fuera falsa. Líbrenos Dios que asi fuera en los venideros tiempos nuestro arte nacional..... Por este nuevo camino se andaria á toda prisa, con los modelos franceses, á la escultura de muñecas y á la pintura de figurines. Y nuestros hábiles artistas deben protestar constantemente con sus ideas y sus obras contra tales falsedades, como hasta el presente hacen. ¿Sería este arte de receta, la baladí forma última del arte del porvenir?....

En nuestro colorir de hoy hay tendencia algo acentuada á un colorido ideal; en el colorir de mañana habrá quizás, falsedad. Aquí está el mayor peligro. Mas parecerá paradoja decir que puede desviarse del color parte de nuestra pintura..... Cuando se da todo el prestigio al color, cuando se pinta la luz, parece un contrasentido: cuando se lucha á claro sol con el astro de la luz ¿habrá en nuestro modo de ver ceguedad ó miopismo? Cuando hay color en todo, en la escultura y el dibujo, en la polícroma arquitectura, hasta en la literatura misma; cuando fascina el color ¿cómo puede dejar de haberle en nuestra brillante pintura, que hace del color su alarde? Veo el pintar con fantasía, con novedad, con brillo, hasta casi con deslumbre, como trasparente esmalte; el colorir con distincion, con elegancia, con gracia, de cuantos fantasean con el pincel; de los que crean armonías y buscan acordes chispeantes hasta fuera de la verdad, siguiendo del color la poe-

sía y atraídos por su ideal; pero veo ménos comun los que buscan el color en la misma realidad, y los que entienden las grandes masas, las armonías valientes, la mágia de los efectos, cual los maestros antiguos. Nuestro colorir moderno nos vino principalmente del influjo de Delacroix y del deslumbre de Fortuny; más sin advertirlo casi, podemos irnos al cromo. Seria sorprendente este influjo, pero fuera de vez natural. Hay cromos por todas partes; hay de los cromos privanza, y acostumbrados los ojos á las tónicas y tonos falsos, podrian irse fácilmente á ellos por pura imitacion. Hé aquí por qué no habria color; por qué el cromo es la falsedad de un procedimiento incompleto, que aspira á copiar el cuadro, sin tener medios bastantes, ni bastantes adelantos. Y seria harto gracioso el singular *vice-versa*, de que fuera la imitacion modelo de su mismo original, con soberano prestigio.... El público que juzga en arte y á quien agrada el cromo, pide cromos al pintor, y aplaude á aquel que los pinta. Y el pintor tras el Mecenas que le aplaude y que le paga, puede hacerse autor de cromos. Pero en esto hay un peligro, un inmensísimo peligro, pues naceria lo convencional de la pintura más falsa; se viciarían nuestros pintores que cultivaran el color, se seguiria viciando el público y naciera el arte de pacotilla con el pintar baladí. Con tal pintura nos iríamos á la pintura de abanicos, de pantallas y transparentes; al puro papel pintado y al colorir chinesco..... Y, á otra mayor desgracia, pues es cosa el color que solo se aprende una vez, y los que en él se malearan perderian su porvenir: dentro quince ó veinte años, ningun artista que así pintára podria hacer ya ningun cuadro como entonces se desee. Solo nos es posible guardar los sistemas falsos para cuadritos de gabinete, que como los que en Roma se hacen por autores valencianos, y se imitan en Valencia, parecen pintura en tapíz,—un tipo nuevo en pintura, y que por cierto es lindísimo, aunque no recomendable;—para ciertos procedimientos brillantes como el esmalte, ó la pintura en porcelana; y para decorar salones, gabinetes y piezas suntuarias, donde podemos admitir una pintura parecida á la Watteau y de Boucher—entre brillante y rosada,—de

sobre-puertas y casetones del siglo XVIII. Que en esto si que puede hecerse algo muy distinguido, con medios convencionales, y en ello tendrán campo vastísimo falsedades primorosas.

Pero, el dibujo, el dibujo que fué siempre otro punto flaco de nuestro arte local no debe descuidarse ahora. El predominio del color le quita en todas partes muy principales adeptos, y esto nos ha de estimular. Aparte de los ilustradores, algunos descuidan el dibujo, sin duda porque no se estiman esta bella cualidad con que se autografían los maestros: la que dá la contraseña de todos los grandes ingénios. No se nota aquel olvido en nuestros buenos paisajistas; tampoco en los que hacen algunas obras de arte con la figura humana; mas alguno que otro la descuida y mira con extremo menosprecio. Entre estos varios artistas que hacen lindísimas cosas, las desmedran y perjudica dejándoles incorrecciones. Y es verdadera lástima, pues solo las faltas de dibujo les cerrará el porvenir, por no resistir séria crítica. Y lo que es original, ni se lo indica la censura, ni lo percibe el público, á quienes engaña el color. De la carencia de dibujo viene la falta de verdad, de vida, de forma real; la falta de *construir* y de humana arquitectura; de grandeza en los trazos y de acentuada seguridad; la insignificancia del contorno y la extremada carencia de lenguaje y de carácter en imágenes importantes. Creeríase que no hay pasiones, ni gráfica expresion en modernas obras y vida, y jamás nunca en el arte se destacaria más frialdad, ni indiferencia mayor por presentar caractéres conmovidos ó agitados. cual en relevantes obras. Hay en algunas, que hoy no vemos en nuestra local exposicion, marcadísimo contraste con las obras de otros tiempos y con las de otros países, y un contraste singular con las de estudiosos artistas que se forman en Italia. Porque allí todos dibujan ó expresan intencion de hacerlo, mientras que el dibujo es aquí calidad excepcional; allí el dibujo es la base, aquí parte secundaria; allí se castiga y trabaja la línea y la expresion; aquí se envuelve á veces la forma viva bajo algodón mullido. Lo que con esto se haría, puede decirse desde ahora: producir formas difusas y aboce-

tadas figuras. Mas piénsese, sin embargo, que nuestro más sólido progreso ha de venir del dibujo.

En la escultura moderna es la obra de fantasía la novedad del siglo. Lo pintoresco, lo animado, lo accidentado y ondulante, que se acerca á la pintura, más bien que á la sóbria plástica, es lo que está en plena boga. Esto viene ya de lejos. Pero Rude y despues Carpeaux, han dado al tipo moderno magistral golpe de gracia. La civilizacion obra en ello con toda la virilidad del espíritu natural de nuestras aficiones románticas. A la clásica frialdad, á la tersura antigua, se han opuesto la pasion, la vida y la realidad sensual. El barro y el mármol palpitan, y en ellos se agita el alma: retoza en ellos la carne con viciosa redondez.

Por nuestra plástica local el número de escultores se ha crecido en pocos años de prodigioso modo. Casi se diría que en Cataluña está nuestra patria de la escultura. Y, en grande y en pequeño, se han hecho notables cosas: algunas tendrán fama, miéntras dejen un fragmento, y haya ojos que le miren. El mármol se prodiga poco; el metal es casi nuevo; pero lo pintoresco se ha hecho plaza por circunstancias de época, y el barro, el tibio barro fácilmente modelable, ha pasado de la *academia* del ensayo inexperto, á la obra de más prueba. ¡Bella materia es el barro! Tan frágil...; pero tan dúctil á amoldarse rápidamente á la improvisacion del concepto, y á las calidades del gusto. La escultura de nuestros dias conoce de ayer el barro; apenas presente con vena el campo precioso que presta para sorprender la vista y fascinar al público. La policromía que permite, llegará á hacer maravillas, con sóbria aplicacion, en cuanto haya quien desvele el primoroso encanto que solo se ha entrevisto. Unido á otros efectos, á otras materias por fragmentos, ¿quién sabe lo que dará?... Es, sin duda, la materia que consiente al ingenio, más sorpresas y artificio, desde el luminoso esmalte de della Robbia y sus émulos, hasta la mágia de efectos menos decorativos. La rapidez del trabajo, la originalidad y la baratura, le han hecho aquí feracidad y popular aficion, como ornato y como arte. ¿Quién no se engrie y se goza con la

improvisacion de un barro, que lleva en una pieza autenticidad y nombre?...

Estas mismas circunstancias son, empero, un perjuicio, que es preciso señalar. Su flexibilidad, su masa, su tinte suave y armonioso, su soltura pintoresca, su espontáneo autografiar, son un peligro, un daño que amaga á nuestra escultura. ¿Quién labrará larga obra con otra dura materia? ¿Quién querrá interesarse con otra penosa labor, si tiene el barro á mano para sorprender con chispa y con figuras improvisadas? ¿Quién gastará paciente estudio, tras la veleidad de la forma, si á la veleidad del día le basta la impresion primera? ¿Quién aguardará el encargo de una obra laboriosa, —en que pierda paciencia y tiempo—, si halla quien pronto le adquiera bocetos y bustos á manta?... Si puede crear y expender, en el día y para el día?... De ésto proviene que ciertos barros prodigados en las vitrinas, y que en los salones se exponen, apenas ofrezcan nada que revele algun estudio; y que varios jóvenes de ingenio vayan descuidando la plástica, para darse á lo pintoresco de bocetos en relieve. Pero en unos cuantos años no van á quedar escultores; la obra de la escultura va á llamarse *Arcillería*, y la plástica irá á ampararse en los aparadores de quincalla. Se harán repentistas en barro, fecundos en pensamientos fáciles, inseguros y faltos de intencion, mezquinos en dar relieve, repetidos y amanerados, llenos de rebuscamiento; escasos de verdad; pintorescos sin interés, y artifices de cuarta línea con obras de aparato. Y en los trabajos de empeño, en las obras monumentales, —que solo ocurren tardías—, se resentirán del oficio y producirán sin grandeza. Es forzoso que se estudie en sério, y que los que trabajen el barro le analicen como forma, como luz y como efecto, como objeto de coloracion, y en sus condiciones naturales, que dan comunes engaños; y que le pongan por vaciados en frecuente comparacion con reproducciones en yeso, que con su desnudo blancor, y su dureza ingrata, descubre graves defectos, que el oscuro barro oculta.

Y, para redondear estos párrafos recordaré el peligro de unos pocos escultores, que ofrecen como lunar cierto barro-

quismo comun, que es otro de sus defectos. Son por fortuna los ménos. Para crear distincion, aire, expresion y vida, gracia y zalamería, han dado en la manoseada costumbre de hacer cabezas espasmodizadas, figuras que piruetean, toreros bravucones y mozas de rompe y rasga que trocaron la sal nativa por la contorsion académica. ¿Por qué esa falta de naturalidad? ¿A qué viene esta afectacion? ¿Ha habido nunca en España tan cómica manera de presentarse en público, ni tanto rebuscamiento para parecer gracioso?... Baste de contorsiones y de epilépticos aspavientos, y hagamos escultura natural, siquiera sea pintoresca...; que en ello ganará el arte con ventaja de los artistas.

Mas, á pesar de estos lunares, y de las exigencias críticas, nuestro arte provincial brilla esplendidamente. Haced que un dia aparezca en preparados concursos, en Exposiciones importantes, y vereis si hay aquí medios, y sávia vigorosa, abundante y procreadora.

*
* *

Para dar importancia y desarrollo á nuestro arte del porvenir es preciso formar el público. Sin atmósfera que le rodee, sin tierra en que se arraigue, continuará como hasta hoy, y no adquirirá desarrollo. ¿De qué servirá el adelanto si no le reconoce el público con patrocinio y apego?... Verdad es que el público nuestro lleva variado mucho, que la aficion apuntó, y se ha despertado en gran modo, hasta producir interés. Ahora 23 años no ofrecia este adelanto. Abriáanse las Exposiciones y el vulgo las visitaba por mera curiosidad. Inaugurábanse cátedras é importantes conferencias, y el público las frecuentaba para juzgar al orador. Y, recuerdo á este propósito, que, cuando nos reuníamos en esta casa, para exponer teorías, ó algun tema de arte, se nos solía preguntar. «¿Para qué sirven estas cosas?...» Y que despues de terminar nuestra difícil tarea, nos retirábamos dudando de si servian para algo, y hasta casi casi, creíamos, que para nada ser-

vian... Tal estaba la opinion. Hoy ya no hay solo curiosos; hay tambien aficionados y colectores entusiastas; y el arte vive en trato diario con la corriente de ideas, y en íntimo y social concierto con la ilustracion local. En esto,—como en otras cosas—, el adelanto es notable: como que en ello han influido las Exposiciones, los concursos, las conferencias y la crítica; las láminas y las imágenes, y la lima sorda y rápida de las corrientes extranjeras.

No todo está por hacer; pero algo falta que obrar, y aun muchísimo por rehacer. El arte vive aquí como transitoria cosa, solo por su novedad; y el público que de él gusta, lo hace en gran parte á ciegas: carece de cultivo artístico, y solo tiene aficion. De esto proviene forzosamente el que el arte viva aquí una existencia artificial: que sea un objeto de puro lujo, y esté sujeto constantemente á la veleidad, ó al capricho de inseguras circunstancias. Un nombre basta á un prestigio; una firma sirve á una obra, como la marca de fábrica á una mercancía industrial. Un simple cambio de bolsa cierra por completo el mercado, con depreciacion del mérito; y una alza favorable improvisa la demanda, como de vulgar mercancía. Por donde se viene en cuenta, que gran parte de la riqueza no siente estímulos de arte, y que la aficion corriente es á solas una moda, ménos frívola, si se quiere, que otras muchas más vulgares, aunque por nada más sólida. Y es penosa circunstancia, que la labor de ingenio y el fruto de la cultura, la flor de la civilizacion, no penetre más allá de la epidermis social. No pretendo imponer el arte como estudio á todo el mundo; no pido que todos adquieran obras bellas y costosas; pero es de desear al ménos, que aquella parte de la sociedad que posee espléndidos medios, y que los luce y prodiga, gaste porcion de su gala en honrarse y adquirir, dando preferencia al arte, sobre muchas otras cosas, por cierto ménos loables.

Y, no se crea por nadie, que me engañe la ilusion, de que llegue á ser el arte un aliciente culto de todos los individuos. ¿Acaso lo es el saber?... ¿Lo es acaso el patriotismo?... Siempre habrá en la sociedad quien por falta de educacion, ó de

sentimiento estético, cuando no por otras cosas, le juzgue obra baladí. Y, siempre vegetarán parásitos rumiantes, á quien plugo á Dios criar solo para formar número; que viven en la baja atmósfera, encerrados en su concha; perpetuamente ocupados por su bolsa *quilotada*, como la pipa ó el rostro de un veterano marino. Siempre habrá cien séres típicos, plástica de humana masa, que conservan la cabeza por remate escultural; perpétuos é ignotos *burgeses*, *conservadores* de sí propios, que resúmen sus hazañas en estos versos sabidos:

«Comí bien, viví mejor, púseme gordo;
» tocante á lo demás híceme sordo...»

Lo que tambien se requiere, es que no vuelvan nunca aquellos caprichos dichosos, y aquellas chocantes modas,—de hace solo pocos años—, en que era *cursilería* el ornar con algun lienzo, aunque fuera soberano, los reservados salones, donde lucía el papel francés aterciopelado y chillon; cuando el menestral con suerte á quien clavó la fortuna en aparatosa penumbra imponía con su mal gusto á la inartística plebe. Es preciso que llegue el dia en que en esta tierra *protectora*, no siga con preferencias el desentonado cromo,—el cromo *librecambista*—, económico y extranjero—, al cuadro hecho en España, con más ingenio y buen gusto. Para dar prestigio al arte es preciso hacer comun el íntimo convencimiento de la importancia que tiene, y del mérito que dá. Es forzoso convencer de que es medio de distincion, signo de alta cultura, exigencia ilustrada de toda persona que valga: de que la civilizacion lo exige; el adelanto lo impone; el progreso—nombre mágico...—no admite como moderno á ningun pueblo anti-artístico; de que el hombre, hasta el más docto, el más rico, sin sentimiento de belleza, y de belleza gráfica, es como el teclado de un clave al que faltare una nota, y quizás toda una octava. Que nuestras casas sin arte están faltas de elegancia y del esquisito lujo, que solo otorga la belleza; y que los lienzos y esculturas dan más lustre que los muebles, y son

gemelos hermanos de la biblioteca y el libro, y del sonoro instrumento de deliciosa armonía.

Para ello se requiere tener un *sexto sentido*, el sentido del arte plástico; —sentido con que no se nace, y que los otros completa—; que se adelgaza y sublima con el contacto de obras, desde el grabado á la estátua, con estas fiestas frecuentes, que nunca hallaré de sobras; y más que todo, con práctica y teórica enseñanza, que nada suple ni iguala.

Que solo así podrá obtenerse el buen gusto hecho público, y la cultura refinada, que para entender en arte se hace de más en más preciso. Y que solo por este medio cesarán los innumerables motivos porque se menosprecian obras, que tienen fundado mérito; cesarán las exigencias porque se glorifican nombres y se desprestigian otros; porque se hacen presiones de cábala, y acabará de una vez, el que por alardes de moral se anulen nombres y obras.

¡Oh, la moral, señores! ¡Cuántas presiones encubre! Pobrecilla moral del arte, ¡cuántas cosas se le exigen! ¡Y el público, que acepta todo, es baladí juguete de capciosas intenciones! ¡Y la ignorancia, y el engaño se ocultan tras la moral! ¡Y una escuela neo-dogmática, que hace de ella su aparato; que á su sombra hecha prestigio, y medra solo á su sombra; que la mancilla al nombrarla—¡tanta repulsion me inspira!—persigue al arte humano sin tregua vistiendo hábitos de mística! (1)...

No discutiré aquí el tema de la moral, harto vasto y alambicado; ni el de la moral del arte, aunque casi se requiere, y presta de sobras campo. Solo diré como guía, que tiene el arte libertades peculiares á su objeto; que es su norma la belleza, positiva ó negativa, pero la entera belleza. Que no ofrece inmoralidad más que en lo de intencion perversa, en la desvergüenza sin velos, en la degradacion de instintos: en

(1) Dejamos los párrafos que siguen con el recuerdo de hechos públicos recientes, y de imposiciones mezquinas hechas en determinados centros; por el recuerdo de teorías y de escuelas, etc., que tenemos á la vista; por análisis de unas y otras, y bajo la impresion desagradable de ruines sorpresas dadas á la sencillez pública. ¡Algunos actos de ayer... no tienen nombre!

lo que el pudor condena á los museos secretos. Que esto enseña el buen sentido, en Nápoles, pongo por caso. Todo lo demás es plausible arte, si tiene belleza real, ó sentido elevado, chispa ó ingenio atrevido, siquiera algo picante. Es un comodín temible, y más de una vez, señores, un peligroso nombre el nombre de *moral*; y en los que de buena fé le emplean aplicándole á juicios de arte, temo que hay en algun modo, y en determinados momentos, cierta rutina de escuela llena de noble intencion; cierta preconcepcion estética que es forzoso corregir (1). Es una presion impuesta, en ocasiones sin número, que tiende á torcer en arte, el sentimiento espontáneo y el sentido natural. Tambien diré como experiencia, que lo inmoral que se censura, proviene frecuentemente de los jui-

(1) A los profesores y críticos, que, como nosotros, tengan por guía la *experiencia*, y basen sus nociones y juicios en la filosofía perpetuamente llamada de *sentido comun*, les observaremos, que nuestras opiniones en este punto se sujetan de lleno á los principios fundamentales de la observacion. Entendemos que el tema de la moral, y el de la moral del arte,—como otros de filosofía general ó práctica, y de filosofía artística,—nos exigen prevision para no confundir nuestros principios con los de las escuelas filosóficas y estéticas, que se apellidan religiosas y místicas, que se entregan á un idealismo exclusivista, y á un restringido, incompleto y fraccionado estudio del buen sentido natural, que ofrecen las teorías de San Agustin, San Buenaventura, Santo Tomás, etc., y de las enseñanzas que podemos entresacar de los Evangelios y las Actas de los Apóstoles, etc.—Con estas escuelas podemos tener de comun los puntos de afinidad de toda filosofía, y algunos de filosofía espiritualista; pero nos separan de ellas la independendencia de criterio experimental; la observacion pura; la oposicion à todo exclusivismo de doctrina, á toda preconcepcion sistemática, guiada por una ú otra parcialidad, y el anhelo incesante de inquirir las verdades relativas en la naturaleza toda, sin restriccion ni acotaciones.—Se requiere ya, que para no vernos envueltos por inesperienza, ni absorbidos por ilusorias simpatías, por las escuelas sedicentes religiosas y místicas, se fijen los lindes de nuestras teorías filosófico-estéticas como base de criterio, y como protesta perpétua de nuestra adhesion por convencimiento, á las profundas y verídicas enseñanzas del hombre y de la naturaleza, en su encantadora lozanía y en su ingénita espontaneidad.—Con lo que en nuestros párrafos apuntamos, creemos estar de lleno dentro la amplia moral filosófica é histórica, que nos enseñan la Etica y la Estética, y que la humana obra perpetuamente corrobora.

cios que se hacen no de las obras censuradas: que es el fruto de impresiones; de disposiciones de espíritu; de estados fisiológicos, de inclinaciones humanas, cuando no de educación, de corregibles hábitos, y hasta quizás alguna vez, de precaminosas propensiones. ¿Cuántos se han pirrado á solas con lo que ántes denigraron?... ¿Lo diré ingenuamente?... Temo más por el espíritu, por la moral del que censura, en centenares de casos, que por el infortunado artista. E involuntariamente exclamo en el secreto de mi conciencia:

Si es varon y algo *echado alante*: «¡Qué amenaza!»

Si mujer, y por fortuna hermosa: «¡Qué peligro!...»

Que es temible cosa ese instinto, esa tosca perspicacia, que descubre fácilmente, por asociacion de ideas, cuando no de sensaciones, realidad donde hay belleza, y sensualidad en la hermosura, y hasta en el encanto ideal.....

¿Y qué vá á ser del arte, de la nítida belleza, de toda concepcion libérrima, si por criterio moral le damos el doble alcance del atrabiliario espíritu, y ese campo indefinido, peligroso é incitante de la interpretacion maliciosa?... En nombre de la moral hay que mandar destruir todas las joyas de precio de la escultura antigua; todos los primores clásicos que las bibliotecas nos guardan, y que en las cátedras se admiran; interesantes porciones de fábricas venerandas, llenas de escenas no púdicas; hay que condenar al fuego los lienzos de los museos con sus desnudas bellezas; toda la literatura, ese delicioso brocado, de española fantasía; esa hidalga zalamera, que nunca gastó cilicio, que no nació en ningun claustro, aunque en ellos se criara; hay que relegar al *Indice* el verdor de la Cruz, y que echar al *Quijote* vindicias como á peligroso libro... ¿Se ha pensado maduramente el alcance de la doctrica?... Pues hay que hacer á la Especie humana,—á la obra del Criador,—numerosas correcciones, que no entiendo necesarias; y no va á librarse de ellas,—como impiamente se ha dicho,—más de un sagrado texto, y por la fuerza de lógica,—¡alcance de la malicia!—ni el secular *Decálogo*..... ¡Oh, ligereza supina de la moral novísima!.....; moral de comodín, con más tupé y más solapa

que un lechuguino romántico; moneda de nuevo cuño; moneda falsificada!... Dejad libertad al arte; dad espacio al espíritu, y que el suelto ingenio vague con sus bríos naturales: que no es el mundo un seminario, ni es la humana vida un monjío, con escrúpulos pueriles...



Más que una moral insólita debe preocuparnos, señores, el porvenir de nuestro arte. Los elementos que hoy tenemos son de pobrísima base para concebir esperanzas. Donde la existencia del arte es artificial y ficticia, ¿que puede asegurarse con hipotética certeza? Donde el arte es solo moda y anda sujeto al capricho; donde una valoración le anula ¿qué puede esperarse en serio? ¿Hay que rodearse de ilusiones y dormirse en esperanzas? Tal como nuestro arte vive, no tiene existencia local; ni posee tierra, ni atmósfera en que poder arraigarse y extender ufana copa. Un cambio social ruidoso, —por no decir cambio político,— puede distraer la afición; una moda hecha patriótica, puede rodcarle de olvido; un período de emociones puede distraer la afición; una crisis prolongada, ó una depreciación de riqueza, la pública agitación, las contrariedades seguidas, le condenarian á lenta muerte. Y aquí, donde el azar impera, es preciso pensar algo para mediatos días. Es cuestión de patriotismo; y, aunque sin gran aparato, lo es de sociología. ¿Qué harían los doscientos artistas en difíciles períodos, con su ingenio ó su artificio?... Cruzar como las golondrinas las altas crestas patrias, llevando sobre sus alas el equipaje ligero. Y ¿qué haría la cultura de nuestro adelanto artístico? Dar con el arte al olvido y volver al tiempo viejo.

Para evitarlo en algun modo, hay que crear nueva atmósfera y formar el gusto público; pero hay que prever algo más, hacer el arte necesario; ingerirle en la cultura, y, como la literatura hacerle, por el sentimiento y el concepto, aliciente del alma humana. Y, bajo sólidos aspectos infiltrarle poco á poco en la decoración casera; llevar, por decirlo así, nuestro

arte á domicilio, en los objetos muebles y en las piezas suntuarias, y aplicarle decorativo de estancias y gabinetes,— como en el pasado siglo,—de salones suntuosos y de lujosos aposentos. Sin olvidar el móvil cuadro, y la escultura aislada,— primores del arte plástico,—hay que empezar muy en serio la aplicacion de nuestras artes—á sus perpétuos elementos— al ornato y la decoracion de la morada doméstica. Solo así podrá arraigársele, mientras los tiempos no cambien, y crearle un campo fijo de medro y de utilidad. Y la nacionalidad dará al arte fisonomía peculiar. Mientras esto se realiza, hay que activar de una vez la vulgarizacion del arte en Escuelas especiales, metódicas y de enseñanza rápida, como los tiempos permiten, y crear instituciones de fomento y proteccion; que tengan en accion continua la curiosidad voluble, y la movilidad de espíritu de nuestro nacional carácter. Que fuera ilusion extrema querer confiar al tiempo lo que el azar puede arrancarnos, y dejar á la ventura los progresos obtenidos. Y, que es preciso no olvidar, que las favorables épocas, no duran á la perpetuidad, y que la cultura se impone,— como toda obra humana,—por fuerza de la costumbre y por presiones especiales. Que la civilizacion es obra de naturaleza activa; pero, lo es tambien de azar, de habilidad é influencia, y en una parte principal, obra de imposicion, y de imposicion tenaz.

*
* *

Uno de los grandes medios para la cultura de arte le sigo viendo en su crítica.

Hace más de quince años que tuve la casual fortuna de hacerla crear en la prensa de nuestra localidad, y en otro punto de España. Entonces imaginaba que era el único medio de hacer llegar al público, con el roce cotidiano, la curiosidad del arte. Y, luego creí que se haria un rápido aliciente, de la inmensa masa pública, que se ilustra con la hoja diaria, que, en estos tiempos de anemia, para restaurarse toma el refrigerio matutino con extracto de periódico. Despues he se-

guido convenciéndome de lo eficaz de este influjo y de cuánta fortuna se llega por ténues medios á los grandes resultados. Todos nuestros periódicos hicieron pronto del arte un importante tema de artículo y de noticia, y con su diario bregar han logrado darle visos de asunto trascendental. Aplaudamos, pues, la hoja que estos beneficios produjo, y demos por ello á la prensa nuestros plácemes cumplidos! Que la prensa hizo en seis años lo que todas nuestras cátedras, y nuestras Academias juntas no habian logrado en un siglo.

Hoy la crítica de arte puede producir con el periódico inestimable bien, por el camino emprendido, manteniendo de continuo calor latente é interés en la masa popular. Pero ha de tratar con parsimonia de todas las obras que juzgue; de las individualidades artísticas, mentándolas imparcialmente, tendiendo á darles prestigio, y propendiendo á que el ingenio se desenvuelva y medre; á fin de que paso á paso se formen espíritu y cultura artísticas; base de criterio hoy, inteligencia mañana, y un día, quizás, arte local con caracteres patrios. En esta asidua tarea debe procurar, sin embargo, no aventurar opiniones que tuerzan el criterio público; no herir prestigios y obras cuando nos conviene estímulo; no captarse perenne aversion de los que cultivan el arte; no desviar de su marcha,—de su originalidad y buenas prendas,—á los jóvenes que empiezan,—como alguna vez sucede; no soltar juicios de arte técnicos y de especialista—que en general no domina; no forjar filosofías ni planes profesionales, para que no está preparada; no rodearse del vacío, haciendo estéril su trabajo.

Y, hago hincapié especial en la parsimonia crítica, por qué es contraria la vehemencia para crear armonía y preparar porvenir,—sobre todo en los comienzos,—y por qué á la censura acre no hay arte que resista, no hay humano trabajo,—ni siquiera el del crítico,—que pueda quedar incólume; ni resistente edificio de la más preclara ciencia que no se conmueva y cuartece con un poderoso ariete. Y, porque imagino también, que es parte la habilidad en todo conato de adelanto, en

toda pública enseñanza; que hace más cierta diplomacia, que todas las armas en campaña, por la reacción de aversiones que dejan en pos de sí. Y porqué, á lo que yo entiendo, tiene la crítica otros móviles aparte de la fría censura. Aunque tal vez no se ha escrito ¿no debe también ser patriótica? ¿No debe ser fraternal? ¿No ha de llamarse protectora, y no debe gloriarse en mucho de ser algo humanitaria? ¿No está obligada á transacciones en beneficio comun, ó por interés parcial de quien se confía á su prestigio? ¿No ha de posponer su criterio en más de una ocasion; declinar su acción severa, y hasta con ojo indulgente, olvidar, cuando es leal, hasta un tanto de conciencia? ¿No debe anularse el crítico, con todas sus preferencias en pró de sus conciudadanos, y hasta á relativas condiciones de las personalidades que juzga? ¿Y no ha de tener en cuenta las poco afortunadas presiones que á los artistas rodean; la pública bien andanza, y las duras contingencias de la economía privada? ¿No se habla de todo esto en moral, en las ciencias sociológicas, en las teorías protectoras de pública economía, en filosofía, en creencia y hasta por la experiencia patriótica? ¿Por qué no ha de hablarse en crítica?... Recuérdese, que algun suelto crítico, envuelve más serio asunto que todos los juicios doctos; que un solo artículo crítico basta para imponer al público, y cegar cien esperanzas; y que la hoja periodística es nociva cuando hiere,—abroquelada en su influjo, segura de su victoria,—á los que por no tener periódico, por ser juzgados y no jueces, no hallan medios de defensa. Entonces ¿puede decirse?... parecerá censurable toda virulenta crítica, y hasta tomará apariencias de injusta y de poco hidalga, si se ceba en gente inerme; en desarmados grupos de escritores ó de artistas, que no han de tener desquite, que nunca tienen influjo, que no serán nunca gobierno, ni es fácil sean potentados. Dejemos algo al criterio de la razón mesurada, y hasta algo al buen sentido, al humanitario espíritu, y á la armonía social de las doctrinas que aprendemos.

En las tres fases, ó aspectos, que puede tratar la crítica,—el general y popular, el crítico filosófico y el especialista téc-

nico—, debe elegir el primero, por único campo de acción. ¡Que no es poca tarea por cierto la de tener siempre ocupada, con constante interés, á una no perita masa, y á un impresionable público! Más debe abandonar,—salvo excepciones—, los dos últimos aspectos,—el filosófico y el técnico—para cuando con base sólida pueda tratarles en serio.—Y, entiéndase desde ahora, que sigo haciendo distingos.

Una crítica formada en su inmensa mayoría, de mera impresión y aficiones, no es más que una ocupacion loable; una tarea distinguida,—y si se quiere ilustradora—, de la flor de los *dilettanti*. Venida de las Universidades y de otras Escuelas teóricas, es vaga y nunca técnica: aprendida en cien libros, en artículos y revistas, es tán inexperta y dudosa, como toda aquella ciencia estética, y aquellas teorías de arte, que por teóricos se escriben para dar guía á los artistas. Y, aunque á todo ésto se una, loable pasion de arte, y la costumbre de ver mucho, en talleres y exposiciones; en nuevas y antiguas obras, no se logra obtener más, que la flor de la aficion, la nata y crema de la cultura, que crea censores del vulgo, pero nunca profesores de los que aspiran á ser artistas; correctores de quien enseña á los que intentan censurarles; ni formuladores de juicios graves, de principios trascendentes, ni de metódicos principios, corregidos y depurados por disciplinado estudio y algun sólido sistema.

Que esto es, cuestion de ejercicios prácticos, prolongados y con guía experta; efectuados en las Escuelas, en los talleres de enseñanza, en los museos y colecciones, y ante la naturaleza y el modelo; de notas empíricas numerosas recogidas y condensadas para comparaciones sin fin, y más despues resumidas y con mesura formuladas en teorías generales. ¡Que solo á costa de este trabajo, experimental y especialista, se logra ser crítico de arte, para decir algo propio, original y trascendente,—si se tiene ojo experto, fino sentido artístico, intuicion casi genial y madurez analítica, redondeados por complemento con modelos de alta crítica y sabias filosofías! Y que esas ciencias teóricas; no fundadas en experiencias; no científicas de hechos; formadas por el entendimiento, con

algo de imaginación, y condensadas de libros—donde hay premisas falsas en mezcla con ideas sólidas—ha de claudicar por completo, cuando se le dé por cotejo la laboriosa obra de hechos acumulados y comparados por grupos: una obra parecida á la *experimentación* naturalista—: la forma del porvenir de toda ciencia perpétua, de todo arte durable, de todo el saber humano—, que ha de rehacerse en gran parte.

Se ha dicho que la crítica nace cuando acaban los objetos peculiares á su estudio,—queriendo aplicar el dictado, al arte y á la creencia—; mas esto que la literatura niega, y niegan las ciencias todas; que en filosofía y religion es aventurado principio, con intenciones de trastienda; es tambien erróneo en arte como nuestros tiempos prueban. Lo que se puede afirmar es, que la crítica medra cuando florece el arte—; y tomando pié de esto podemos decir sin pena, que hoy, que nuestro arte crece, ha de estar aun en mantillas la primeriza crítica. Por esto en quince años, apénas ha enseñado nada, casi nada ha corregido, ni cosa sólida ha formulado para el presente de los artistas, ni el porvenir del arte. Y, como carece de base sólida, de cimientos bien fundados, hace todavía ensayos,—peninos, algunas veces, como parvulillo aun débil,—y se esfuerza en vivir con el natural conato de cuanto nace en el planeta.

Nuestra crítica nacional—sigo hablando en conjunto—no tiene nociones fijas; puntos de criterio sólidos; formas expertas de ejercicio; nocion clara de seleccion; justeza en clasificar; tersura y nitidez de análisis, ni puede aun distinguir lo personal del que juzga, de lo peculiar de las obras, y ménos aun de los autores; ó para decirlo en otras formas, la crítica *objetiva* de la impresion subjetiva; las aficiones del censor de las calidades censuradas; y ménos fácilmente señalar, dentro terminologías genéricas,—que son cifras incomensurables,—los matices peculiares á cada individualidad,—que exigen aproximacion; ni presentar en síntesis,—y en síntesis coloridas, con entero cuerpo y relieve—, las personalidades que juzga. ¿Y, cómo ha de enseñar ó corregir lunares, y distinguir caractéres?...

Por innumerables datos me he llegado á convencer de que, la razon, el sentimiento y la fantasía de un censor, venido de fuera del arte, no formado plásticamente, son en un todo distintos, en tendencias y aspiraciones; en alcance y modo de ser, de los del pintor y el escultor, que forman como un organismo criado con la educacion—; que el músico y el poeta, ó el literato de otro órden, que hasta el arquitecto mismo, conciben é imaginan, sienten y representan, con variadas impresiones,—con imágen vaga ó detallada—las formas gráficas que conciben, y hasta las materiales que ven; que el artista es por su sér afecto á un ideal, apasionado de un tipo formado en su fantasía, y á veces apasionado con parcialidad que choca—¡que solo por esto es artista!—; y que este apasionamiento, es poco acomodable al crítico, que acaso no se lo explica—, y contrario al concepto vago, general y por todos lados ecléctico, flexible y condicional, de otro cualquier individuo, no formado para el arte. Y que, en fin, dejando á un lado observaciones y datos, hijos de la experimentacion (aproximando el vocablo)—, me he llegado á convencer, de que, para *ver* en arte con toda seguridad, es preciso otros ojos, formados con doble vista, y distintos en gran parte de los ojos naturales: los ojos del entendimiento con algo de fantasía, y mucho de sensibilidad, que se adquieren por puro hábito, y con los estudios de arte. ¡Cuántos imaginan ver, y sabe Dios lo que ven!... ¡Cuántos miran la realidad, el espacio luminoso, el color de los objetos; cuántos los cantan y pintan con la palabra ó la pluma, y quedarian asombrados si se fijaran en sério, de que no ven plásticamente lo que por visto imaginan!... Y, á esto llamamos ver, y con estos ojos juzgamos... ¿Qué han de dar nuestros juicios de arte?...

Nuestro ejercicio crítico, como toda enseñanza gráfica constituye profesion y requiere largo estudio é informada madurez, y solo á ella están dispuestos para trabajar con provecho, los que adquieran aquellas prendas, por los medios que he indicado. Nuestro Padró, por ejemplo, era un finísimo crítico, que así sabia pintar á los que ejercian la profesion, como juzgar en arte; Thorwaldsen y Flaxman sentian más la anti-

güedad y juzgaban con más criterio las artes de los días de Alejandro, que todos los críticos juntos,—como que sabian imitarlas en mármoles, en dibujos y en lecciones admirables; Hittorf y Viollet-le-Duc; Etex, Soldi ó Cárlos Perkins han hecho más técnicas críticas de varias especialidades, que cuantos les han imitado viniendo de otras enseñanzas; y Ruskin ha dado pruebas, entre los críticos de arte ingleses, de que hay más doctrina en sus apuntes, —aunque á veces sea parcial—, que en cuantos literatos le emulan en las británicas Islas. Así lo expresan sus compatriotas; probándonos unos y otros, que para hacer crítica séria, correctiva y especialista, técnica por todos conceptos, hay que tener dominio entero, habitual penetracion, de impresion y de detalle, y fuerte y arraigada experiencia.

¿Cómo ha de ser de otro modo cuando se trate de arte? ¿Acaso le ocurre á nadie que juzgue de medicina quien no domine esta ciencia? ¿Que discuta farmacopea quien no sea docto en farmacia? ¿Que haga crítica de otras cosas, natural ó astronómica, quien no se precie de perito astrónomo ó naturalista?... ¿Y, será distinto en arte?... Bastará ver y sentir con más ó ménos acierto; juzgar por pura impresion,—tan variable en todas cosas—; tratar de arte con cultura; con terminología *cursiva*, y escribir con suelta pluma lo que se siente ó se piensa?... Sigo creyendo que no.

Mas, si no es posible escribir hoy técnicas críticas en sério, que hay que dejar al porvenir, es posible continuar una crítica más modesta, para un público no iniciado, y dar con ella ilustracion y fama, y apoyo notorio al arte.

Si me fuera dable ver, reunidos aquí esta noche á nuestros críticos de arte, le dijera:—«¡A la obra!—y como gloriosos heraldos convocad sin tregua al público con las sonoras trompetas: ¡Acordes! ¡Todos á una! ¡Que así estais admirables!...»

Mas, no querais adelantaros á divulgar nada más; no pretendais descubrir ciertos reservados misterios, que el arte entre velos oculta, si no quereis que sonrisas de malicia ó sencillez pongan en duda visible el mérito de vuestra empresa.



BIBLIOTECA

OBRAS REGALADAS

D. GUGLIELMO GUGLIELMI.

Fleury.—Histoire eclesiastique.

Charron.—De la sagesse.

D. LUIS M.^o VIDAL.

Vidal.—Aguas termales de Caldas (Memoria geológica).

— Yacimiento de la aerinita.

— Nota sobre el género fistulana (Bruguiere) y descripción de una especie nueva del grupo numulítico.

— Cuenca carbonífera de Seo de Urgel.

D. CELESTINO BARALLAT Y FALGUERA.

Barallat y Falguera.—Investigaciones sobre el Sinaí, coordinadas en vista de los datos más recientes.

Barallat y Falguera.—Lohengrin, poema de ópera escrito por Ricardo Wagner, y vertido al español por el donador.

Mistral.—Mireya, poema provencional puesto en prosa española por el donador.

EL SR. CÓNsul DE MÉJICO.

Mata.—Anuario universal de Mexico.

D. JUAN PEREZ DE GUZMAN.

Perez de Guzman.—La Discusion parlamentaria del tratado de comercio con Francia, bajo el punto de vista del trabajo y de la riqueza nacional.

DE LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO.

Discursos leídos en las recepciones y actos públicos, tomo 1.º

Id. de los Sres. D. Francisco de Cubas.

- » Antonio Ruiz de Sálces.
- » Elias Martin.
- » Francisco Sans.
- » Simeon Avalos, actual Secretario general de dicha Real Academia.
- » Francisco M.^a Tubino.
- » Manuel Cañete.
- » Juan Facundo Riaño.
- » Manuel Oliver y Hurtado.
- » Francisco Fernandez y Gonzalez.
- » Juan de Dios de la Rada y Delgado.
- » Jerónimo Suñol.

Discursos inaugurales y resúmenes de actas de los años 1867 á 1868, 1868 á 1869, 1869 á 1870, 1870 á 1871, 1871 á 1872, 1872 á 1873, 1873 á 1874.

Discurso del Sr. Barbieri para solemnizar la agregacion de la seccion de música.

Discursos del Sr. Director, trienio de 1872 á 1875, setiembre de 1875 á fin de 1876, 1877, 1878, 1879, 1880.

Hernandez.—Compendio de la Historia militar de España y Portugal, tomo 3.º

Sereñana y Partagás.—La prostitucion en la ciudad de Barcelona.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Balaguer.—Discursos leídos ante la R. A. española en la recepcion pública de D. Víctor.....

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS.

Campo-grande.—Discursos leídos ante la R. A. de Ciencias morales y políticas en la recepción pública del Excmo. Sr. Vizconde de..... Contestación del Excmo. Sr. D. Fernando Cos-Gayon.

Ferran (Ignacio M.^a).—Cartas á un arrepentido de la Internacional.—El comunismo, el derecho al trabajo, la libertad del trabajo.

Ferran (Ignacio M.^a).—Cartas á un arrepentido de la Internacional.—Las huelgas de trabajadores, las asociaciones de obreros y las cajas de ahorros.

Ventosa (Ricardo).—El comunismo, el derecho al trabajo, la libertad del trabajo.

Ventosa (Ricardo).—Las huelgas de trabajadores, las asociaciones de obreros y las cajas de ahorros.

PORCAR Y TIÓ.

Porcar y Tió.—Nueva teoría sobre el origen y naturaleza de la luz.

D. C. BUIGAS MUNRABÁ.

Buigas Munrabá.—Concurso nacional libre.—Monumento á Cristóbal Colon.

D. SALVADOR ARMET.

Serrate y Armet.—Hamlet, la tragedia y la ópera.—G. Shakespeare y A. Tomas.

Armet.—Estudi sobre lo cant-plá ó gregoriá.

SR. MONNER SANS.

Monner Sans.—Las justicias del rey santo.

D. G. VILLEGAS.

Lopez de Anitua.—Ocios de mi juventud.

EL INSTITUTO DE FOMENTO DEL TRABAJO NACIONAL.

- Discurso del Sr. Conde de Toreno.
 Contribucion industrial.—Reformas.
 Catálogo de la Exposicion industrial artística.
 Principios de Economía política (Borrego).
 Catálogo de la Exposicion de labores del año 1874-75.
 Discurso de D.^a Dolores Moncerdá.
 Tratado elemental de Economía política.
 La Proteccion y el Librecombio.
 Apuntes de D. J. Buxeres.
 Manifestacion proteccionista del partido de Vich.
 Coleccion de leyes y disposiciones administrativas útiles á los industriales.
 La reforma arancelaria.
 Exposicion presentada á la Asamblea constituyente por una comision de Cataluña.
 Informe sobre un proyecto de tratado especial de comercio con Inglaterra.
 Manifestacion proteccionista celebrada el dia 4 de Abril de 1881.
 Contestacion de la Junta de fábricas de Cataluña.
 Manifiesto que dirige al país en general y á los diputados y senadores en particular, el Instituto de Fomento del trabajo nacional, año 1882.
 La verdad sobre la cuestion de los vinos y el tratado de comercio con Inglaterra.
 Exposicion que dirige á las Cortes la Sociedad Económica de Amigos del País, de Barcelona.
 Catálogo general de los objetos que figuraron en la Manifestacion de productos catalanes.
 Exámen de la crisis actual, por D. Juan Güell y Ferrer.
 Catálogo de los objetos presentados en la Exposicion de Artes decorativas celebrada en el local del Instituto de Fomento.
 Memoria presentada por la Directiva del Fomento de la produccion racional á la Junta general de 18 Enero 1874.
 Exposicion elevada por la Junta de fábricas de Cataluña.
 La cuestion lanera.—Estasen.
 Contestacion de un artículo sobre libertad de comercio, por Alcalá Galiano (Antonio).
 Tratado de comercio con Francia, por D. Juan Perez de Guzman.
 Tratado elemental de Economía política, por Herve-Bazin.
 La controversia económica, por D. Genaro Morquecho.
 Calificacion de los carbones de la provincia de Teruel.
 A los contribuyentes.
 Exposicion al Excmo. Sr. Ministro de Hacienda.
 La libertad y la esclavitud del trabajo.

- Discurso del Excmo. Sr. D. José Ferrer y Vidal.
 Consideraciones sobre la crisis europea, por D. José Ferrer y Vidal.
 Cataluña en la Exposicion universal de Viena.
 Reglamento para las fábricas de hilados.
 Contestacion de D. Claudio Arañó.
 Manifestacion proteccionista del dia 4 de Junio de 1881.
 Memoria sobre los perjuicios que se irrogan á la industria y al comercio por las tarifas de la contribucion industrial.
 Contestacion al interrogatorio acerca de las clasificaciones.
 La libertad de los pueblos se debe á los reyes.
 Comercio de Cataluña, por D. Juan Güell y Ferrer.
 Catálogo de la Exposicion Industrial y Artística, año 1860.
 Barcelona antigua y Barcelona moderna.
 Un llibre del poble, ó lo cami de la fortuna.
 Conferencia sobre la filoxera.
 Del derecho al trabajo, por D. Leon Faucher.

D. RAFAEL M.^a DE LABRA.

- Labra.*—Política y sistemas coloniales.
 — El Ateneo de Madrid: sus orígenes, desenvolvimiento, representacion y porvenir.
Smiles.—Los hombres de energía y coraje.
Labra.—Una villa del Cantábrico (Gijon).
 — La libertad de los negros de Puerto-Rico.
 — Las colonias de Inglaterra en América.
 — El principio de intervencion.
 — La doctrina liberal.
 — Los diputados americanos en las Córtes españolas (1872-1873).
 — D. José María Orense (estudio biográfico).
 — El negro Santos de Santo Domingo.
 — La revolucion norte-americana.
 — Introduccion á un curso de historia política contemporánea.
 — Asturias (De Madrid á Oviedo).
 — La experiencia abolicionista de Puerto-Rico.
 — La abolicion de la esclavitud en el orden económico.
 — Portugal y sus códigos.
 — Las armas en Madrid.

LIBROS REGALADOS POR EL SR. HERIZ.

- Ferraris.*—Annuario delle science giuridiche sociale et politiche, 1880
 1881.

Annuaire de l'observatoire royal de musique de Bruxelles, 1877 1880.
Vilanova y Piera.—Orígen, naturaleza y antigüedad del hombre, 1872.
Guillemin.—Les applications de la physique aux sciences, à l'industrie et aux arts, 1874.

Bianco.—Fac-simile dell' Atlante, 10 lám.

Visconte di Genova.—Fac-simile del Portolano, 7 lám.

Fra Mauro.—Fac-simile del mappamondo, 4 lám.

Leardo.—El Planisfero, 4 lám.

G U I A S . { *Bædeker*.—L'Allemagne et l'Autriche.
 — Italic centrale, Rome et ses environs.
 — La Suisse
 — Malte, Tunis et Corfou.
 — Libourne, Florence et Ravenne.

D. ALVARO LOPE ORRIOLS.

Barbé.—La Desconsoalada, version española del donador.

D. J. CIRERA Y SAMPERE.

Cirera y Sampere.—Guia de las familias, ó sea Compendio de preceptos higiénicos con relacion á la mujer y al niño.

D. FRANCISCO LLAGOSTERA.

Llagostera.—Aforística catalana ó sea Colección de refrans populars catalans.

DIPUTACION PROVINCIAL DE BARCELONA.

Memoria presentada por una Comision de señores Diputados, á consecuencia de la informacion pública, abierta para mejorar la situacion de la agricultura, la industria y el comercio de la comarca.

EXCMO. SR. D. MANUEL DURÁN Y BAS.

Duràn y Bas.—Reynals y Rabassa, estudio biográfico y literario.

D. EDUARDO TÁMARO.

Támaro.—Guia histórico-descriptiva de la Santa Iglesia Catedral basílica de Barcelona.

D. JOSÉ ELÍAS DE MOLINS.

Elías de Molins.—Importacion de los arroces de la India y Filipinas.

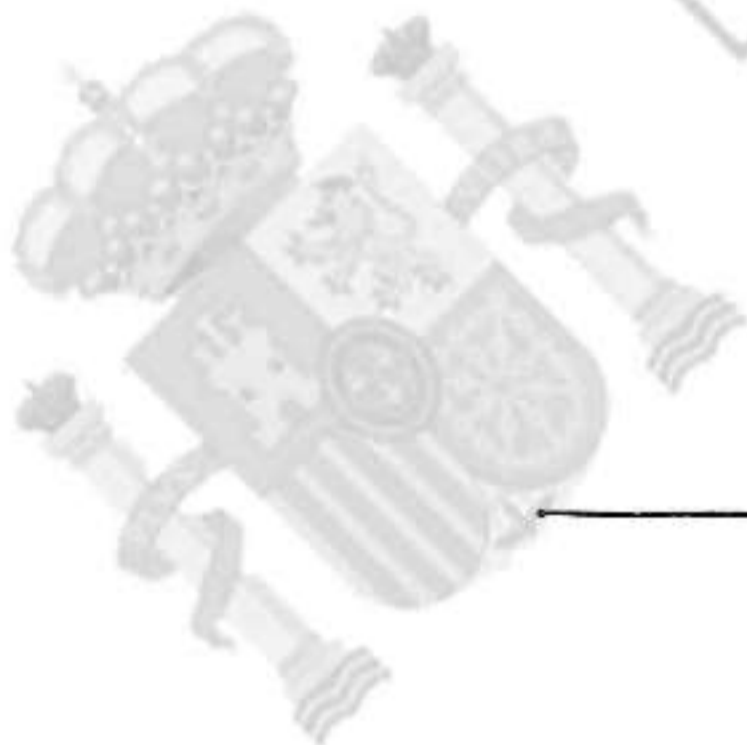
Proyecto de presupuestos municipales de la ciudad de Barcelona, para el ejercicio económico de 1883 á 1884.

Memoria explicativa del proyecto de presupuesto especial de ensanche, para el ejercicio económico de 1883 á 1884.

Catálogo del archivo y biblioteca del Instituto de Fomento del Trabajo Nacional.

Jochs florals de Barcelona, any 1883.

Homenaje que la ciudad de Barcelona tributó al Excmo. Sr. D. Antonio Lopez y Lopez.



OBRAS ADQUIRIDAS

Ariño.—Manual de mecánica aplicada.

Balfour.—A treatise on comparative embryology.

Bernard.—I et II. Leçons de physiologie expérimentale appliquée à la médecine.—III. Leçons sur les effets des substances toxiques et médicamenteuses.—VI et VII. Leçons sur les propriétés physiologiques et les altérations pathologiques des liquides de l'organisme.—VIII. Introduction à l'étude de la médecine expérimentale.—XII. Leçons sur les anesthésiques et sur l'asphyxie.—XIII. Leçons sur la chaleur animale, sur les effets de la chaleur et sur la fièvre.—XIV. Leçons sur la diabète et la glycogénèse animale.—XV. Leçons de physiologie opératoire.—XVI et XVII. Leçons sur les phénomènes de la vie communs aux animaux et aux végétaux.—XVIII. La science expérimentale.

Bertillon.—La démographie figurée de la France ou étude statistique de la population française.

Blanc.—Grammaire des arts décoratives.

Blyth.—Foods: their composition and analysis.

Bouché-Leclercq.—Histoire de la divination dans l'antiquité.

Boudin.—Traité de géographie et de statistique médicales et des maladies endémiques.

Boulger.—History of China.

Bravo y Tudela.—Año cristiano, mes de Julio.

Cantani.—Patologia e terapia del ricambio materiale.

Cauchy.—Œuvres complètes. Tomo 1.º

Charlton Bastian.—Le cerveau organe de la pensée.

Colección legislativa de España, 1814-80.

Curtius.—Histoire grecque.

Dozon.—Contes populaires albanais.

Durrieux.—Du divorce et de la séparation de corps.

Duruy.—Histoire des romains. Tomo 4.º

Escosura.—Memoria sobre Filipinas y Joló.

Feer.—Contes indiens.

Figuier.—Les merveilles de la science.—Les merveilles de l'industrie.—
L'année scientifique. Años 24 y 25.

Guia oficial de España para el año 1883.

Guerin.—Description géographique, historique et archéologique de la Palestine.

Hayem.—Revue des sciences médicales, 1876-81.

Herbert Spencer.—Descriptive sociology.—I. English.—II. Ancient american races.—III. Lowest races, negritos, polynesians.—IV. African races.—V. Asiatic races.—VI. American races.—VII. Hebrews and phœnicians.—VIII. French.

Hervé Mangon.—Travaux, instruments et machines agricoles.

Hoceja y Rosillo.—Manual de entomología.

Leclerc.—Histoire de la médecine arabe.

L'économiste français, 2.^o semestre 1879.

Leger.—Contes populaires slaves.

Legrand.—Contes populaires grecs.

Lombard.—Traité de climatologie médicale.

Martinez Alcubilla.—Anuario de 1882.

Menard.—Histoire artistique du métal.

Nuova antologia, 1876-78.

Pavy.—A treatise on food and dietetics, physiologically and therapeutically considered.

Perales.—Tradiciones españolas. Valencia y su provincia.

Piarron de Mondesir.—Calcul des ponts métalliques à poutres droites et continues.

Picatoste.—Manual de fotografía.

— La estética en la naturaleza, en la ciencia y en el arte.

Puymaigre.—Romanceiro portugais.

Quatrefages et Hamy.—Crania ethnica.

Réclus.—Nouvelle géographie universelle. L'Asie orientale.

Renan.—Marc-Aurèle et la fin du monde antique.—Le livre de Job.—Le cantique des cantiques.—Histoire générale et système comparé des langues sémitiques.—Etudes d'histoire religieuse.—Averroès et l'averroïsme.—Essais de morale et de critique.—Mélanges d'histoire et de voyages.—Questions contemporaines.—La réforme intellectuelle et morale.

Revue philosophique 1876-78.

Rivière.—Contes populaires kabyles.

Roberty.—La sociologie.

Roller.—Les catacombes de Rome, histoire de l'art et des croyances religieuses pendant les premiers siècles du christianisme.

Rotureau.—Des principales eaux minérales de l'Europe.

Saulcy.—Jerusalem.

Soler.—Manual de derecho mercantil.

Sutter.—Esthétique générale et appliquée contenant les règles de la composition dans les arts plastiques.

Tiele.—Histoire comparée des anciennes religions de l'Égypte et des peuples sémitiques.

The encyclopædia britannica, a dictionary of arts, sciences and general literature.

Thomas.—Hamlet, para piano solo.

Wagner.—Tannhäuser, para piano solo.

— Lohengrin, para piano solo.

Zapater y Jareño.—Manual de fotolitografía y fotograbado.

Hoceja y Rosillo.—Manual de entomología, v. II.

Plá y Rave.—Manual del maderero.

Boletín del mapa geológico de España, vol IX, cuaderno 1.^o

Jacoud.—Dictionnaire de médecine et de chirurgie pratiques, tomo 33.

Wurtz.—Suplemento núm. 5 al Diccionario de química pura y aplicada.

L'Art, segundo trimestre de 1882.

Bravo y Tudela.—Año cristiano (mes de agosto).

Daremberg y Saglio.—Dictionnaire des antiquités grecques et romaines (entrega 8.^a).

Martinez de Velasco.—La Corona de Aragon (Páginas de la Reconquista); del año 850 al 1350.

Mortillet.—Le Préhistorique antiquité de l'homme.

Guyot.—La science économique.

Sully.—Les ilusions des sens et de l'esprit.

Saporta et Marion.—L'évolution du regne végétal. Les Cryptogames.

Candolle.—L'origine des plantes cultivées.

Block.—Annuaire de l'économie politique et de la statistique, 1882.

Suplemento quinto al Diccionario de la conversacion.

L'Art, tercer trimestre de 1882.

Dictionnaire encyclopédique des sciences médicales, tomo 18, 1.^a parte, y tomo 27, 1.^a y 2.^a parte.

Dictionnaire encyclopédique des sciences médicales, tomo 28, 1.^a parte, y tomo 9, 1.^a parte.

Réclus.—Nouvelle géographie universelle, tomo 8.

Lanessau.—La botanique.

Young.—Le Soleil.

Gotha.—Almanaque (1883).

Enciclopedia británica, tomo 14.

Durny.—Histoire des romains, tomo 5.

Gironi.—Manual del tejedor de paños.

Suarez Saavedra.—Tratado de telegrafía.

Jordana y Morera.—Manual de podas é ingertos de árboles frutales y forestales.

Figuier.—L'année scientifique et industrielle (1882).

L'Art, cuarto trimestre de 1882.

Enciclopedia británica, tomo 15.

Encyclopedie des sciences religieuses, tomo 13.

Choix de documents géographiques.

Dictionnaire encyclopédique des sciences médicales, tomo 11, 2.^a parte, y tomo 28, 2.^a parte.

L' Art, trimestre primero de 1883.

Wurtz.—Supplément num. 6 al Dictionnaire de chimie et appliquée.

Martinez de Vilasco.—Isabel la Católica (1451-1504).

EL ATENEO BARCELONÉS no se declara responsable, ni se hace solidario de las ideas y opiniones de los Autores cuyos trabajos se inserten en su Boletín.